This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Educ 1557.1.5

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

Educ 1557.1.10

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

ESTUDIO CRITICO

POR

MANUEL SANGUILY

HABANA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, O'REILLY NÚM. 0

1890

JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO

ESTUDIO CRITICO

POR

MANUEL SANGUILY.

HABANA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, O'REILLY NÚMERO 9.

1890

educ: 557.1.5

HARVARD COLLEGE LIBRARY

MAY 3 1917

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND,
Escoto Collection

21 Feb 56
34

PRÓLOGO

Este trabajo es el mismo que se publicó la primera vez en el número de la *Revista Cubana* correspondiente al 30 de Junio de 1885. He creido deber retocarlo y ampliarlo, modificando de camino algunas apreciaciones, evitando en lo posible la confusión de que adolecían algunos párrafos, é intentando una exposición, siquiera resulte desmedrada, de las ideas filosóficas de José de la Luz Caballero, según entiendo que eran ellas, á juzgar por artículos suyos que he tenido que buscar en colecciones de periódicos viejos los cuales solo se conservan yá en la Biblioteca de la Sociedad Económica de la Habana; pero como su fragmentaria *Impugnación* á Cousin es más asequible,

he cuidado de citar ese trabajo con preferencia á aquellos otros impresos que son ménos fáciles de consultar.

No he pretendido al trazar este bosquejo ni siquiera escribir una biografía de José de la Luz Caballero. Movióme á intentarlo, únicamente, el deseo de estudiarle para conocerlo cuanto más íntimamente me fuera posible, y lo publiqué en su primera forma, por el mismo motivo porque lo reimprimo ahora refundido ya que no mejorado: para que los que no le conocieron puedan formarse una idea más ó ménos borrosa, al través de la impresión particular mía que les ofrezco, y á fin de que los que debieron y pudieron juzgarle en condiciones mejores que las mías, suplan lo que me falte y enderecen lo que hubiere yo torcido, que así seguramente se verá más claro y acaso se le pondrá más alto.

M. S.

Marzo de 1890.

JOSÈ DE LA LUZ Y CABALLERO.

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

José de la Luz y Caballero fué un hombre insigne, á quien sus contemporáneos respetaron y amaron sinceramente, y cuya memoria se venera en la isla de Cuba. Durante su existencia apenas hizo ruído; pero á la faz de su pueblo vivió siempre en la pureza inalterable de un corazón esencial y característicamente bueno. En su alma angélica—que así se la ha calificado—no tuvo cabida ningún impulso, ningún sentimiento que no fueran generosos y elevados, y amó tan apasionadamente á su pátria como tuvo á un tiempo caridad para sus semejantes. Deseando exponer con una frase su personalidad en lo que más íntimamente la constituía y por lo que, sin duda, tuvo más influjo en el espíritu de su pueblo, uno de sus contemporáneos repitió la sentencia sublime á virtud de la cual fué absuelta la pecadora de Magdala: *dilexit multum!*

En el sentir de sus coetáneos era "el más sábio, el más virtuoso, el más bueno entre los cubanos" (1). Creyóse, el dia de su muerte, que le juzgaba con acierto un hombre del pueblo al llamarle en su lamentación por la inmensa pérdida: "*el maestro que enseñaba todas las ciencias*". Maestro incomparable y sábio de instrucción enciclopédica le consideran, mediante la tradición, las generaciones nuevas, y "*el educador*", "*el maestro de la juventud cubana*", se dice de él constantemente como el epíteto más adecuado y honorífico. como la más justa y evidente antonomásia, Otros piensan también que era un patriota sagaz y tendencioso, que fué el único cubano que, por su ardoroso y noble corazón y su inteligencia superior y perspícua, abrigára un designio trascendental con que ocupar toda su existencia, una misión social, útil, necesaria y grande, de consecuencias legítimas é indefectibles, de resultados futuros pero provechosos, y que á ella se consagrára con serena energía y perseverancia invencible. Esta, probablemente, es la razón más poderosa porque ha sido estimado, respecto de su época, como la personificación del espíritu cubano y que por lo mismo

(1) *De la Filosofía en la Habana* Discurso por D José Manuel Mestre —Habana 1862.—Véase la dedicatoria.

los enemigos de su tierra hayan maldecido y ultrajado su nombre y su memoria que, en cambio, reverencian y bendicen sus paisanos. ¿Cabe dudar que fuera, positivamente, aquel maestro sencillo lo que quiere ver en él la devoción patriótica de los suyos? Yo no lo sé por modo indudable. Es tan complicado el espíritu del hombre y tan vário é insondable el corazón humano, que no me arredraría hasta afirmar sin vacilación que lo fué, aun cuando pienso que debió haberlo sido. ¿Por qué, sin embargo, persiste revolando sobre su tumba, como ave siniestra, el rencor inextinguible de gente que cuando más hubiera él perdonado? Muchos años de su vida corrieron en la capital de Cuba bajo la mirada de los reyezuelos coloniales, sin que hubiera podido tachársele por ellos de que alguna vez siquiera quebrantára la ley escrita. Al contrario, apenas espiró en humilde estancia, resonó por los ámbitos de su parroquia el bronce triste y funéreo de la iglesia, mientras por todo el pais atribulado se extendió cual mensagera de dolor la palabra de justicia que desde la altura del palacio vireal proclamaba solemnemente «los méritos literarios,» y las *virtudes públicas* y *privadas* (1) que

(1) Decreto de 23 de Junio de 1862, del Gobernador general don Francisco Serrano, disponiendo demostraciones de pésame por el fallecimiento de Luz, que calificó un peninsular de «honores casi régios.»

«distinguieron» al hombre cuya muerte enlutaba tantos corazones. La noble actitud del Capitán General mereció el reconocimiento y los aplausos de los cubanos. Empero «irritó al elemento español de la Isla.» (1) Para él José de la Luz Caballero no fué más que «el gran perturbador y enemigo» del dominio español en las Antillas (2). Hoy todavía no falta quienes mantengan en la Península la misma tésis (3). Hoy, como entonces y siempre, se refieren á sus méritos con desdén, y se burlan de sus discípulos por que en su entusiasmo lo han comparado á Confucio y á Sócrates (4). Por reacción forzosa y legítima, la isla de Cuba responde con su veneración apasionada. Si ha sido martirizado y escupido, siquiera en póstumo calvario de afrentas, merece la gloria, el apoteósis; y que su imágen escarnecida y beatífica se alce sobre los hombros de sus fariseos como un signo de unificación espiritual para los cubanos, como un apóstol y como un santo. Y si á sus merecimientos personales no hubiese añadido el ánsia de libertad, los sueños de

---

(1) *Las Insurrecciones en Cuba*, por D. Justo Zaragoza. Tomo II. pag. 98.

(2) Loc. cit.

(3) *Historia de los Heterodoxos Españoles*, por el doctor don Marcelino Menendez y Pelayo. Tomo III, pag 715.

(4) Zaragoza;—Menendez Pelayo: loc. cit.—Francisco N. Villoslada: artículos publicados en Marzo de 1863 en *El Pensamiento Español*.

ventura para su pátria, que seguramente se albergaron en su espíritu, ¿quién puede mostrar otro hombre que sea, que haya sido mejor que él? por que lo cierto es que raras veces se aunan y armonizan tantas excelencias como constituyeron su individualidad: el saber variado y extenso, la noble mansedumbre, la generosidad ilimitada, la inflexible rectitud de carácter, el corazón piadoso, la alteza de miras, el amor inagotable, la fé, la filantropia, el patriotismo.... Así se le vé en su pais, al través del recuerdo, y así se le perpetúa y se le ama en él, de padres á hijos. Vivos están todavía algunos discípulos suyos; son hombres maduros todos ellos, han corrido por tierras y pueblos estraños, han estado en contacto con otras razas, han estudiado y comparado, tienen experiencia própia, espíritu ámplio, y seguro es que, aun cuando hayan alcanzado esa terrible tranquilidad de ánimo en que se contempla con melancólico desasimiento el humano afan, y las grandezas, y los dolores, y se envuelven el cielo y la tierra con una sola mirada de escepticismo benévolo é indolente, alguno habrá que lo recuerda como algo supremo, algo semejante á un Dios humano, como un ser superior en muchos conceptos á los demás, imperfectos y pecadores, que fuera encontrando en su camino.

A mí también—no obstante haber estado junto á él cuando aun era yo demasiado niño,—se me aparece, entre tiernos recuerdos de la infancia y llenando toda aquella época de mi vida, con los resplandores de una magestad risueña y paternal. Endeble de cuerpo, sencillo y pulquérrimo en el vestir, en el andar pausado, absorto á menudo en hondas reflexiones, mirando siempre con dulces y hermosos ojos negros, el rostro surcado de arrugas, la frente alta y luminosa circuida como por un halo celeste, de indecible melancolía, rodeado continuamente de amigos respetuosos, de jóvenes y niños contentos, surge, en el fondo oscuro de la colonia, como una dulce aparición, como un buen génio tutelar.

Fué, con efecto, José de la Luz Caballero un hombre superior; para sus paisanos un modelo de hombres—al menos por muchos conceptos; para alguno de ellos, el modelo mása cabado de patriotismo «que en lo humano pudiera presentarse.» Esta creencia generosa y legítima inspiró el único libro sério y completo que hasta ahora hayan publicado los cubanos sobre la excelente vida de su esclarecido compatriota. (1)

---

(1) *Vida de D. José de la Luz y Caballero*, por José I. Rodríguez.—Nueva York.—Imprenta de «El Mundo Nuevo. -La América Ilustrada.»—38 Park Row, «Times» Building, 1874.

I.—LA BIOGRAFIA.

Cerca de tres años hacía yá de la publicación de la *Vida de D. José de la Luz y Caballero*, por José Ignacio Rodríguez, cuando la leí en New York, en un ejemplar que tuvo la amabilidad de dedicarme el propio autor, antiguo y querido profesor mio. Pero, ántes de conocer el libro por mi mismo, habia sufrido la influencia del círculo de cubanos entre quienes vivía, los que, á su vez, obedecían á multitud de circunstancias que naturalmente habían de reflejarse en sus opiniones todas, relativas á las cosas y los hombres de su país. Así es que recorrí el libro, si con vivo interés, también con un juicio ya formado, y al cerrarlo y ordenar los elementos de mi opinión, creia proceder libre y espontáneamente cuando, en realidad, solo repetia lo que otros ántes que yo más habían sentido que pensado.

Un año más tarde, próximamente, hablando del trabajo referido con un discípulo directo del gran educador cubano, le pregunté con candor y probablemente con necedad:—¿por qué no escribe usted, para vindicar su memoria tan maltratada? Su repuesta,—«por que no tengo nada que decir y, por lo demás, la biografía me parece buena»—hubo de desagradar-

me sobre manera; pero devoré en silencio mi sorpresa y mi indignación: no podía comprender tanta indiferencia, tratándose de lo que yo consideraba entónces como la adulteración pecaminosa de una gran figura, del que habiendo dejado de contarse entre los hombres, seguía siendo, sin embargo, un guía, un símbolo;—*duca, signiore e maestro.*

Han pasado ahora trece años y he vuelto á leer, várias veces con mucha atención y siempre con tanto interés como antaño, un libro que, al parecer, pocos conocen, pero del que casi todos se permiten hablar mal. Es un hecho que maldiciendo tantos de ese esfuerzo literario, y á la vez patriótico, ninguno, sin embargo, se ha decidido á escribir la biografía que estimen por más exacta, ni hacer otro esfuerzo más valioso y mejor, refutando, siquiera sea de paso é indirectamente, los errores que hubiere impreso José Ignacio Rodriguez.

Por decontado despues de reposado exámen de la obra, aquel discípulo que tanta irritación me causó, sin saberlo y sin quererlo, se me apareció desde luego como uno de los pocos hombres libres de espíritu que por entonces tropezaron conmigo en el extranjero, á mi paso entre los mios; aunque es de advertirse que aquellos tiempos fueron demasiado agitados pa

ra que se dejase oir la razón serena por encima de las olas en tumulto.

He meditado sobre la biografía que escribió Rodriguez, y, en mejores condiciones de ánimo, desvanecidas las prevenciones de otro tiempo, puedo asegurar que, á mi juicio, pocas obras se han inspirado en más amor y mayor respeto hácia un hombre; aunque es justo el reparo de que tal como el exímio cubano aparece en ella, es muy dudoso que fuese el ejemplo más própio de seguir é imitar en la ocasión escepcional en que se le ofrecia á un pueblo arrebatado en un torbellino, en que la acción tenía que ser todo, lo mejor y lo único además. El mismo escritor lo dijo: «cuando *los bárbaros* están á las puertas de la ciudad, preparándose para entrar por ellas, ya no es hora de deliberaciones ó consejos» (1). Los bárbaros, para Rodríguez, eran los revolucionarios en armas, y en verdad esos precisamente necesitaban más que de un Evangelio, de un fusil y de una cartuchera; un capitan ántes que un maestro; un Epaminondas ó un Viriato ántes que un Sócrates ó un Cristo.

El libro de José Ignacio Rodríguez, por la antítesis de su contenido respecto á la época en que se dió á la estampa; quizás tambien por la

(1) Op. cit.—pág 308.

prevención general de que adulteraba la personalidad cuya vida intentaba referir y, probablemente, por ambas circunstancias reunidas, es el caso que se ha leido poco, ó cuando ménos que ha sido ineficaz para sustituir la imágen que ha trazado, á la concepción que el pueblo de Cuba llegó á forjarse, á la idea que concibió y ha conservado amorosamente:— un hombre ornado con todas las perfecciones posibles dentro de la ingénita limitación humana, y que fué, además, el primero en prever un tiempo glorioso, así como el único capaz de haberse consagrado durante el resto de su vida á desearlo y prepararlo. Bien puede ser la una semblanza tan fiel como la otra; porque José de la Luz Caballero fué un hombre puro y fué, también, un precursor. No soñó nunca, seguramente, en perturbar las conciencias preparándolas para la acción inmediata y asoladora: ansió, por el contrario, iluminarlas en la verdad y serenarlas en la virtud, pero, al cabo, las perturbó, sin embargo: regó por todas partes gérmenes sublimes y fecundos de moralidad y y de grandeza viril que habrian de desenvolverse en las almas y traer lógicamente un de sacuerdo profundo entre la realidad y los principios y, luego, una aspiración á la armonía, tanto más grande cuanto más cierto y acen-

tuado fuese el contraste, y tanto más dolorosa cuanto más difícil fuese restablecer el natural y legítimo equilíbrio.

La obra de J. I. Rodríguez tiene entre otros méritos el de haberse escrito con materiales reunidos, merced á no pequeña diligencia, desde una emigración y en circunstancias en que era trabajoso y expuesto mantener correspondencia con la isla de Cuba, donde estaban los documentos que se necesitaban. Hay en ella capitulos enteros, como el XVII, notabilísimos y dignos de fijar sériamente la atención. En todas las páginas del volúmen se siente palpitar el corazón del autor, que es el de un cubano que ama la justicia y las glorias legítimas de su pueblo natal, y que arde todavía en afecto tierno hácia el hombre grande que retrata, como si estuviese bajo el ascendiente real de su persona; y del conjunto del trabajo se recibe una impresión gratísima del educador, del maestro, el cual aparece como un fenómeno extraño y apenas explicable, pues lo será siempre positivamente la existencia de un hombre tan bueno, tan desinteresado, tan lleno de religiosidad, en medio de la sociedad de su tiempo, incrédula, irreligiosa y materializada; y la aparición de un pensador tan penetrante y tan sólido, donde casi no existía ninguna tradición de esfuerzo mental.

No quiere esto decir que el libro carezca de errores: los tiene, y alguno de más ó ménos importancia segun el punto de vista que se escoja; pero en lo principal, en las líneas generales, el cuadro es exacto y bastante completo.

Hace ya algun tiempo que ha visto la luz una nueva edición; pero se distingue de la primera solamente por algunas notas.

Bien sea por desidia, bien por indiferencia, acaso por que preocupaciones gravísimas han ido cayendo sobre el corazón de los cubanos, como menuda, pero contínua lluvía de invierno, el caso es que lo único realmente notable, por la seriedad del esfuerzo, la ordenación literaria y la soltura del estilo donoso y abundante, que se ha producido hasta el presente sobre José de la Luz Caballero es el interesante libro de José I. Rodríguez. Si «el maestro de la juventud cubana» no fué tal como él lo presenta, la culpa de que no aparezca en su verdadero modo de ser, en su personalidad real y efectiva, seria sin duda de los que no han dicho una sola palabra después; sancionando con su silencio lo que estimaron una impostura, de que si nó fautores, fueron los cómplices por su negligencia, por su abandono y, quizás, por su cobardia.

José I. Rodríguez conoció á José de la Luz

Caballero, fué algun tiempo profesor de física en su colegio, y la posteridad, por consiguiente, aceptará las afirmaciones impresas de su libro cuando no quede ni la sospecha de que produjo desagrado y aún indignación que, no porque fueran más ó menos generales, dejaron de mantenerse absolutamente *inéditos*.

II.—SU JUVENTUD.

La vida entera de José de la Luz Caballero (1) es un ejemplo más de cómo cada hombre es un compuesto, algo complejo y resultante de causas várias y diversas, un producto de la raza, del complicado movimiento del pasado, y de las circunstancias peculiares que lo envuelven y afectan desde que surge á la existencia. Nádie, por consecuencia, puede desligarse de su sér propio, ni de sus antecedentes, ni del médio y el momento en que viene al mundo. El clima, la historia, las ideas dominantes, la configuración y extructura del suelo, mil causas ó relaciones, morales y físicas,—evidenciando la armónía íntima de la realidad,—se combinan por ignoradas maneras y producen esa manifestatación singular de la vida que llamamos «el hombre», por lo que cada individuo sobre un

(1) José Cipriano de la Luz y Caballero.—Nació en la Habana, el 11 de Julio de 1800.—Rodriguez. Op. cit.—pág 1.

fondo suyo atesora y combina otros infinitos elementos, presentes y pasados, para devolverlos ó reflejarlos en la expresión sustantiva de su particular persona. Así, el diamante y el pedazo de hulla, que calientan ó brillan, no son más que una transformación, que una combinación maravillosa de tierra, de vegetal y de sol. Así, tambien, el aleman que medita hoy —al lado de su jarra de cerveza y fumando su pipa—sobre los grandes problemas del universo,—en el fondo de un aposento moderno,—no hace más en sustancia que reproducir,—un tanto modificadas, naturalmente,—las mismas ideas que otro médio muy diferente habia fijado con energía en el cerébro de aquellos *aryas* que se despedian de la vieja Bactriana, entonando los primeros himnos védicos.

José de la Luz Caballero vino á la existencia con un cerébro modelado por largos siglos de religión y metafísica. Fué el intermediario de su elaboración esa raza sensible y exaltada del Mediodia, capaz de grande heroismo y de ardiente devoción, la raza de los formidables fanatismos y de los más tiernos creyentes. El médio cósmico en que se desenvolviéra fué este clima tropical, este sol devorador, este cielo encendido de Cuba, á cuyo influjo la fantasía se tiñe de los matices del íris, se enardece el

corazón, predisponiendo el espíritu para los devaneos, el misticismo, y el cuerpo pronto decae, desgastando sus resortes, é invalidando el entendimiento para los esfuerzos continuados de honda y sostenida meditación.

Su natural,—como si dijera, su esencia,—se determinaba por el predominio casi absorvente de la sensibilidad: el sentimiento, delicado, torrencial, desbordante á veces, siempre inexhausto (1). Sus beneficios brotarán del corazón; sus achaques provendrán de sus nervios. Habrá en él un dualismo, la inteligencia soberana y el sentimiento excesivo, que acaso no podrá armonizar jamás. Estas circunstancias generales, junto con su primera educación, pueden explicar aproximadamente su carácter y toda su vida.

Robusto y fuerte de constitución, al punto de sobresalir en algunos ejercicios corporales, gozó de salud y vigor hasta los cuarenta años, poco más ó menos. Desde entonces, y por causa de sucesos importantes, y de su sedentaria consagración al estudio, sus potencias físicas fueron decayendo, no sin que forzosamente se resintiera su inteligencia, y tomáran rumbos diferentes sus meditaciones y sus ideas. Los

(1) ....«estuvo sugeto siempre á nobles y apasionados arranques.»—*Apuntes para la Historia de las Letras, y de la Instrucción pública de la isla de Cuba,* por Antonio Bachiller y Morales—Tomo III, p. 242.

sufrimientos, la naturaleza de su enfermedad, un golpe rudo que descargó la muerte en su hogar, desde entónces sin alegría, le acabaron muy pronto, á extremo que cuando sólo tenía cincuenta años, parecía haber alcanzado los últimos límites de la ancianidad. Siempre afectado, achacoso, naturales fueron el abatimiento corporal, la apatía, la imposibilidad de todo grande esfuerzo. De ahí que no hubiera podido nunca escribir una obra de extensas proporciones. El período más floreciente de su vida física, fué también, como era lógico, el de su mayor lozanía de inteligencia y en el cual, por eso mismo, pudo producir sus frutos mejores y más sanos.

El momento de su aparición debió también imprimir una huella en su cáracter. La isla de Cuba, entónces, era sólo una factoría en el trayecto de la Metrópoli al Continente americano. En ámbos hemisferios de la nación pesaba sobre los pueblos el cetro de D. Fernando VII. De vez en cuando y mientras era de hierro para la Península, abría aquí, cual mágica vara, fuentes de riqueza y prosperidad. Si bien iban surgiendo pueblos en lo interior y por las costas, la vida de la isla, débil y descuidada, se concentraba en la capital, que medio siglo de contiendas con el extrangero y de depredacio-

nes de piratas, habían convertido en una enorme fortaleza. Las únicas importantes ocupaciones que se ofrecían en general á sus moradores, eran el comercio y el foro, la milicia y el sacerdocio. España entonces, para la inmensa mayoria de los cubanos, era la Madre Pátria. Por causa, unas veces del atrevido bucanero y, otras, del inglés ó del francés, habíase visto al hijo de Cuba identificado con el de España en los mismos peligros y los mismos intereses. Sin perder su carácter local, el cubano estaba siempre resuelto á la defensa de la bandera metropolitana que más de una vez sirvió de sudario de guerra á los que, aquí ó en otras partes, por ella combatieron con denuedo. Por espacio de un cuarto de siglo, mientras España se desmembraba á pedazos, Cuba mereció realmente el dictado de «Siempre fiel.» Sus hijos, como los de Aragón, por ejemplo, eran simplemente provincianos de España, españoles de ultramar. Esto duró, con más ó ménos propiedad, hasta el año de 1837, que inicia una nueva era en la historia de la mayor de las Antillas. Respiróse, pues, durante todo ese tiempo, en una atmósfera de mútua confianza, de igualdad política, al ménos en la práctica, de paz moral.

Ibase desenvolviéndo el alma de José de la

Luz Caballero bajo esas benignas influencias. Formóse al calor de un Estado más ó ménos protector, pero no resuelta ó hipócritamente enemigo todavía, y á la sombra benefactora de la Iglesia. D. José Agustin Caballero, tio materno y primer maestro de José de la Luz era sarcedote; D. Antonio de la Luz, su padre, uno de los jefes de la milicia. La santa mujer que fué su madre (1), matrona severa, aunque dulce, era también muy sumisa á la Iglesia Católica. Crióle con amor entrañable y de ella recibió, como primeras impresiones, de esas precisamente que se graban para siempre en el espíritu, ejemplo vivo y constante de virtud y santidad.

Comenzó sus estudios en el Convento de San Francisco, donde fué su maestro de filosofia otro sacerdote, Fray Luis Gonzaga Valdés. En la Universidad, entónces Real y Pontificia, siguió un curso de «texto aristotélico», y estudió leyes en el Seminario de San Cárlos. Así llegó á los veinte años, en que se graduó de Bachiller en leyes, siéndolo ya de filosofia, y no sin haber estudiado los sagrados cánones y la teología, bajo la dirección del Padre Caballero.

Inclinado al claustro desde temprano, educado en un médio perfectamente religioso, pensó

(1) Doña Manuela Caballero.

hacerse fraile de la Orden de San Francisco, y, en este propósito, desenvolvió su naturaleza humilde y sencilla, llegando á la extremidad de someterse á mortificaciones corporales. Refiere su ilustrado biógrafo (1) que «muchas veces en su primera juventud exponíase á los fríos vientos del Norte» para endurecer su cuerpo y dominar su organismo, de igual modo que segun se cuenta Sócrates, con quien se le ha comparado en otras cosas sin exactitud, pero tampoco con demasiada violencia, con igual objeto andaba descalzo en lo más crudo del invierno. Resolvió luego hacerse clérigo y fué ordenado de menores; pero en el entretanto sumióse con ardor incansable y en constante vigilia, que al cabo minaron su salud, en el estudio de los clásicos, en la meditación de la Biblia, en el cultivo asiduo de la lengua latina, que dominó por completo (2), y en la lectura de libros religiosos, de tal manera que contra valiéndose de la especie, hace unos treinta años, de que sabía de memoria nada ménos que el Misal.

Mientras hacía esta vida crítica, se ha penetrado de las verdaderas necesidades intelectuales de su país, comprendió, á pesar que era la enseñanza su verdadera vocación, y si

(1) [illegible]

(2) [illegible]

bien, tras várias fluctuaciones, ahorcó los hábitos, ya su carácter estaba definitivamente fijado. Naturaleza afectiva, de imaginación descolorida por el ascetismo y la falta de paisaje en aquella juventud encerrada en el convento ó en el seminario y entregada á áspera vida y rigurosas meditaciones de iglesia, la exaltación de su raza y el sol de su pátria habían de inflamar su sangre, más no para la poesía, ni para el arte, ni ménos para la acción enérgica y decidida á que no le impulsaba su natural manso y pacífico, sino para el amor evangélico á sus semejantes y para las obras de bien y caridad. Aquel médio, esa educación eclesiástica, los hábitos de religión, la erudición clásica, el comercio constante con Aristóteles, Melchor Cano y los Padres de la Iglesia, el latin como vehículo universal, la disciplina del claustro, el aire beatífico que nutria sus pulmones en la casa paterna y en la escuela, la devoción y la austeridad de su madre, aquel tiempo prosáico, sin el movimiento y la flexibilidad más amable de hoy, y que parecía por lo mismo convidar á las naturalezas apacibles al retiro y á la meditación tranquila,—todo eso junto imprimió en su corazón y en su inteligencia un sello inalterable,—fué el molde en que tomó forma permanente su personalidad singular.

Sobrevendrán cosas nuevas y ruidosas, recibirá otras impresiones diferentes, aparecerá más de una vez modificado; pero todo ello será pasajero, y accidental; contrucciones más ó ménos livianas que al caer de nuevo dejarán ver siempre firme y siempre el mismo, el granito inmutable de la base. El raudal de sus sentimientos le hará facil, elocuente y aun fogoso orador; pero conociendo á fondo su lengua, aprendida en los mejores maestros, en ese Cervantes, sobre todo, que para él era una panacea, jamás será un escritor, un artista de la palabra el que por natural inclinación solo estaba llamado á ser artista de caractéres y ambicionaba el noble privilegio de ser creador de hombres para su pátria. El silogismo esterilizador será, aunque sin demasiada crudeza y templado por su facundia, la forma común de su expresión clara, diluida y sin gusto. Cuando quiera exponer, su metodo será escolástico: en vez de la lección metódica y seguida, optará por la árida exégesis, por el penoso comentario. Su manera escolar y su fantasía atrofiada le impedirán ser un verdadero escritor, á pesar de su gran talento, de su saber sólido y de su real profundidad.

Examínense sus producciones y quedará confirmado lo que acabo de expresar. El discurso

en elogio del gran orador Escobedo (1) es el reflejo de su condición, amorosa, ardiente, expansiva, sentimental. Está cundido de interjecciones: los signos ortográficos más usados, usados con profusión extraordinaria, son el de admiración y el de interrogación. Sus discursos, y ese discurso, son expresión fiel y cabal de gran sensibilidad, de sensibilidad excitada; respiran el candor de su alma, la ternura ménos contenida, en párrafos hermosos, redondos, solemnes, como párrafos de Jovellanos. Pero resulta inferior su forma cuando escribe, por carecer del donaire y la gracia, de la soltura y ese no sé qué inefable que de las producciones del que emplea la pluma como instrumento, lo mismo que del que emplea el sonido musical, ó el buril, ó el pincel—hace las obras de arte.

Parece que en sus mejores tiempos de producción, hacia este mismo efecto en los que pudieron conocerle. Un viajero español que vino por entónces á la isla decia lo siguiente: «El Sr. D. José de la Luz Caballero es el literato de más prestigio en la Habana; pero creo «yo que le conviene más el nombre de sábio «que el de literato. Sus escritos suelen ser profundos; pero *demasiado escolásticos*. Al través de sus vastos conocimientos, especialmen-

(1) Rodriguez.—Op. cit.-págs. 107 á 118.

«te filosóficos, se trasluce un *mal gusto de* «*dicción*, que quita parte de valor al conjunto. «Algunos artículos de filosofia insertos en el «*Diario de la Habana* revelan un profundo sa- «ber; pero *la controversia es de aula*, y la «personalidad del impugnado, un medio de de- «fensa poco lógico (1). Nos parece que el señor «de la Luz *es demasiado buen maestro para ser grande escritor*» (2).

He expuesto, como quien dice, los cimientos de aquella personalidad, y no creo fuera de propósito preguntar: ¿esas células cerebrales que por tanto tiempo y sobre una apropiada conformación étnica almacenaron aquellas primeras impresiones, serán capaces de recibir y conservar otras nuevas que modifiquen radicalmente el estado subjetivo que ha llegado á producirse? Esto que me parece imposible, debe tenerse presente para poderexplicar un fenómeno curioso de reversión al pasado en el espíritu de José de la Luz Caballero, y que justifica por qué, andando el tiempo, por el año de 50, próximamente, un distinguido extranjero que

(1) Con efecto. trató duramente á Cousin, por más que no desconocia sus grandes méritos. A los eclécticos l s llama «menguados», «novelistass», «superficiales», «delirantes». A sus afirmaciones, ya hip cresias literarias»; ya «artimañ s despreciables», ya «pero grulladas», etc. Los eclécticos eran á sus ojos »*pasteleros de la ciencia*». sus escritos de impugnación muestran el predominio del sentimiento. Al pensar, pensaba y sentia á un tiempo.

(2) Viajes de D. Jacinto de Salas y Quiroga.—Isla de Cuba.—Tom I—Madrid.—Boix editor—Impresor y librero Calle de Carretas, núm. 8.—1840.—págs. 186 y 187.

conversó con él en la Habana, tradujo la impresión que le había causado, diciendo en breve y atinado resúmen: *es un benedictino*» (1).

Se encontró al nacer formado yá el sistema de lo que llama Taine «las representaciones,» (2) en el individuo. En él ese «sistema» era la concepción general del mundo que se denomina «catolicismo». Los primeros veinte años de su vida fueron empleados en afirmarlo y gravarlo profundamente en su espíritu, concurriendo todos los elementos internos y exteriores á ese único fin, en la más estrecha y perfecta armonía, es decir, con fuerza incontrastable: su propia casa, sus maestros, el aspecto mismo y el carácter de su ciudad natal, las fuentes de su cultura, la lengua de sus estudios. Toda la aplicación de su actividad mental, en otras condiciones, por causas de sus viajes y de nuevas lecturas, es decir, bajo las ulteriores influencias, habrán de tender por fuerza á destruirlo en todo ó en parte, probablemente sin lograr otro resultado que modificaciones más ó ménos profundas ó más ó ménos instables. En el fondo de su ser siempre vivirá el religioso espíritu incubado en el regazo de una piadosa mujer y modelado en el seno de una iglesia

(1) Rodríguez. Op. cit. pag. 12.
(2) H. Taine.—«Histoire de la Litterature Anglaise», 1877, tomo 1.°, Introduction, pag. XIX.

dogmática. Debió sentir, en consecuencia, agitación y sacudidas durante su estudiosa madurez. El fraile, el sacerdote, serán más mundanos, se convertirán en el educador seglar; pero por aquel cerébro habrán pasado várias concepciones del universo y de la vida, y por aquel corazón habrán pasado también las tempestades de la fé conmovida, la angustia patética de la verdad que se abandona á pedazos, la tristeza de la verdad que se impone brutalmente sobre las ruinas de viejas y consoladoras creencias. ¿Qué queda al cabo en ese campo asolado por la electricidad de las ideas? En él, de seguro, había un pensador, un filósofo; pero, acaso, no pudo dejar nunca de haber también un teólogo, un creyente. El predominio de uno de entrámbos aspectos será provocado por un factor importantísimo,—su salud, su fortaleza física.

Con las condiciones própias y las excepcionales facultades de su individualidad, es fácil comprender que será un patriota ardiente sin ser jamás un revolucionario; que nádie le igualará como maestro (1), ni tampoco le superará nádie como hombre. Pero será invariablemente el hombre de sus circunstancias, el producto combinado de ellas y de la la educación que

(1) ... «el Sr Luz no tiene rival en el magisterio.» *De la Filosofía en la Habana*, por D. José Manuel Mestre.—p. 51.

había recibido, la resultante del sesgo inicial de su espíritu, del médio en que fué formándose, del momento en que alcanzó su desarrollo completo: fruto extraño y magnífico de un periodo de tránsito, en que sobre un fondo antiguo vinieron sucesivamente á injertarse elementos más modernos. Provinciano ó colono de España, al principio conforme y tranquilo; despues, como los demás, desposeido y rebajado de su primitiva condición, y aleccionado por los acontecimientos ulteriores, sin el antiguo sosiego y descuidada despreocupación, más sin las nuevas impaciencias;—sin la fé ortodoxa y extricta de la primera juventud y, en la edad provecta, con un sistema de filosofia mezclado de elementos extraños, porque siempre abrigó una creencia religiosa más ó ménos recrudecida y exaltada al compás de su debilidad corporal,—era, en resúmen, un pensador de genial y sorprendente penetración, acercándose á ocasiones á los linderos más avanzados de la filosofia, al punto de parecer un moderno, un colega y coetáneo de Spencer ó de Wundt; pero comunmente amalgamado con el religioso primitivo; algo así como un hombre de la primera mitad del siglo XIX vaciado en un hombre de los últimos dias de la Edad Media; uno de aquellos sábios del Renacimiento que

parecían llevar dentro de sí dos almas rivales, pues que eran á la vez experimentadores y creyentes, observadores y místicos,—y cuyo constante esfuerzo se encaminaba á obtener la conciliación de los extremos, la compenetración de elementos opuestos, la armonía de la razón y de la fé, de la creencia y de la ciencia (1).

III.—UN INFORME Y UN TEXTO.

Innecesario, y muy cansado, sería seguirlo en sus viajes por los Estados Unidos y Europa, de 1828 á 1831. Esos viajes, y los que hizo varios años despues, estuvieron animados de aventuras literarias (2). Durante ellos se relacionó con hombres eminentes, que hoy son considerados como verdaderas celebridades, y fué siempre más que un viajero curioso, un estudiante observador, infatigable, aprovechado y muy intrépido. Asistió á cursos públicos; oyó en sus cátedras á Cuvier y á Michelet; se informó con su acostumbrado celo y con pa-

(1) «Yo les haré dar á entrambas—decía—el abrazo estrecho y sincero que se debe dar á la verdad: el siglo darno fe á ser.» *Revista de Cuba.—Tomo 6.—año 1879.—p. 281*

(2) «Con ese deseo de saber recorrió gran parte del mundo, detenéndose en Francia y en Alemania para satisfacer su afición á la filosofía y ciencias naturales. Allí contrajo relaciones con sabios á quienes conservó religioso afecto. En esas excursiones no olvidó á Cuba, ora pensándose le proveer de máquinas y clases de física del colegio, ora entendiendo en la erección de un observatorio magnético con Humboldt y Pachillos.» *Tomo III, p. 242 y 243*

trióticas miras del estado y circunstancias de las escuelas americanas é inglesas; visitó las minas de plata de Silesia; escudriñó en las ruinas de Herculano y de Pompeya; subió más allá de los últimos descansos donde se detenían los más animosos, en las montañas de Escocia y bajó hasta mil piés en el cráter del Vesubio. *Mores huminum multorum vidit et urbes.*

Antes de su vuelta á Cuba hizo imprimir su traducción con notas del *Viaje por Egipto y Siria*, de Volney. De regreso en la Habana unió sus esfuerzos al de los que en la Sociedad Patriótica se empeñaban en ilustrar y fomentar el bien del pais, creando escuelas y mejorando las que ya existían (1). Por ese mismo tiempo había aparecido, bajo los auspicios de aquella corporación, un periódico notable, la *Revista Bimestre Cubana*, que poco despues de su fundación dirigió José Antonio Saco. En ella, en el *Diario de la Habana* y en las *Memorias de la Sociedad* publicó José de la Luz Caballero artículos vários y algunos informes (2). Notóse en la capital un movimiento intelectual hasta allí desconocido, al que Luz contribuyó en proporción muy considerable. Dirigió particularmente su atención á cuanto se relacionaba con la enseñanza y aprovechando aquellas favorables cir-

(1) Bachiller, op cit.-ps. 243 y 211.
(2) Rodriguez.—Op. cit. p. 48

cunstancias, proyectó fundar un colegio con el nombre de *El Ateneo* (1),

Desde que llegó á su pais, con el caudal de sus nuevos estudios y variadas observaciones, había sentidovivísimodeseo de aplicar las mejoras que conociera examinando prolijamente la instrucción pública en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña, y de introducir en la enseñanza primaria las reformas que Varela inauguró en los altos estudios. En presencia de la profunda y universal desmoralización de la isla creyó encontrar un médio eficaz de combatir los males públicos, en la educación de la niñez y en la cultura del pueblo, y así, arrastrado por su natural vocación y su patriotismo inteligente y generoso, desde aquel momento se propuso, en unión de sus colegas de la Sociedad, formada por un grupo de varones desinteresados, sacudir el marasmo de las espíritus y levantar el abatido nivel moral.

Creía que la vida era algo sério y que el triunfo y la felicidad dependen del carácter, de la virtud y de la verdad: vió por dó quiera oscuridad y miserias: la abyección social engendrada por la esclavitud; la despreocupación brutal, respecto á los mejores intereses humanos, los intereses morales, desconocidos ó bur-

(1) Ibidem.—P. 63.—Bachiller, op.—cit p. 213

lados en el hartazgo de riquezas fácil é inícuamente amontonadas, y—como consecuencias letales—los vicios revolcándose en su fondo siniestro de vergüenzas y miserias. «*Hombres más bien que académicos*—exclamaba en su angustia—*es la necesidad de la época*,» y con tan noble inspiración de la verdad, escribió el famoso *Informe* sobre el *Instituto Cubano*, que denota la influencia que ejerció sobre su espíritu el manejo contínuo de las obras del que consideraba «un hombre de Plutarco» y llamaba *nuestro inmortal Jovellanos*.

El Instituto debía ser una especie de Escuela General de Artes y Oficios y una Escuela Normal. Su múltiple misión habia de consistir en «abrir nuevas carreras á la juventud de «nuestra patria condenada á consagrarse ex-«clusivamente al foro, á la medicina, ó á la hol-«ganza; difundir los conocimientos químicos «para perfeccionar la elaboración de nuestros «frutos y aprovechar nuestras ventajas natu-«rales; facilitar la adquisición de luces para to-«da empresa que descanse en las nociones de «las ciencias físicas y matemáticas; abrigar en «nuestro própio seno, sin necesidad de mendi-«gar al extragero, hombres capaces no solo de «concebir sino de egecutar grandes planes aun «en sus últimos pormenores; mejorar algunas

«profesiones de las existentes proporcionándo-
«les otros datos de que han menester para pro-
«gresar; fertilizar el vasto campo de la educa-
«ción, ofreciéndole más idóneos cultivadores;
«contribuir al adelantamiento de las artes libe-
«rales y mecánicas entre nosotros» (1). Es decir, formar maestros y hacer hombres, como la manera más prudente y viable de dar satisfacción á los reclamos imperiosos del tiempo. El proyecto de José de la Luz Caballero no llegó, por supuesto, á realizarse, que tal acontecía casi siempre en la isla; pero se le dió la dirección de un colegio, el de Carraguao, cuyo nombre era «*San Cristóbal*», donde estableció y regenteó cursos de filosofía, desde 1834 (2) y fundó una clase con el nombre de *Composición* (3).

Tanto allí como en algunas clases particulares, aplicó á la enseñanza de los niños el *método explicativo;* mientras comunmente se practicaba el *mútuo* ó lancasteriano (4).

---

(1) Informe, pág. [illegible] En Rodríguez, op. cit. pág. [illegible]

(2) Rodríguez, 14, p. 77.

(3) «Esta clase, dicha de composición, fue iniciada y seguida durante dos años con el más brillante éxito por el Lic. D. José de la Luz Caballero, cuando tuvimos el gusto de que fuera colaborador de nuestras tareas.» *Prospecto del Colegio de San Cristóbal*, conocido generalmente por el de Carraguao, año en la quinta del presbítero Dr. D. Manuel de Rezenarrar, de cuyo establecimiento son inspectores los Sres. Doctores D. Francisco Lucas Fernández, D. Vicente Oms y Lozano y D. José de la Luz Caballero.—Año décimo de su fundación.—Habana.—Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M.—1834.—Página 16.

(4) Entre otros establecimientos de enseñanza, en las escuelas de niños y de niñas establecidas en Regla por el Real Consulado de la Habana, y particular [illegible] de la Escuela Náutica

Era su vocación tan decidida que desde el año 1831, apenas llegó de Europa, visitó las escuelas de la capital y asistió á sus exámenes públicos con interés que fuera pueril sino hubiera sido tan notablemente inspirado en propósitos de reformas provechosas y urgentemente reclamadas por las circunstancias. Por tal manera de inquirir la condición de la enseñanza pudo convencerse del lastimoso estado de la instrucción, de la falta de precaución é idoneidad en los profesores, de los extragos de la rutina y, sobre todo, del funesto abuso de la memoria (1). Se enseñaba entonces por todos lados como se enseña hoy en las ínfimas escuelas de barrio. Su propósito más vivo, como era de esperarse, fué combatir ese sistema, que consistía precisamente en no tener ninguno. En lo sucesivo procuró siempre hacer comprender que el magisterio no era un oficio, ni siquiera una profesión; sino un apostolado (2), un sacerdocio (3). Así se comprende la complacencia con que, más tarde, leyó en un libro americano (4) y la comunicó al púclico, la expresión

(1) Bachiller, Op cit. p. 243.

(2) «Espinoso apostolado es la enseñanza que no hay apóstol sin sentir la fuerza de la verdad y el impulso de propagarla.» Esta proposición suya sirvió de tésis á un discurso leido en su nombre por uno de sus discípulos, me parece que fué Jesús Benigno Galvez.

(3) . «Dios la formó para maestro de sus compatriotas, y esa misión no era renunciable porque la traia impresa en el corazón que era todo amor para los suyos y generosidad para los demás.» —Bachiller.—id.—p. 245.

(4) Su autor, Baynard R. Hall.

de su propio y particular altísimo concepto de la enseñanza, la creencia sincera de que—como el poeta, como el músico, como el pintor—el maestro es también un artista y, acaso, el más divino de los artistas; porque, como él lo pensaba, «si Miguel Angel crea el Moisés, si Shakespeare crea el Hamlet, *el maestro crea un hombre*» (1).

No me decido á creer que la obra que escribió por aquel tiempo, con el título de «*Texto de Lectura graduada para ejercitar el método explicativo*,» (2) fuese en realidad útil y adecuada á su objeto. Es un tomito de 104 páginas, del que apénas por rareza se conserva algun ejemplar. Mézclanse en él, sin gran concierto, admoniciones y consejos, diálogos infantiles, versos generalmente malos, y fórmulas conocidas, con relaciones de historia bíblica que parecen páginas arrancadas á la obrita del abad Fleury. Ese ensayo debe no obstante juzgarse más por su intención que por su valor real;

---

(1) «Es idea que he visto apuntada en un libro americano, y á poco que mediteis sobre ella, convendreis conmigo en que tiene mucho de verdadera »—Estas son frases de un discurso que hizo y leyó, en su nombre, E. Piñeyro, en 1860 ó 1861. Las cito á la memoria, y así no respondo de la exactitud de todas las palabras.

«Hasta aquí —dice en otro lugar aquella oración—hemos visto confundirse ambas profesiones (el artista y el educador;) pero si damos un paso más adelante, veremos elevarse la primera (el educador) sòbre la segunda, *quantum lenta solent inter viburna cupressi*.»

(2) Texto de Lectura graduada para ejercitar el método explicativo. Libro 1.°—Habana. Imprenta del Gobierno por S. M.—1833. Yo poseo uno, en buen estado.

acaso siendo su ilustre y sapientísimo autor el maestro que lo usára, los resultados debían ser muy halagüeños (1); pero en manos ménos fuertes y expertas que las suyas no debía producir los mismos frutos. Escrito para poner en práctica el método explicativo, no me ha sido dable comprender la elección y distribución de las materias que encierra, ni mucho menos cómo mediante él podria con éxito aplicarse aquel; pues que á cada paso se tropieza con expresiones como las siguientes:—«Dios *manda* salir el sol, y *le manda* ponerse.»—«El es quien *hace caer* la lluvia y el rocío *para mojar* el suelo, y *á su arbitrio* se pone seco».—«*Hora manda* al árbol que se vista de hojas, y *dentro de poco mandará* á las hojas que se marchiten, que caigan, y que el árbol se quede desnudo». —«El hizo al pobre lo mismo que al rico.»—«El os dió vida, y alimento, y casa donde vivir»— «Todos los que se mueven sobre la tierra, son *suyos*».—*En él viven y se mueven*» (2). Todas estas frases en que hay una mezcla extraña de teismo y panteismo, y que harían embarazosa y acaso imposible la explicación, sorpren-

(1) Con ese método, y la acción poderosa que ejerció en Carraguao, levantó á grande altura aquel famoso colegio fundado por un peninsular ilustrado y enérgico, D. Antonio Casas y Remon. El prospecto del establecimiento, citado anteriormente, pudiera haber sido redactado bajo la inspiración de Luz. En algunos pasajes hay ideas suyas; pero generalmente no está escrito en estilo que haga sospechar que fuese Luz el autor.

(2) Texto páginas 10 y 11.

den en un pensador que tanto recomendó desde temprano el estudio de las ciencias naturales, (1) que tanta importancia dió luego al de la física y que llegó á ser un preconizador apasionado de la observación y de la experiencia (2).

Pero es más de admirar aún la recomendación siguiente, dirigida á los niños: «Así que podais leer el Catecismo debeis hacerlo, y *hacerlo muy amenudo*» (3). Tres renglones más abajo, añade: «Ni basta leer, *si no tratais de comprender* lo que leis, y *de conservarlo* en la memoria» (4). Hay que recordar que para él «el método explicativo se reduce *á hacer discurrir* á los alumnos sobre *cuanto* leen, explicándoles *palabra por palabra* segun vá siendo necesario para *la inteligencia* del discurso» (5). Me asalta ahora un recuerdo oportuno. Yo era sustituto, en el Colegio del Salvador, allá por 1865, de la primera clase de Religión, en que se enseñaba la doctrina Cristiana por el Catecismo de Ripalda. Un dia me avisaron para dar clase, porque el profesor estaba enfermo.

---

(1) Rodriguez. Op. cit páginas 75 y 76.
(2) Obtuvo licencia del Gobernador Capitan General D. Mariano Ricafort para fundar un colegio, «y la pidió por *separado para una cátedra de química en 1.° de Enero de 1833.*»—dice Bachiller, op. cit. pag. 243.—Es decir, el mismo año en que públicó el *Texto de Lectura.*
(3) Texto, pag, 31.
(4) Id. pag. 31,
(5) Rodriguez Op. cit pág. 59.

Correspondía, como materia, un repaso general: hice colocar sobre la mesa todos los libros que los niños tenían en las manos y lancé la primer pregunta al que tenía más cerca de mí: ¿quién es Dios?—La respuesta fué instantánea: «La Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo: tres personas *distintas* y *un solo* Dios *verdadero*». Por mi parte, volví á preguntarle al que había contestado si comprendía lo que acababa de decir, y, naturalmente, me replicó que nó, y así mismo manifestaron todos los alumnos. Me encontraba, pues, en un verdadero aprieto para ejercitar el método explicativo. Es verdad que el mismo Pico de la Mirándola, que se sentía capaz de contestar satisfactoriamente á tantas dificultades, se hubiera hallado tan perplejo como yó, en esa intricada cuestión de historia eclesiástica. Tomé entónces el partido mejor, que fué dar á entender, guardando en lo posible la buena forma, que toda aquella fraseología era sencillamente un monstruoso disparate. Más fué lo peor del caso que me ví, por la lógica de las cosas, como forzado á decir lo que debía entenderse por esa palabra de «Dios». No merezco la calificación de inmodesto si declaro que mi explicación no fué del todo mala, pues que manifesté, sin ahondar demasiado, cosa que, por otra parte,

me hubiera sido imposible, que Dios era una concepción humana, una idea, que pueblos, razas, hombres—segun sus condiciones, naturaleza, carácter y otras mil circunstancias,—se forjaban de muy diferente manera. Agregué algo más, tambien de mi cosecha, y resultó que, separado de tan grato entretenimiento no más que por un tabique de madera poco elevado, el Director del Colegio pudo enterarse del empleo que yo hacía del método explicativo, y desde aquel momento dejé de ser el sustituto de la clase de Religión.

Lo cierto es que cuando se inculca á la niñez una síntesis, una concepción total del universo, es muy difícil luego modificarla, sin peligros y sin desgarramientos; y rara vez, si alguna, se logra estirparla de raiz. El Catecismo es una filosofia, toda la filosofia cristiana, mezcla híbrida de multitud de sectas y sistemas, en que hay ideas, como esa idea capital de Dios, que resultan de su misma definición, ininteligibles; una síntesis verdaderamente absurda, que al formar la base de la educación divide más adelante en dos porciones la vida mental, perdiéndose un tiempo precioso y grande esfuerzo, durante la segunda mitad en ir refutando y destruyendo la primera sin conseguirlo completamente, sino por excepción; por cuyo motivo,

y el mismo José de la Luz Caballero es un egemplo convincente, se convierte el hombre en una dualidad lastimosa, y la existencia en algo como la tela de Penélope, al fin de la cual se apodera del ánimo las más de las veces el estéril excepticismo, la triste indiferencia; ó cae en la siniestra congoja que puso Goethe en el alma, vaga y perennemente atormentada, de Fausto.

Pero, á los 33 años, edad en que redactó el texto de lectura, José de la Luz Caballero era, en el fondo y bajo el punto de vista de sus creencias sustanciales, el clérigo de veinte años; aquel mismo hijo de San Francisco que proyectaba renunciar al mundo y encerrarse por siempre en una celda.

IV.—EL MORALISTA.

Un hombre tan sensible como José de la Luz Caballero, no podía ser indiferente al bello sexo; al contrario, alguna de las resoluciones más graves de su vida debiéronse, segun refieren amigos suyos, á influencias femeninas (1). Por el año de 33 contrajo matrimonio con una hija del célebre Dr. D. Tomás Romay. Entonces Luz Caballero era uno de los elegantes de

(1) «En una de esas rápidas determinaciones, inexplicables para sus amigos algunas veces, se propuso viajar por los principales países del mundo». . Bachiller. op. cit.—p. 242,

la Habana. Sus hábitos de escrupulosa y estremada limpieza fueron los únicos que conservó hasta su muerte, de su vida de jóven presumido y de moda. El año de 34 le nació su única hija María Luisa, el encanto de su existencia, y cuya pérdida decidió un aspecto nuevo de su inteligencia.

En 1837 el régimen político de Cuba cambió radicalmente. Las Córtes Constituyentes de la Monarquía hicieron la innovación desastrosa que un escritor llamó «inmortal injuria» (1). La España de los Sancho y los Argüelles estableció en la isla, en forma realmente revolucionaria, un nuevo sistema, cuyo Código fueron la Real órden de 25 de Abril de aquel mismo año y la de 28 de Mayo de 1825.—Cuba, desde entónces, «quedó sometida sin defensa al sable de los Capitanes Generales» (2).

Luz abandonó la enseñanza y se recibió de abogado en Puerto Príncipe (3). Pero el foro estaba demasiado corrompido, por lo que «su alma de armiño» no pudo resistir la pesada atmósfera y renunció precipitadamente al ejercicio de abogado apénas lo inició» (4).

---

(1) España y Cuba. Opúsculo impreso en Ginebra en 1876, página 5, y cuyo autor fué D. José S. Jorrin.
(2) Frase de un artículo de Antonio Zambrana, de 1871.
(3) Rodriguez. Op. cit. pág. 91.
(4) Morales Lémus y la Revolución de Cuba Estudio Histórico por Enrique Piñeyro.—New-York. 1871.—Pág. 13.—Bachiller.—op cit. p. 243.—Rodriguez.—op. cit. p. 94.

Consagrado de nuevo al magisterio, dió clases particulares en su casa y, gobernando el habanero D. Joaquin de Ezpeleta, sucesor de Tacon, obtuvo—en 7 de Setiembre del año 1838—licencia para fundar una cátedra de Filosofia, que se instaló en el convento de San Francisco (1).

Gozaba ya de alto concepto en la Habana como maestro de filosofia. En 1834 había fundado, gracias á las gestiones de D. Francisco Arango y Parreño, cubano prominente que á la sazón desempeñaba el cargo de Comisario Régio de Instrucción Pública (2), una cátedra de Filosofia «con validez académica», en el colegio de San Cristóbal, de que era director. Bachiller y Morales aseguraba que la aparición de su Elenco señaló «una época en el movimiento filosófico del pais» (3), y así mismo lo declaró otro profesor, D. Manuel Gonzalez del Valle (4). Por estos motivos su clase del Convento, que desempeño próximamente cinco años (5), fué bastante concurrida. El profesor sentia y comunicaba el entusiasmo de tal manera que hubo lecciones que duraron hasta cuatro horas sin interrupción ni descanso. A

(1) Rodriguez.—Op. cit., páginas 96 y 97.
(2) Rodriguez.—op cit —p. 77.
(3) Bachiller.—Op. cit —págs. 220 y 224.
(4) Diario de la Habana, Set 7. 1839.
(5) Rodriguez.—Op. cit.—p. 97.

menudo se valía él de libros, ya recientes, ya antiguos, para leer trozos de ellos y comentarlos en seguida. Encerraba comunmente la materia de sus esplicaciones en forma condensada, en proposiciones escritas, de las cuales algunas tenían por fuerza que resultar vagas, ó confusas y hasta insignificantes, y cuya agrupación ó conjunto, más ó menos ordenado y metódico, componía el Elenco del curso, el cuestionario fundamental conforme al cual habían de ser examinados sus discípulos. Por aquella misma época estudiábanse, ó leíanse á lo menos si bien en círculo reducido, obras filosóficas; más no precisamente de origen aleman en su mayor parte, como se ha creido. Contrariamente á lo escrito por el eminente literato, Dr. D. Marcelino Menendez y Pelayo (1), no asomaba ninguna afición, facilmente apreciable, á la filosofia de Alemania, á no ser por el intermediario de Victor Cousin, muy en boga por entónces. Directamente se consultaban obras en latín y libros franceses. Quizás fuera José de la Luz Caballero el único que cultivase con cariño y devoción la literatura filosófica de Europa y la no muy acreditada todavía de los Estados Unidos. Si hubo pensadores de tanta valía como él y aun como el Padre Ruiz

(1) Historia de los Heterodoxos Españoles, tomo 3 ° p. 715.

puede afirmarse que no dejaron muestras para tenerlos por tales en justicia. Aún se vivía generalmente de mendrugos de Aristóteles y de Santo Tomás, ó de la mesa de Descartes: un año despues de instalado el curso de Luz, publicó D. José Zacarias Gonzalez del Valle, en la Imprenta Literaria, sus *Breves explicaciones con motivo de algunos lugares de Aristóteles* con el objeto *de suplir de alguna manera la carencia de texto* (1) para la cátedra de la Universidad, de que se encargara interinamente, y la que todavía se llamaba de *Texto Aristotélico* (2). Las circunstancias por tanto favorecian la propagación de cualquier doctrina nueva sobre todo si aparecía ostentando gravedad científica, carácter conciliador, respecto de lo presente y brillante forma como fué el caso del Eclecticismo. No es pecar de ligereza el que se afirme que la cultura filosófica no pasaba más allá de las escuelas analítica por una parte, y por la otra de la escuela ecléctica y de la espiritualista. Tal era, además, la tradición más conservada, desde los tiempos de Varela, como se evidenció por la polémica relativa á la Moral en que debatieron, con auxiliares de menor importancia, de un lado el Dr. D. Manuel

(1) J. M. Mestre.—op. cit. p. 139 y 144.
(2) Idem.—p. 143.—Bachiller.—op. cit. p. 230

Gonzalez del Valle, y del otro el Presbítero Ldo. D. Francisco Ruiz, quienes reclamaron la tercería de José de la Luz Caballero, su decisión, reconocida y acatada de antemano. En unos exámenes de la clase de Psicologia y Moral del *Colegio Cubano de Conocimientos útiles*, la noche del 22 de Julio de 1839, sostuvo el profesor, D. Manuel Gonzalez del Valle, la proposición siguiente: «Ponemos la virtud en el sacrificio del placer al deber contra la opinión de Helvecio» (1). El Presbitero D. Francisco Ruiz que habia sido invitado á aquellos ejercicios, hubo de sorprenderse de oirle á Valle la afirmación de que Helvecio sostenía «que desde el punto y hora que el vicio hace feliz al hombre debia este amar el vicio» (2). Parece que en tales actos era costumbre el que hicieran observaciones, si lo tenian á bien, los individuos de la concurrencia, y el Presbítero hizo las que le ocurrieron, exponiendo sus dudas acerca de la autenticidad del aserto, respecto á Helvecio, sustentado por Valle. Este le ofreció «poner en público el pasage citado,» para que quedase satisfecho de que Helvecio era su autor (3), y en tal propósito le enderezó á Ruiz una carta de dos párrafos, publicada en la sec-

(1) **Diario de la Habana**, de 22 de Setiembre de 1839.
(2) **Diario**, 31 Julio y 1 Agosto de 1839.
(3) **Diario**, 31 Julio 1839.

ción de *Comunicados* del Diario de la Habana, del 30 de Julio, en que trascribia textualmente en francés las expresiones controvertidas; pero tomándolas de la obra *Sistema de la Naturaleza*, que el Dr. Valle le atribuia á Helvecio. Naturalmente el instruido sacerdote señaló la confusión de adjudicar á aquel filósofo una obra que ya para todo el mundo había sido escrita por el Baron d' Holbach. En la misma comunicación (1), combatió el Pbro. Ruiz las ideas de su colega, para sostener, por su cuenta, que no eran incompatibles, ni menos contradictorios, el deber y la utilidad, si bien previniendo que no entendía él la utilidad como creia Valle que la habían entendido Hobbes y Helvecio; puesto que la tomaba «en el mismo sentido» en que Sócrates, Ciceron, Hume, Bentham, el moralista Droz y el jurisconsulto Conte. En suma, Ruiz sostenía, y creia haber demostrado, «que *el principio de la utilidad* no solamente debe aplicarse á las ciencias políticas y económicas, y á cuanto tenga relación con los goces y necesidades del hombre, sino también á la moral propiamente dicha,» y que la justicia «constituye la suprema utilidad.» Replicó Valle (2), manifestando que aunque

(1) Diario, 3 Agosto 1839.
(2) Diario, 17 Agosto 1839.

las palabras que originaron la polémica no fuesen de Helvecio, á este podian atribuirse sin reparo por ser de la misma época que Holbach, tener con este frecuentes comunicaciones y pertenecer á la misma escuela, por cuyas razones, poco legítimas, por cierto, añadía: la cuestión bibliográfica y erudita «es punto en que *sobreseo* «de buen grado.» Ruiz exponía dudas respecto á la ley del *deber* y preguntaba «*donde se encuen* «*tra*» y «*como se manifiesta*», negando en todo «caso que sus determinaciones fuesen *absolutas*, «*necesarias* é *infalibles*, y no viendo en las distinciones de lo bueno y lo malo más que *juicios* «del entendimiento, nunca dictados de la con«ciencia. A aquella interrogación de Ruiz— ¿dónde se encuentra y cómo se manifiesta la ley del deber?—respondió Valle que «damos con *su* «*revelación sublime* al punto que *asoma una* «*intención* en la conciencia; y que la hallamos «también al *mirar un hecho* de nuestros seme«jantes, comenzado y cumplido *con entera li* «*bertad; puesto que jamás nos abandona el* «*oráculo augusto de la razón;* y *cada* y *cuan*«*do* se ofrece, nos impone *con autoridad divi*«*na* la obediencia á lo justo, sin quitarle á la «voluntad el poder de seguir ó nó *la voz eter*«*na del deber* que la intíma»; y por lo que hace á la ley del deber, *bien clara* se aparece, se-

gun él, en los remordimientos, ó *en el regalo purísimo de una conciencia inmaculada.*» Desde luego este modo verboso de pensar se deriva del error de considerar al hombre adulto y civilizado, al *arya* moderno, ya desenvuelto, como el tipo del hombre, como el hombre único, y de fundar la ciencia en las observaciones individuales hechas sobre él exclusivamente. Por supuesto, razones de la naturaleza de las aducidas no habían de convencer á nádie, por lo que no es extraño que continuara la polémica: Ruiz publicó otro artículo (1) y Valle no se dió tampoco por vencido. En su contestación (2) aludió con grande reverencia á José de la Luz Caballero. El párrafo 8.° de su escrito dice así: «... *ántes que yó*, un estimable patricio dió en «prendas de su amor acendrado á la Moral y «para aviso á la juventud que vá al colegio de «Carraguao por buena educación, *aquel Elen «co de 1835*, que fué para los inteligentes *la «aurora de un nuevo adelantamiento filosófi- «co en el pais, y un consuelo* en la ausencia «del ilustre sábio y ejemplar sacerdote que nos «inició en *los conocimientos de Bacón, Des- «cartes y Newton.* Oigamos entre las delicias «de *la gratitud* que nos acompañan en estos

(1) Diario de 30 de Agosto de 1839. (El artículo tiene la fecha de 22 del mismo mes).
(2) Diario, Setiembre 7. 1839.

«momentos las bien meditadas proposiciones «del moralista del colegio de Carraguao.» Las incluye á continuación, como sigue:

«141.—Los partidarios del principio de uti-«lidad han confundido el hecho con el derecho, «sustituyendo una sátira del vicio á un análisis «de nuestros principios naturales.»

«142.—La veracidad ilimitada que se obser-«va en la infancia no puede ser el resultado de «la experiencia. ¿Cómo podrá explicarse este «fenómeno por el principio de la utilidad?—»

«143.—La moral del interés nos abre un «abismo de males: he aquí sus consecuencias forzosas: 1.ª el olvido de nuestos derechos: 2.ª «la pretensión de contentar al hombre solo con «goces físicos: 3.ª la degradación del carácter «nacional.»

«144.—Aunque se ha dicho con mucha ver-«dad que los pícaros son unos hábiles calcula-«dores, de ahí no se infiere que los buenos no «sean más que unos hábiles especuladores.»

Seguidamente hace mérito Valle de la proposición 148 del mismo Elenco, la que define la virtud... «*la obediencia al deber*», y añade: «Al que puso entre nosotros tan claras y trasparentes las tendencias perniciosas del sistema utilitario, á él la palma y á mi la ocasión de que se reconozca que es suya.» Y terminaba con

las siguientes cláusulas: «En fin, á la luz de esta discusión ¿qué está V. viendo ahora?—El principio de utilidad *á los piés* de la ley del deber.»—

Correspondiendo al respetuoso llamamiento, publicó Luz Caballero en la sección de *Comunicados* del Diario de la Marina, el 13 de Setiembre (1839), una carta fechada el 11 del própio mes, y dirigida al Sr. D. Manuel Gonzalez del Valle. En el mismo Diario y sección, vió la luz el 16 de Setiembre la respuesta pendiente del Padre Ruíz, con fecha del 13, es decir, el mismo dia que apareció el comunicado de Luz Caballero. Sin conocerlo por tanto, decia á Valle el Pbro. Ruiz: «El *ilustre patricio* «á quien V. alude, *honra y prez de nuestro* «*suelo*, y *á quien tanto debe su pátria por más* «*de un título*, no me dispensaria la generosa y «cordial amistad con que me honra si llegase «á entender que yo por un momento titubeaba en «manifestar con franqueza una idea que creye- «se verdadera y provechosa al hombre, por «miramientos y consideraciones humanas. In- «finitas pruebas nos ha dado del generoso tem- «ple de su alma como de su profunda y variada «instrucción en los ramos del verdadero saber, «utilizados eminentemente por su acendrado «amor á la pátria. *Por fortuna no discrepa*

«*mos en nuestras opiniones cual V. se aven-*
«*tura á proclamar.* Como no presumo tanto
«de mis fuerzas intelectuales, tengo un sincero
«deseo de descubrir la verdad, ó de libertarme
«de cualquier error en que pueda haber incu-
«rrido, más de una vez en nuestros amigables
«colóquios hemos entrado en discusión sobre
«la materia, no con el tono de quien desea ven-
«cer, sino con la candorosa sencillez del que
«busca la verdad para ilustrar su mente. *Aca-*
«*so ántes que este artículo vea la luz pública*
«*tenga* V. *su desengaño* con la manifestación
«del genuino sentido que deba dársele á las
«proposiciones de su antiguo elenco de filoso-
«fia.» Luz Caballero, sin embargo, creyó que
no habia desacuerdo sustancial entre ámbos
contendientes: «Valle y Ruiz—decia—no di-
fieren en cuanto á la norma para juzgar las ac-
ciones»..... «¿En qué consiste, pues, la di-
vergencia?» agregaba. Entendia que el primer
grado de la cuestión estribaba en la proposición
de que todos habian de rendirse á la ley del de-
ber, y que el segundo, en su explicación. ¿«Por
qué?»—su respuesta era la siguiente: «por que
así lo pide el órden.» El órden para él significa-
caba: «las leyes de la naturaleza y del hombre,
en que se cifra la armonia del universo y de la
humanidad,» que se encaminan «á asegurar el

bien general, ó llámese *utilidad de la especie hasta con detrimento del individuo;*» por lo que quien *infringe el órden* «falta precisamente á su *deber*,» pues que «ataca el bien ó ventajas de la comunidad.» A continuación explicaba Luz el sentido de las proposiciones de su elenco que habia transcrito Valle, insistiendo en que la naturaleza «se ha ocupado más de la especie que de los individuos,» que su *plan* «es que todo ceda á la *utilidad del mayor número* y hasta con detrimento de la utilidad individual.» En su concepto «*no es otro ni puede ser otro el sistema de la sociedad.*» De ahí saca en consecuencia que «la *teoria del deber* pende forzosamente del conocimiento que tengamos de las leyes de nuestra naturaleza,» y que «solo así puede explicarse la diversa moralidad de los pueblos según su diferente grado de civilización, no ménos que su uniformidad en ciertos principios fundamentales de las acciones, *que descansan en hechos ó impresiones comunes á toda la humanidad*, aun en el estado más bravio é inculto.» Ya desde entonces puede notarse el carácter sensualista de sus doctrinas, pues que resistia á fundar aquella uniformidad en ideas ó principios innatos, declarando que «*solo nuestras facultades*, ó mejor *los gérmenes de nuestras facultades*

nacieron con nosotros» y que esto bastaba para «conseguir todos los fines de la moral.» «Si «los hombres—proseguia—nos hemos de uni- «formar precisamente respecto de ciertas má- «ximas fundamentales, asi físicas como mora- «les en virtud de nuestra misma constitución «¿á qué viene *suponer* que tenemos *ideas pre- «existentes*? ¿No se nos ha dado *la luz de la «razón* para formarlas sobre los materiales «suministrados por los sentidos?»..... «Tan «cierto es que los principios de moralidad *pen- «den de las ideas adquiridas* que sin salir de «nuestro propio suelo, educados bajo la misma «religión y costumbres, hallamos hombres, y «nó de los interesados sino de los más despren- «didos y aun timoratos, que tienen por buenas «ó indiferentes, aquellas mismas acciones que «V. y yó tenemos por pecaminosas y detesta- «bles.....» «*Por esta razón cuando queremos que cambien las acciones de los hombres, nos empeñamos en cambiar sus ideas;*» porque «todo es armónico en este mundo» y así «*los sentimientos producen ideas* y *las ideas producen sentimientos*, que son *los padres inmediatos de las acciones*» (1). Esto no obstante, pensaba que el principio de *la utilidad bien*

(1) Estas proposiciones tienen grande analogia con la doctrina ulterior de las *ideas-fuerzas*, del original y profundo escritor francés Mr. Alfred Fouillée.

entendida no es el que *siempre gobierna* á los hombres, sino *el que debe gobernarlos*, aserto que cree una prueba de la afirmación contenida en su proposición número 141 de que se habia confundido el hecho con el derecho; y combatia «con ahinco» la doctrina del *interés*; el individual desde luego, porque mas adelante se refiere á «esa fatal escuela del egoismo» á cuyos partidarios designó «repetidamente» con el epíteto de «*materialistas de la política*,» y declara que «la divisa de su corazón» es «*la teoria del sacrificio y la abnegación* en obsequio del procomunal.» (1) Reconoce también la existencia de hombres buenos «por su própia naturaleza» que «jamás calculan para obrar el bien, porque no pueden menos de hacerlo,» y la de otros que «aunque prevean los males que les acarrean ciertos actos, prefieren la utilidad agena á la própia, por ser aquella la mayor para la sociedad,» entendiéndo que tal preferencia «no es más que otro nombre para decir justicia» y que, en consecuencia, «habiéndo una gran diferencia entre lo *útil*, tomado en general, y lo *justo*, no média ninguna entre *lo más útil* y *lo justo*.» «*Util*—continúa—es un ferrocarril; pero *más útil* es la *justicia*. La

(1) Repitió luego en un aforismo: «La *doctrina del sacrificio* es la madre de lo poco que somos. Dígalo el Gólgota.» —Rodriguez — Op. cit. — p. 169.

Palabra *útil* se aplica á cuanto puede aprovecharse asi en lo físico como en lo moral, y por lo mismo contraida ya á la moral no puede decir relación sino á la bondad ó malicia de las acciones.» Le parece que «si en vez de la palabra *utilidad* se hubiesen valido algunos moralistas de la expresión *procomunal*, ó *bien general*, mucho altercado inútil se hubiera ahorrado en la materia que nos ocupa;» porque cree evidente que «la naturaleza misma nos fuerza á probar *el deber* en el crisol de *la ventaja general;*» de ahí que pregunte: «¿Cómo puedo yo saber lo que es *deber* si ignoro lo que piden los casos y las cosas? ¿No es esta *exigencia* de *las circunstancias* en lo que se cifra *el órden* y *concierto* del mundo moral?» «¡Qué!—exclama—¿por ventura la humana naturaleza no tiene leyes como toda la naturaleza? Luego la ley del *deber* léjos de oponerse al principio de la mayor utilidad encuentra en este su más firme apoyo;» de donde resulta que «la una es *el precepto*» y «el otro es *la teoria.*»

Creía conciliar á los dos adversarios: «en resolución,—dijo—los artículos de Ruiz son el comentario legítimo de la doctrina de Valle;» y acaso porque observára que los ánimos habíanse poco á poco enconado deseó que terminara la contienda: «creo que debe cesar toda discusión,

una vez determinado el sentido de las palabras, y deslindadas las consecuencias del principio del interés, y del principio del bien general;» por más que insinuaba que no eran sus explicaciones favorables al punto de vista del Dr. Valle, del cual discrepaba por completo en asuntos fundamentales. Mas como las divergencias de doctrinas, ni las diferencias de ideas desaparecon un laudo, como las contiendas ocasionadas por los intereses ó por la conducta, ni tampoco se aplaca la discordia en la esfera del pensamiento con el veredicto que se funda en reflexiones más ó menos sólidas, aunque donde ni se penetra en la raiz misma del problema, ni se agota en lo posible una materia, examinándola cuidadosamente por todas sus fases,—sucedió lo que era natural, que no hubo conciliación y—lo que es curioso—que cada uno de los interesados creyó que el árbitro había fallado á su favor (1). El Padre Ruiz por su parte llegó hasta declarar que tenía la convicción «de que todo el contenido» del artículo de Luz se hallaba «en tanta armonía» con las ideas expresadas en los suyos que no dudaba «cubrirse con la honra de adoptarlo y defenderlo como propio.»

---

(1) «Victoria, pues, por la ley del deber»..... decia Valle en el Diario, el 22 Set. 1839.—«Bien veo que se destruye aquella ilusión que V. se habia formado de que las explicaciones del sr. Luz inclinaban la balanza á su favor»—decia Ruiz en el mismo papel, el 28 de Setiembre.

La carta de Luz al Dr. Valle, á más de indicar sus ideas morales, determina su manera de pensar, esto es, la naturaleza de su entendimiento. Aquel escrito fué redactado, seguramente, al correr de la pluma, y esta circunstancia es bastante para prevenir ó estorbar los juicios definitivos que, en cualquier sentido, lo tomen por base ó fundamento. Ni era él un metafísico, ni aceptaba la Metafísica. Como moralista seguia, pues, la escuela *inductiva*, acercándose unas veces á las ideas de Stuart Mill, otras veces á las de Bentham; pero sin que por aquel escrito suyo, único sobre la materia que hasta ahora le conocemos, sea posible congeturar si alcanzaba en la concepción de su doctrina ética la penetración analítica que en la suya muestra el segundo de aquellos filósofos, ó la potencia de síntesis que el primero; ya que es fácil notar por él que conserva siempre un resto antigno, un dejo de su primera educación cristiana y escolástica, el ascetismo religioso que no se espanta ante el sacrificio y el hábito mental de vivificar las palabras. Por otra parte, Bentham tenia su tarifa, su aritmética moral para hacer el cálculo de lo útil; pero ¿qué és, cómo se determina, y quién determina el principio de la moral que Luz denomina «*la utilidad del mayor número*,» y que llama otras veces, con

mayor indeterminación, «*el bien general,*» ó «la utilidad *bien entendida*»?

V.—Polémica sobre el Eclecticismo.

No fueron únicamente Valle y Ruiz quienes contendieron sobre la moral del *deber* y de la *utilidad.* En el *Noticioso* y *Lucero* se publicaron desde Setiembre á Diciembre de 1839 vários artículos, más ó ménos insulsos y breves (1), entre ellos uno firmado por «un discípulo de Cousin» (2). Durante aquellos meses mostró en Cuba, cierta tendencia á generalizarse, el eclecticismo de Victor Cousin, aun cuando en ella habia asomado con anterioridad, y por ese motivo contra él arreció José de la Luz y Caballero en la cátedra de San Francisco (3) los golpes que desde el año anterior descargaba en los periódicos contra adversarios de sus ideas filosóficas. Si bien el Pbro.

---

(1) —Comunicado de «Otro», en el Noticioso y Lucero de 5 de Set. 1839.

—Carta de «Otro» al Sr. D Francisco Ruiz. Id. 23 de Set.—Este «Otro»—á lo que entiendo—era D. José Zacarías Gonzalez del Valle.

—Comunicado de «El Experimentalista»—(seis párrafos)—Id. 2 Oct.—

—Comunicado «De lo verdadero y lo falso,» por «Un suscriptor» —(4 párrafos)—Id., 11 de Diciembre 1839.

(2) —«Un voto en la cuestión y conflicto del principio del deber con el de la utilidad.»—Id. 7 de Octubre (seis párrafos).—

—En el mismo mes (dia 6) publicóse un articulo contra los cousinianos, y en defensa del utilitarismo, firmado «Aurelio »

(3) Declaróse también partidario de Cousin, «con íntima convicción», un profesor francés que entónces residia en la Habana, Mr. Alejandro Brusa.—Diario de la Habana, 27, Octubre, 1839.

Ruiz seguia sus mismas aguas (1), Luz Caballero combatió sólo contra sus adversarios en aquella famosa polémica (2); mejor dicho, contra un adversario único; pues aunque el año 40, y mientras Luz impugnaba las doctrinas cousinianas en el Convento, explicaba en la Universidad D. Manuel Gonzalez del Valle, conformándose en sus lecciones al escritor francés, los ramos que entónces y hoy todavia se designan con la palabra Filosofia (3), no me consta que rompiese este ninguna lanza en el nuevo palenque; á ménos que fuera de su pluma alguno de los articulejos que he mencionado y que Luz no se dignó contestar, ni habia para qué. El único á quien honró combatiéndole especial y directamente fué á un joven doctor de veinte años, el catedrático interino de *Texto Aristótelico*, D. José Zacarias Gonzalez del Valle, her-

(1) El Sr. Rodriguez (op. cit.—1.ª edición—ps 97 y 98) afirma que el Pbro. Ldo D. Francisco Ruiz fué uno de los que combatieron contra Luz. Asi, y por eso lo crei yo también, y así lo repeti en este estudio cuando apareció en la «Revista Cubana» (año I —Tomo I.—Núm. 6, 30 Junio 1885.—p. 542). Pero no fué tal A lo ménos no he encontrado, en los periódicos del tiempo, un solo articulo que pueda atribuirse á aquel pensador tan sério, y—por otra parte—ya hemos visto por algunas ideas de Ruiz, que es más de presumir que no anduviesen en desacuerdo, en cuanto á lo fundamental.

(2) Calcagno (Diccionario biográfico) dice que D Juan Francisco Fúnes.—p. 292.—intervino en la polémica; pero en la página anterior refiere que el año 39 fué á Cuba, con un cargo. También afirma que tomaron parte León y Mora y Bachiller. Este último, segun he oido, escribió alguno que otro folletin. Del otro, ni de Fúnes he encontrado nada.

(3) Ese mismo año publicó un Elenco contra Cousin y su escuela (Rodriguez.—op. cit.—ps. 103 y 104); en 4.°—25 páginas (Bachiller.—op. cit —p. 231); y D. Manuel Gonzalez del Valle, imprimió en la «oficina de Boloña» un cuaderno en 4.°, de 35 págs. titulado: *Articulos publicados sobre Psicologia, segun la Doctrina de Cousin.*»—

mano de D. Manuel; aunque, en puridad, combatiendo á Valle, el contrario era el mismo Victor Cousin; porque su discípulo habanero publicó solamente dos artículos, nó muy extensos; el primero, en que designaba la doctrina discutida con el dictado de «*sistema de la época*,» se reducia á «traducir algunos párrafos de la Advertencia que Victor Cousin ha puesto á la cabeza de la tercera edición de sus *Fragmentos filosóficos*, hecha el año próximo pasado en Paris» (1); mientras el segundo era una defensa del electicismo, bastante corta y muy desmayada (2).

El mayor elogio de Luz Caballero, asi como la demostración de su perspícuo patriotismo y de la profundidad de sus miras, se desprende del hecho mismo de haber luchado en la isla de Cuba contra las perniciosas tendencias de aquella doctrina cousiniana, así en el órden de las ideascomo en el órden social y político (3). El electicismo carecia de un principio superior, y

(1) *El Noticioso* y *Lucero*, 16 Setiembre, 1839, artículo titulado «Filosofia,» y firmado *Julio*

(2) Artículo de *Julio*, con el membrete de *Eclecticismo*, en el *Diario de la Habana*, 14. Octubre, 1839.

Desde unos meses ántes habian tenido ámbos más de una discusión relativa al cousinianismo. Debo á la generosidad de mi amigo el distinguido escritor y diligente bibliófilo Dr. D. Vidal Morales y Morales, el original de una carta escrita por el Dr. don José Zacarias Gonzalez de. Valle. La inserto como apéndice, ya que indica los comienzos de la polémica sobre Cousin; pero fué impresa por primera vez y publicada en la *Revista de Cuba*.

(3) Decia Luz que la causa de la fundación del Eclecticismo, *su idea-madre* fué *justificar el presente*. «Negocio de politica con capa de filosofia, nada más.»—Rev. de Cuba.—tomo 6.°—p. 274; nota.—

buscando la conciliación de agenas ideas, reducíase á la postre á un híbrido sistema personal que Luz justamente calificó de *falso é imposible*, y del cual pensaba que «desde que existe la filosofía» no hubo nunca «idea más quimérica» (1). A este motivo fundamental, se agregaban en el ánimo de Luz otros de gran importancia que le impulsaron á una enérgica y briosa oposición, en el periódico y en la cátedra; porque la doctrina nueva estorbaba los progresos del espíritu humano, «cerrándole las puertas del porvenir»; porque bajo el nombre de conciliación pretendia propagar errores «que ya habia enterrado la ciencia;» y empleaba «armas de todas clases contra los que estaban en posesión de la verdad apellidándoles *ateos* y *materialistas*, para espantar á la juventud del campo de la legítima investigación;» porque tales doctrinas «se sustentaban por hombres del mayor prestigio y elocuencia, y á la cabeza de los primeros estudios;» y sobre todo, porque «se aspiraba con el más vehemente ahinco á hacer *una completa revolución en las ideas, para servir de base á una revolución en la política*» (2). Desde 1815 se enseñoreó de los espíritus en Francia el espiritua-

(1) Vió pronto y con claridad: en 1837 decia tambien Julio Simon: «en sustancia, en toda la doctrina de Cousin, hay muchas verdades; pero todavia hay más *quimeras*.»

(2) Artículo «A Tulio», (sin firma.)—Diario de la Habana, 24 Oct. 1854.

lismo con Royer-Collard, Maine de Birán y Víctor Cousin. Aquella escuela, mezcla de Descartes, Leibnitz y la llamada filosofía escocesa, tomó por base la psicología y fundó la psicología en la observación directa de la conciencia individual. Esto solo ya evidencia que, concentrando la atención en el mundo interior y exagerando y aun equivocando el valor del sentido íntimo, su autoridad y testimonio, había de descuidar la verdadera experiencia, es decir, sustituir la ciencia con la lucubración, las investigaciones positivas con la fantasia y la hipótesis.—El jefe de aquella dirección de los espíritus, y luego de una nueva escuela, fué un hombre de grandes méritos, el ilustre Víctor Cousin, profesor muy elocuente, escritor elegante y clásico, consejero de Estado, académico, par de Francia, y en 1840 Ministro de Instrucción pública en el gabinete presidido por Mr. Thiers. En los primeros años de su enseñanza pública era un maestro entusiasta, algo como un apóstol de las ideas liberales. Despues no fué sino un político pendiente siempre del gobierno establecido, y — como dice Julio Simón en un libro calificado de «ingeniosa y maligna biografía, ó más bien sátira biográfica» (1),—«el magistrado» de la filosofía

(1) Menendez y Pelayo: «Historia de las Ideas Estéticas en España», tomo IV, vol. II, p. 150.

(1); pero por sus aptitudes y su influencia pudo prestar y prestó servicios muy considerables y de diversa índole á su pátria, agitando los espíritus, investigando en los archivos, esparciendo doctrinas antiguas y modernas, popularizando la historia de la filosofia, despertando la curiosidad en esas materias y el gusto por el estudio de las obras originales de los grandes pensadores, algunas de las cuales tradujo y editó. Por tales y tantos títulos y principalmente por sus trabajos literarios y sus esfuerzos en pró de la enseñanza, le enaltecia con respeto sincero y grande admiración, José de la Luz Caballero; mas tambien por aquellas mismas circunstancias que realzaban el crédito y prestigio del ilustre profesor francés temia y se alarmaba ánte los progresos que en Cuba iban haciendo sus doctrinas. Cousin, que venia del sensualismo y de los escoceses, de Laromiguiere y de Reid, recibió bien temprano la influencia de los alemanes, de Schélling, de Hégel, de Jacobi, á quienes conoció personalmente, y ántes que de ellos de las obras de Kant, que estudió á medias y, como dice J. Simon, «en el latin bárbaro de Born». Sus estudios de los sistemas, sus trabajos de erudición, su poder maravilloso de asimilación y la

(1) *Victor Cousin*, por Julio Simon.—Paris, 1887.—p. 70.

tendencia sintética de su espíritu le facilitaron el camino y los elementos que necesitaba para formular una nueva filosofía, con que supeditar y sustituir, según lo pretendia á todos los demás sistemas. Esa filosofía, sin embargo, resultó por vicio de método, sobre todo, una construcción vana, aunque no desprovista de ingeniosidad y de apariencias seductoras; pero sus materiales fueron tomados aquí y allá, entre los antiguos y entre los modernos, en la escuela escocesa, en las alemanas, en Maine de Biran, en Descartes, en Proclo, en Platón, en los orientales. Su mismo nombre — Electicismo — hubieran podido reclamarlo por suyo Leibnitz y, con anterioridad, los alejandrinos. Tenia por norma una tésis mentirosa, que todos los sistemas son verdaderos en lo que afirman y falsos en lo que niegan; y por guia el *sentido comun* (1), lo que equivale á no tener ninguno, á echar á andar sin norte ni propósito, es decir, á merced de lo arbitrario y lo caprichoso. Su idea capital era la impersonalidad de la razón, principio con el cual creia haber realizado la concordancia de la ontologia y la psicologia, del ser y del pensamiento, y resuelto las mayores dificultades que se ofrecen

(1) «El sentido comun es nuestro punto de partida legitimo y la regla constante é inviolable de la ciencia.»—*Du Vrai, du Beau & du Bien*, por M. Victor Cousin —Paris, 1865.—p. 435.

á la especulación. Su método, aun protestando lo contrario, se reducia á algo semejante al sincretismo de la escuela de Alejandria, á «un «*eclecticismo ilustrado* que, juzgando con «*equidad y aun benevolencia* todas las escue«las, toma de ellas lo que tienen de verdadero «y se desentiende de lo que tienen de falso» (1); pero sin determinar cómo y de qué manera se reconoce la verdad que las hace vivir y se descubre el error que ocasionó su descrédito. Fundado en el análisis del pensamiento; por lo mismo que había sido educado en la escuela de Reid; que derivaba del psicologismo de Descartes, y que se encontraba frente al criticismo kantiano y el escepticismo inglés, la teoria del origen de nuestras ideas y de su alcance y su valor debia ser y fué, para desesperación de su discípulo Jouffroy, su *caballo de batalla*, llevándole como por la mano á combatir el sensualismo, y particularmente á Locke, que entonces era en Francia «una potencia» (2) y á quien tenía él por «el verdadero representante, el más original y á la vez el más templado de la escuela empírica» (3); y para lograr su aspiración de juntar á las percepciones los conceptos, al lado de la sensación que nos suminis-

(1) Cousin.—op. cit.—p. 10.
(2) J. Simón, op. cit.—p. 46.
(3) Cousin.—op cit.—p. 440.

tra la percepción de las cosas, la razón que nos suministra las ideas absolutas. Inspirándose en algunas ideas hegelianas sostuvo la teoría de los grandes hombres, el movimiento fatal en que el éxito es la *última ratio*, la santificación de los principios que, encarnándose en los pueblos escogidos, se realizan por la acción de los genios providenciales; teoria desastrosa que en definitiva viene á ser la glorificación del acaso, del crimen mismo, la inanidad de la razón y del derecho, la supresión de la justicia, la infalibilidad inapelable de la fuerza. Julio Simón que le celébra y respeta como moralista, añade, sin embargo: «No le repruebo más que una cosa, que es bien grave, y es lo que él própio llamaba la absolución del éxito, teoría que se relaciona con la de los hombres necesarios» (1). Por eso, si fué bien acogida la nueva filosofia de Cousin en algunas partes—en Pádua, por Poli; en Nápoles, por Galluppi; en España, por D. Tomás García Luna,—también, por sus tendencias inmorales en el órden político, por su absurda pretensión de armonizar lo inconciliable, y por su falta de criterio y de verdadero método, debía encontrar y encontró muy poderosos adversarios en el extranjero, como Rosmini, como Schelling, como Hámilton, y en la

(1) J. Simón, op. cit.—p 60.

misma Francia le salieron al frente, aunque desde puntos de vista muy distintos, la escuela católica y el célebre humanitario y ex-sansimoniano Pierre Leroux. Alarmado el patriotismo generoso de Luz y contrariadas sus ideas capitales, por el Eclecticismo, su corazón y su entendimiento por un lado, y por el otro su deber como maestro de la juventud (1), decidieron la vigorosa resistencia que opuso á que se aclimatáran en su pais tan falsas como funestas doctrinas (2). La filosofia ecléctica aplicada á la política es lo que se ha llamado el *doctrinarismo*. Lo que hizo Cousin en la esfera del pensamiento especulativo lo realizó el ilustre Guizot en la política y en la historia (3). El uno fué el complemento del otro. En el fondo de las lecciones del historiador late la tésis del filósofo, de que «la historia es el gobierno visible de Dios; por lo que, en consecuencia, *todo está donde debe*, y si todo resulta en su lugar propio, *todo está bien puesto*, pues todo conduce al fin señalado por un poder benéfico.» Semejante optimismo determina una profunda contradicción entre la doctrina moral del escritor francés y su filoso-

(1) «Esta era mi primera obligación ocupando una cátedra de Filosofía.»—Advertencia á la Impugnación á Cousin —Revista Cubana. Tomo 6.—p. 271.

(2) Lamentábase que por causa del sometimiento á la autoridad literaria no hubiera «esperanzas de establecer y aclimatar una escuela, verdaderamente, en nuestro suelo.» Id. p. 270.

(3) *La Filosofía de la Historia en Francia*, por Robert Flint —trad. francesa.—París.—1878—pg. 247 y 249.

fia de la historia; pero resultaba ser, en cambio una garantia, una satisfacción para los intereses actuales, para la organización actual de la sociedad de su tiempo (1). Entónces la isla de Cuba estaba regida por la autoridad arbitraria y omnipotente de los capitanes generales, y vivia y se sustentaba de la esclavitud y de la trata. Ser manejados los blancos con un sable, ser manejados los negros con un látigo, vivir todos sin el derecho de la queja siquiera y alimentarse el país con los saltos y latrocinios de los piratas que vaciaban sobre nosotros contínuamente barcadas de infelices salvajes ó bárbaros de Africa, todo eso constituia, conforme á los eclécticos, el régimen mejor, el gobierno divino, la necesidad benéfica impuesta por la providencia. Si al dia siguiente una revolución hubiera raido de la tierra cubana tamaños horrores y absurdos, la revolución estaba en su lugar, venia á su hora, era buena y providencial, conforme á doctrina tan acomodaticia como el doctrinarismo, ó eclecticismo histórico y político. Pero ¡ah! en Cuba, como en otras partes, un cambio feliz de tal naturaleza y tamaña importancia, era por entonces un delirio: la

(1) «.. todo preocupado y absorbido con la mezquindad de lo presente» ... dice Luz, de V. Cousin —*Rev. de Cuba*. t. 6.°—p. 274. —Leroux impugnaba en el mismo sentido á Cousin: op. cit.— p. 89. —En algún otro lugar de la *Impugnación*, llama Luz á los eclécticos: «adoradores de lo presente.»

justicia, la razón, la conveniencia misma de la sociedad encontraban cerradas todas las avenidas. De aquí el legítimo y noble recelo de Luz. Ni su perspicacia ni su sentimiento le engañaron. Creia que «hubo un plan, una intención profunda, *une arrière pensée*, en la promulgación de esta nueva doctrina, ó nueva máquina para trabajar á la gente del siglo XIX y sobre todo, á la gente francesa.» (1) Decia, con ese motivo, que no era *vano amor própio*, lo que ponia en su mano la pluma; *sino un sentimiento de muy otro linaje*. ¿Cuál? Debió ser su patriotismo, miras patrióticas más altas y más puras que las de quienes mantenían en Cuba tantas iniquidades, y que las de quienes las toleraban y consentían. Esta es también la interpretación que expone su biógrafo (2). Sin embargo, en cuanto escribió en lo sucesivo no volvió Luz Caballero á aludir á las tendencias políticas de la escuela de Cousin, á su filosofia de la historia. Combatió el eclecticismo únicamente en el terreno de la psicologia, se contrajo entónces y después con más ó menos oportunas digresiones á la cuestión relativa al orígen de las ideas. Añade su distinguido biógrafo (3) que se le hicieron acusaciones en el curso de la

(1) Diario de la Habana, Oct. 3 de 1839.
(2) Rodriguez.—op. cit.—p. 98.—
(3) Id.—p. 99.—

polémica y que «se llegó hasta á dar á la cuestión un giro político, apuntándose con más ó ménos *desembozo* que habia peligro para las instituciones existentes» en las doctrinas de Luz; lo que dió motivo á su determinación de *colgar la pluma*. Por mí sé decir que no he tropezado con esos asertos en los periódicos más importantes de aquella época, si es que se expresaron por escrito (1). Durante aquel año de 39, en Noviembre y Diciembre, vieron la luz en el *Noticioso y Lucero* dos artículos con el membrete de *Locke*, y firmados por las iniciales V. C.—Tres dias después publicó el *Diario de la Habana* (2), en la sección de Comunicados, un breve aviso, bajo el epígrafe: *Filosofia.—Para bellum*, y suscrito *El Justiciero*, que probablemente era el mismo Luz, para advertir á los jóvenes que los artículos de las iniciales eran traducidos de Víctor Cousin, y no originales de alguno de «los espiritualistas habaneros,» á quienes recomienda que en vez de combatir con armas prestadas, estudien y mediten, previniéndoles de camino que volveria á su encuentro tan luego como se desocupase de *la cuestión del dia*. Este asunto inme-

(1) Parece, que hubo de aludirse al materialismo en algun escrito anónimo circulado en 1838 contra sus tendencias filosóficas, á poco de abrir su clase en el Convento; pero entiendo que fué con cierta vaguedad, é indirectamente.

(2) 11 Diciembre 1839.—Tiene la fecha del 8 del mismo mes.

diato ó *del dia*, era el remate del ferrocarril de Güines, que absorbió la atención de Luz todo el mes de Diciembre de aquel año de 1839, y en él cual intervinieron con multitud de artículos en pró y en contra, varias personas, tales como Fernández Herrera, Serrano, Pardo Pimentel, Tranquilino Sandalio de Noda y *El Lugareño*. Calcagno tiene razón en llamar ágria polémica la que se sostuvo en la Habana con aquel motivo, y en afirmar que por ella le sobrevinieron á Luz «sérios sinsabores.» Su manera de argüir fué demasiado dura quizás, y por ello estuvo á punto de tener disgustos personales. La misma viveza, la misma sinceridad y el mismo calor mostró en sus artículos de filosofia, que en aquellos relativos al interés público momentáneo. La circunstancia de haber escrito, en oposición al Eclecticismo, cartas polémicas, primeramente, y comentarios después, lo coloca en una situación desventajosa, desde el punto de vista literario, sobre todo dados su facilidad y su carácter;—porque éste le hacia buscar sólo la verdad, descuidando la expresión y el aliño, y aquella le tentaba á hacer inmediata y rápidamente, de un dia para otro, sus trabajos, coadyuvando así dos cualidades superiores á producir como resultante la inferioridad. Además, por tal manera, las

obras—cartas ó comentarios—habían de ser naturalmente deficientes. Compárese, si nó, con Leroux, que no está conceptuado como un escritor superior ni como un pensador considerable, y se notará la diferencia de resultados que determina la diferencia en el procedimiento. Leroux es metódico, más cuidadoso de la forma, elocuente á veces; escribe un artículo que reimpreso se convierte en libro, bastante acabado (1), que investiga la naturaleza del Eclecticismo, su orígen, «las variaciones sucesivas» de Cousin; el político, el psicólogo, el metafísico, y su filosofia bajo todos sus aspectos, desentrañando confusiones, errores, equivocaciones;... cuando se le ha leido se conoce á un tiempo el sistema combatido, su medio histórico, sus causas determinantes, sus tendencias, su abigarrada estructura, el mérito y el valor que le imparte el implacable y enconado adversario. Leyendo las cartas de Luz se persuade el ánimo de sus arraigadas convicciones, de su sencilla y candorosa naturaleza, de su sinceridad, del apasionamiento intenso y fogoso, que á veces, en medio de la independencia de juicio, denuncia los ardores del sectario; se vé cómo acorrala al contrario, como le rebate paso á paso y punto por punto, ciñéndose demasia-

(1) Réfutation de l'Eclectisme, par Pierre Leroux, Paris 1839.

do, es decir, exclusivamente, á la forma y límites del trabajo que impugna, por lo que pierde en desembarazo y grácia; conoce pronto su opinión particular sobre el electicismo, el horror y el desdén que alternativamente le inspira; pero no penetra en el fondo y la raiz de la materia, no percibe bien qué sea y cómo sea el sistema abominado, ni cuáles son los canales por donde vinieron tantos aluviones á encharcarse en ciénaga pestífera, tantos residuos á concertarse en indigesta amalgama, como tampoco cuales habían de ser las consecuencias funestas que enjendrára, tanto en el órden científico como en el moral y en el político. No obtante tuvieron algunos puntos de analogía el adversario francés y el cubano: ámbos en varias objeciones están en completo acuerdo, y es indudable que si Luz no había visto el libro de Leroux, impreso el mismo año de su polémica, conocía el mismo trabajo en su forma primitiva, que fué un artículo de la *Enciclopedia Nueva* (1). Sus apreciaciones sobre la psicología (2) eran sustancialmente idénticas, y muy semejantes también sus opiniones sobre la religión y la ciencia, sobre el cristianismo, sobre el valor filosófico de

(1) Op. cit.—Préface.—
(2) Id. ps. 120 y 121.

San Pablo (1). Ambos son adversarios apasionados; pero el uno es más escritor que el otro; aunque se inspira en la defensa de su propia doctrina, y nó en el interés más elevado de su pátria. Aquella polémica produjo en Cuba el bien de animar los estudios, el deseo de conocer las obras originales (2), y es honroso para Luz el confirmar el acierto de sus juicios con la concordancia de la crítica contemporanea nuestra. Paul Janet, para no citar más más que uno, considera como la mejor obra de Cousin, en cuanto á controversia filosófica, el *Exámen de Locke;* pero reconoce que adolece de debilidad en la argumentación y que deja mucho que desear en extensión, rigor y claridad (3). Apreciación semejante se desprende de la trunca *Impugnación al exámen de Cousin sobre el Ensayo del Entendimiento humano de Locke*, publicado por Luz, bajo el pseudónimo de *Filolezes* (4), hace médio siglo, y de cuyo escrito no se imprimieron más que 144 páginas en dos cuadernos. Terminada la polémica, interrumpida la impugnación,

---

(1) Id.—p. 50 y Préface X —«Revista Cubana».—Tomo 6° páginas 281 y 287—y 41, 44 y 45.

(2) Rodriguez.—op. cit.—ps. 101 y 102.

(3) Revue Politique et Littéraire, núm 11.—14 de Marzo 1885. —La doctrina de Victor Cousin; el espíritu ecléctico; por Paut Janet, del Instituto.

(4) Revista de Cuba.—Tomo 6° ps. 274 y 338. En este y el siguiente tomo, *passim*.

tampoco se dieron á la estampa otros trabajos que había anunciado, de ellos uno acerca del cerébro y otros dos sobre Maine de Biran y sobre Teodoro Jouffroy, los únicos filósofos franceses de aquel tiempo que apreciaba de véras (1). Desde luego causa de estos contratiempos fuéron sus achaques, que ya empezaban á inutilizarle para las graves ocupaciones en se querequiere por igual la salud del cuerpo y del espíritu.

Pero recogiendo y concertando lo mejor posible aquellos fragmentos—los artículos del *Diario*, algunos Elencos y las entregas de la *Impugnación*,—puede intentarse esquiciar su personalidad de filósofo, al ménos respecto de aquella época, en cuanto á su carácter general, bajo aquel aspecto, y especialmente desde el punto de vista de sus opiniones en psicologia.

---

(1) A *Damirón* le juzgaba nada más que «escritor elegante y metódico» con referencia á su Ensayo sobre la Hist. de la Filosofía en el siglo XIX.

De *Lerminier* dice que «es una pluma fácil y elegante; pero no inspira respeto ni convicción. En algunas de sus obras más afamadas es un estudiante que dá cuenta de los libros que trae entre manos.»

A *Frank* lo tiene por «brochista» y «poco diestro.»

El Dr. *Eduardo Carriere*, es para él, un mediquito que no ha hecho más que resúmenes de sesiones de academias «y ladrar, pero no morder á Broussais...»

Th. Jouffroy es «harina de otro costal».. «el único hombre de pró con que cuenta la escuela, después de su meritísimo fundador y digo *despues*, en tiempo, porque en derecho es primero.» Reconoce que es versado en ciencias naturales, que «sabe y sabe decir» .. La escuela misma, segun dijo, «trabaja libros para dar cuenta de otros libros, dejando cerrado el gran libro.»

No pinta *d'aprés nature*, investigando; sino por retratos viejos, esto es, la erudición «que yo no desprecio, sino que uso en su tiempo y lugar.»—*Diario de la Habana*, 29 Oct. 1839.

VI. — EL FILÓSOFO.

Durante sus viajes por Europa habia visitado Luz Caballero al Reino Unido, al que siempre conservó simpatia y admiración (1) y por lo que estudió con verdadero entusiasmo los autores eminentes de la literatura inglesa. Hasta entónces predominan en él las influencias de Cuba; pero luego, quizás como consecuencia de las impresiones y lecturas nuevas, otros elementos actúan sobre su ánimo para modificarlo, para modificar al ménos su pensamiento. Comparando al autor del *Texto de Lectura* con el de la *Impugnación*, á primera vista parecen dos hombres diferentes: el uno no es más que un creyente, el otro es un pensador superior. Difícil, sin embargo, es fijar lo que en 1840, es decir, cuando habia llegado al desenvolvimiento cabal de su inteligencia, conservaba específicamente de la antigua educación entre las nuevas adquisiciones de su mente, ni cuáles fueran precisa é indubitablemente los libros, que determináran, en momentos sucesivos, todos y cada uno de los trámites por que había pasado su evolución mental. Pero es indispu-

(1) Decia en 1846: «Francia se ocupa de la Europa, los Estados Unidos de ámbas Américas; la Rusia, de Europa y del Asia; Inglaterra, del mundo. Las demás, espectadoras, ó al sumo, actores de comparsa.» Entonces veia él los empeños de Inglaterra por abolir la esclavitud del negro é impedir la trata de Africa.

table que en la polémica sobre el eclecticismo sustentó una doctrina filosófica y que ésta, en general, se inspiraba en autores ingleses y particularmente en el insigne renovador John Locke, uno de los escritores que más influencia han ejercido en el pensamiento moderno.

Sólo en tres ocasiones ha visto la capital de Cuba la predicación de alguna doctrina de filosofía: hace unos diez años, cuando el Sr. don Enrique José Varona, hombre de vigorosa inteligencia é instrucción sólida, preparaba los espíritus para recibir la gran síntesis contemporánea de Herbert Spencer, en *conferencias*, publicadas luego en tres libros, que son lo mejor en el ramo que se ha producido en nuestros dias dentro de los dominios de la lengua española; en el primer cuarto del siglo, cuando Varela—de quien dijo el mismo Luz, en hipérbole incomprensible, que fué «el primero que nos enseñó á pensar», explicaba doctrinas cartesianas y empíricas, y posteriormente, cuando Luz Caballero con el apasionamiento de su natural afectivo y vehemente, combatia el eclecticismo de Víctor Cousin y exponía é inculcaba el sensualismo crítico, una manera de *positivismo* que por momentos parece un tanto idealista ó semikantiano. Durante aquella agitación especula-

tiva, es evidente que fué Luz un contendiente muy superior á sus adversarios y que, en lo fundamental de sus ideas, estuvo en acuerdo cabal con las de Locke; pues, aunque él mismo apuntára algunas especies para consignar como de soslayo que entre sus opiniones y las del celébre maestro existían divergencias, no las declaró allí taxativamente y es de presumir que fueran de pormenor, si bien tampoco se reconoce, y con sobrada razón, discípulo suyo, sino sucesor y continuador en su *escuela*. Se le *acusó*, segun cuenta su biógrafo, de *sensualista*, y *se desfiguraron* y *desconocieron sus intenciones*, llegándose hasta darle á la *cuestión un giro* político (1). ¿Cómo nó, si en todo ello había una intención política? ¿No dice el mismo autorizado escritor que le parecía á Luz «que las con«secuencias prácticas que semejante *sistema* «filosófico había de producir, tendrían que ser «necesariamente *perniciosas* para el *progreso* «*político* del mundo, y *muy en especial* de la «isla de Cuba, *donde con la existencia de la* «*esclavitud*, y *con instituciones políticas tan* «*excesivamente ultra-conservadoras y reac«cionarias*, *la acción enervante del eclecticis«mo*, como sistema, *habia de ser sentida con* «*más fuerza*,» por lo que «ni rehusó la discu-

(1) Rodriguez.—op. cit. p 99.

sión, ni dejó de manifestar *sin embozo* cuánta era la repugnancia que sentia por la nueva doctrina»? (1). No debian ser esos, por consiguiente, los motivos verdaderos que le determináran á colgar la pluma, que en cuanto á la acusación de sensualista, ni podia sorprenderle, ni debia inquietarle, ni en realidad era una acusación. El mismo se calificó de tal, y desplegó á todos los vientos la bandera del sensualismo (2). Protestó, sí, que de la proposición fundamental del sensualismo no se deducia por fuerza el materialísmo (3); pero ni á él le llamaron terminante y directamente, por escrito al ménos, materialista, ni el serlo traia aparejado ningun peligro en aquel momento del mundo y de la sociedad cubana, materializada á su vez hasta el tuétano. Ya quedaba muy léjos la edad lastimosa en que un Vanini ardía en la hoguera por el crímen de filosofar á su guisa. Tampoco podía tomarse como un riesgo ni ménos como disfavor, el mote de sensualista, ó empírico, como también se decia. No poco habíase escrito en la Península española en ese sentido, sin perjuicio de nádie, acaso porque, como lo asegura Menendez Pelayo, las doctrinas, que él moteja de «groserias em-

(1) Id. p. 98.
(2) Rev. de Cuba. *passim.*—Artículos citados del Diario.—Octubre 1930.
(3) Rev. de Cuba.—[illegible]—pg. 280 y 281.

píricas» y compara á una lepra, «fueron la única filosofia de nuestros literatos y hombres políticos en los primeros treinta años del siglo XIX» (1). Luz Caballero no se engañaba á este respecto, y así reconoció que suelen apelar los sofistas «*al gastado resorte* de pintar de *materialistas* á los verdaderos investigadores, ó al ménos de temibles sus doctrinas»..... (2)

A pesar de la fama de filósofo que alcanzó entre los cubanos, es casi seguro que se desconocen en su própio pais los títulos, esto es, las ideas, las doctrinas, que le aseguraron y le conservan todavia tan grande como merecida reputación. Su biógrafo, escritor de talento, instruido y muy laborioso, hizo un esfuerzo por exponerlas, pero redujo su tarea á forjar algunas interpretaciones violentas y á zurcir cierto número de aforismos; por cuyo motivo pudo manifestar D. Marcelino Menendez y Pelayo que con haber escrito acerca de él unas cuatrocientas páginas (327), no suministra sin embargo «datos suficientes para juzgar si fué panteista (como generalmente se cree) ó filósofo ortodoxo, como él se proclamaba» (3). El

(1) Heterodoxos.—t. 3.°—p. 244.

(2) «Revista Cubana, tomo 6.° (1879)—p. 277.—Lo que sí parece cierto es que se le atacaba por razón de sus doctrinas, en cuanto éstas entrañaban la contradicción del estado social y político del pais; al estremo de circular la especie de que deberia suprimirse su cátedra por inconveniente; pero esta enemiga no se manifestó ostensible ni directamente por escrito.

(3) Heterodoxos, tomo 3.°—p. 716.

Sr. Rodriguez escribió su libro fuera de Cuba y no pudo leer al prepararlo, ó no conocía, los escritos de Luz esparcidos y sepultados en los periódicos habaneros desde 1838 á 1839, ni las entregas de la *Impugnación*, que consideraba «curiosidades literarias» (1); mientras que indistintamente juntó y se empeñó en concordar aforismos, notas y pensamientos sueltos, que pertenecen á várias épocas y probablemente fueron en su mayor parte trazados á vuela pluma ó como indicaciones marginales en los libros que leia Luz Caballero; ó que consignó en elencos para clases que dependían de institutos docentes del Estado. Lástima grande es que José de la Luz Caballero no hubiera concluido siquiera la *Impugnación*, porque allí de seguro habria quedado, aun cuando fuera más ó ménos toscamente, su doctrina completa, su filosofia própia. Lo que de aquel trabajo nos resta autoriza para creerlo así y lamentar de paso tan desgraciado accidente. Porque es indudable que él tenia doctrinas que miraba como própias, y tánto, que en algunos lugares de aquella obra emplea alusivamente la frase «mis doctrinas,» y en la *Advertencia* con que la precedió, anunciaba para más adelante «presentar al público una obra *própia*-

(1) Rodriguez —Op. cit.—p. 100.

mente sintéttca» en que «escogiendo su campo, sus armas y sus fuerzas» pudiera dar á la composición más unidad, nervio y laconismo» que el «fatigoso camino» que había escogido para refutar y *desacreditar* la pseudo-filosofia cousiniana (1). Este fué su generoso error. Incapaz de sentir el vano prurito de gloria personal hizo entónces no más que lo que creyó conveniente y provechoso para la juventud, sin ignorar las dificultades, sacrificando sus personales ventajas y su mayor comodidad. Escogió las lecciones del Curso de Cousin relativas á Locke y se propuso anotarlas, no con la mira de «ilustrar meramente su texto,» sino muy particularmente de impugnarle con toda la eficacia que estuviese á su alcance (2), sabiendo que necesitaría de paciencia quien le acompañára por entre aquellas «espinas y malezas» (3). Estaba persuadido de que se empeñaba en «una tarea verdaderamente enojosa» para él y aun, en algunos conceptos, perjudicial; pero creia deber purgar el suelo ántes de edificar cosa alguna y para eso juzgaba necesaria una empresa que se le representaba, respecto á Cuba, como una «obra cartesiana» (4). La *Revista*

---

(1) Rev. de Cuba, t. 6.°—p, 269
(2) Id. p. 268
(3) Id. p. 268.
(4) Id. p 271.

de Cuba (1) reprodujo, salvándolas así de irremediable olvido, las dos entregas de la *Impugnación*, que se reducen á treinta y siete notas, en poco más de un centenar de páginas, á la lección 16.ª del Curso de 1829, por la que empezó con motivo de ser la primera de Cousin acerca del «*Ensayo sobre el Entendimiento humano*» de Locke. Intentaba revisar y comentar todo el Exámen; porque, en su concepto, era aquélla la obra del profesor francés á que daban más precio sus mismos partidarios, y además, «la única psicología propiamente dicha» que hubiera publicado, al punto de haberse traducido en los Estados Unidos bajo el título de «Elementos de Psicología por Mr. Cousin» (2).

José de la Luz Caballero—por lo que revelan las publicaciones suyas conocidas hasta hoy—corresponde, como filósofo, á lo que pudieramos llamar el tipo de transición. Contemplado en una faz de su espíritu parece un hombre del pasado: contemplado por otra, parece un contenporáneo nuestro, que marcha á la vanguardia, camino del porvenir. En su tiempo las ciencias naturales, la física y la química habian tomado mucho vuelo. El espíritu

(1) En los tomos 6.° y 7.°
(2) Rev. de Cuba, t. 6.° p. 273.

humano quería reconstruir nuevamente entre los escombros esparcidos do quiera por el siglo XVIII. Imponíase la necesidad de nueva síntesis, pero sin tener aun á mano los elementos suficientes. Se habia desvariado mucho sobre el mundo y sobre todo, desde Pitágoras y Platón, bajo el nombre de la filosofia. Se había analizado tambien y se analizaba con paciencia el mismo espíritu humano, desde Descartes. Los sistemas constructivos y arbitrarios de los Mallebranche y los Spinoza no satisfacian á la razón. Sentíase que cada vez era más robusta la misteriosa corriente que descendia como de su fuente lejana, de las sabias indicaciones del «instaurador» de la ciencia. Tanto pensar inútilmente había impuesto la necesidad de medir la fuerza y el alcance del pensamiento mismo. Si el árbol se conoce por sus frutos, y si la inteligencia entregada á si própia solo había producido errores y quimeras ¿no seria acaso impotente para conocer el universo? ¿ó acaso no habria tropezado siempre con el error y la ilusión por haber torcido el camino? En consecuencia, inicióse la época de estudiar el instrumento para apreciar rectamente su valor y sus límites; ó de aplicarlo en condiciones más eficaces. Aquel primer propósito fué el orígen de la filosofia crítica, que va de Locke á Kant, ca-

si directamente. De los resultados, las conclusiones de esa gran escuela, y del ejemplo de las ciencias de la naturaleza, cuyo método cosechaba tantos y tan magníficos frutos, nació la filosofía contemporánea. Si el hombre no tiene en sí mismo la verdad ni el médio de llegar á ella por si solo, si tiene que buscarla á un tiempo en él y fuera de él, la psicología no puede ser el fundamento único de la ciencia. Si consultando la naturaleza, de determinada manera, se obtiene siempre positivo provecho y acrece sin cesar el caudal de nuestro saber, y si somos una parte del mundo en el cual estamos sumidos, el único médio de conocerse y de conocer debe ser el empleo cuidadoso del método de las ciencias naturales. Cousin buscaba la verdad en el espíritu humano y en los sistemas filosóficos, en la historia del pensamiento y en la psicología; es decir, en las lucubraciones individuales y en el intelecto del hombre moderno, civilizado y adulto; pero este es un hombre especial, y los fundadores de sistemas fueron tambien hombres especiales. Por esa via, en consecuencia, no podía alcanzarse lo que llamamos la verdad ni constituirse la síntesis total de los conocimientos parciales, ó lo que equivale, la filosofia científica. Investigar la naturaleza humana consultando pacientemente todos sus

estados y manifestaciones—en el niño, en el enfermo, durante el sueño, la enfermedad y la locura,—empleando siempre el *método experimental*, era lo que juzgaba Luz Caballero más acertado y provechoso. Estudiar directamente la naturaleza y el hombre, el universo y la humanidad, ni más ni ménos que como lo hace en su esfera un físico, por médio de la *observación* y la *experiencia*, era en resúmen lo que, siguiendo preceptos baconianos, recomendaba aquel cubano eminente, desde 1838; porque, á su juicio, conocer la historia de la filosofía, si como todo estudio es conveniente y desde luego útil en algun sentido, al cabo no es saber sino lo que otros pensaron, es leer libros, esto es, —encerrarse en la esfera de la erudición, que no es la de la naturaleza. Registrando papeles y revolviendo archivos se aprende indudablemente; pero no se adelanta gran cosa en nuestro anhelo y necesidad de descifrar y someter el mundo al humano imperio; y en cambio se convierte la atención al pasado, distrayéndola del presente y el porvenir, se la empeña en descubrir el pensamiento ageno, habituando probablemente á descuidar el própio y debilitar su iniciativa, y á desconfiar de sus naturales fuerzas. En estos puntos de vista se colocó para refutar el Eclecticismo, desenvolviendo las anteriores

proposiciones, que lo acreditan, sobre todo si se tienen en cuenta su pais y su tiempo, de pensador genial y profundo (1). Puede afirmarse, sin temor de exagerar, que es, por este aspecto, un moderno, un miembro ilustre, aunque ignorado fuera de Cuba, de la familia de los sábios europeos que viniendo de Bacon y de Locke, y pasando por Hume y Kant, han ido á parar, bajo formas diversas, al positivismo más ó ménos idealista ó fenomenista. Los viages que hizo por algunos paises de Europa, particularmente por Inglaterra, con la única mira de curar sus achaques y de ensanchar sus conocimientos, le colocaron en el teatro mismo donde se iba realizando la gran evolución que convertia el pensamiento á la ciencia positiva y á la negación ó al escepticismo en lo que respecta á la antigua metafísica. Como observa con exactitud el Sr. Varona (2), Luz «se encontró con el mismo caudal trasmitido de experiencias é ideas, que los sábios innovadores del viejo continente.» Por estas circuntancias pudo emanciparse por algun tiempo y en gran parte del misticismo, del supernaturalismo de sus años de infancia y que lo mismo en Cuba que en Europa estaba como imbíbito en el aire que

(1) Enrique José Varona.—Conferencias filosóficas — Primera Série.—*Lógica.*—Habana —1888.—p. 20.
(2) Id —p 22.

se respiraba en las escuelas. Cuando no parece posible que hubiera leido los voluminosos tomos de Augusto Comte, hizo respecto á la filosofia en Cuba, papel semejante al que este matemático desempeñó en esfera mayor; era ya, por muchas ideas y por las tendencias y el espíritu de su enseñanza, un verdadero positivista. Antes que Stuart Mill, recomendaba él el método inductivo, que seguramente aprendió en Bacon y en el estudio de las ciencias. Ignorando, probablemente, los trabajos de Claude Bernard, si es que éstos no fueran posteriores, se empeñaba en acreditar con preferencia y sorprendente ahinco, el método experimental. En tanto que nadie se ocupaba en el mundo filosófico de la psicologia, relegada á un lugar muy secundario por el mismo Augusto Comte, ó considerada sólo como análisis del intelecto por el método casi exclusivo de la observación personal ó interna, él pretendia que debia estudiarse como parte dependiente de la fisiología, señalándole además los caminos que son precisamente los que han seguido sus cultivadores actuales. Varona se asombra y entristece, legítimamente, al pensar que por «la perspicacia de su ingenio, aguzada en el estudio constante de las obras más elevadas del humano saber, y el poderoso vuelo de su discurso..... fué Luz Ca-

ballero en este ángulo remoto del mundo civilizado, un verdadero precursor de doctrinas que hoy se predican con aplauso en los centros de la cultura humana.» (1), y reconoce que «dotado de una prodigiosa facultad de sistematización, se dió clara cuenta del rumbo que tomaba la indagación filosófica, y señaló de antemano muchas de sus más importantes conclusiones» (2). Por eso se explica que, sin conocer las obras de Herbert Spencer, sostuviera en la Habana desde 1839 nuestra incapacidad de conocer la causa primera ó de Dios, lo absurdo de pretender penetrar en el *noumeno*, la imposibilidad, dados los médios de que disponía la ciencia, de resolver sobre la naturaleza del alma, y que creyera necesario y útil atenerse únicamente á la investigación y descubrimiento de las *causas segundas*. En perfecto acuerdo con Hámilton, á quien admiraba muy de veras, proclamó terminantemente que *lo absoluto* no existe para el espíritu humano, lo que se infiere asímismo de su noción un si es no es kantiana de la *experiencia* y que más adelante he de exponer. Creía que el mundo era una unidad, en que todo se toca y abraza, como tangentes y secantes (3); un como organismo, en que al

(1) Id.—p. 21.
(2) Id.—p. 22.
(3) Rev. de Cuba.—t. 6.°—333.

igual de lo que sucede en el hombre, «más bien que *armonia* existe *enlace* y *dependencia; diferencia* y *subordinación*, que nó *contraposición* de objetos ni especies, como que «no hay un reino vegetal *contrapuesto* á un reino animal, sino *subordinado* y *enlazado* con él *por grados*, por *escalones* bastante perceptibles» (1). Por lo mismo que tenia por impenetrables á nuestros limitados médios de conocer, cuanto surgia en los horizontes de la conciencias bajo el punto de vista de lo que dicen la *esencia*, todo le parecia maravilloso. Veía revelarse en la *materia* fenómenos que no puede dar de sí y por sí la materia, por lo que distinguia de ella, y en ella reconocia, *fuerzas actuantes ó enérgias*, que no hay que confundir con las *virtualidades* ó *potencias* de Leibnitz, que particularmente propugnó como *entidades* metafísicas (2). Encontraba indiscernibles y pasmosos la sensibilidad, el movimento y sobre todo la vida (3), que se representaba como «una causa general manifiesta en innúmeros efectos particulares» (4), «una *fuerza* que produce en el hombre todos los fenómenos vitales» y «que aparece actuando diversamente, según los órganos donde se nos presenta y los fines

(1) Id. tomo. 7.°—p. 36
(2) Id. t. 6.° 550.
(3) Id. t 6.° 423.
(4) Id. t. 7.° 466.

que desempeña» (1). Alguna diferencia pondria él entre lo vital y lo inerte, entre lo que llamaba fuerza, como la vida, v. g., que calificaba de *espiritual*, y lo que designaba por el nombre de *materia;* pero no he alcanzado á reconocerla. Tenia al hombre por una unidad resultante del cuerpo y de aquella *energia* á que comunmente apellida también *alma;* pero soldados ámbos por tan íntima manera, que seria difícil no ya separarlos, sino distinguirlos en su superior unificación. Más adelante quedará algo más aclarado su concepto del alma, que no ponia por cima del cuerpo; ya que para él, como para Hipócrates, en la naturaleza «no hay primero, ni postrero» (2). Posible es que el estudio de aquel antiguo y algunas ideas de la escuela de Montpelier, así como las explicaciones de Gall, por más que no siempre estuviese de acuerdo con la frenologia, que, aun cuando en boga en aquella época, tenia por estudio todavia en mantillas, influyera en su modo de pensar ó cuando ménos en su terminologia. Cada hombre, cuando más, acumula el saber de su tiempo, y no puede pasar de ahi; por lo que razona con el bagaje de noticias hasta él almacenado y expresa comunmente sus ideas por medio de la nomenclatura ó el tecnicismo al

(1) Id. t. 7.° 44.
(2) Id.—t. 6.° p. 333.

uso. Muchas de las que Luz profesaba están expuestas en una lengua llana y hasta familiar que desdice á ocasiones de la gravedad de la filosofía, pero tal ¿diré impropiedad,? es hija de su gusto, depende de su elección desacertada, de preferencias ingratas; no así de su entendimiento tan claro y potente. Otras veces podria dudarse si él abrigó principios ó conceptos que están ahora de moda y parecen recientes ó de novísima creación, solo porque corren con nombres insólitos y hasta bárbaros; ó porque forman parte de doctrinas más ó ménos sabiamente coordinadas; y que sin embargo estuvieron sin denominación própia en su discurso, vivieron en él como pensamiento, aunque no resonaran como palabras; pues, como dice H. Spencer, «existe una tendencia poderosa á atribuir cualquier doctrina á los que las han expuesto últimamente y con cierto brillo, tendencia que produce impresiones falsas aun en los espíritus más ilustrados» (1). He creido necesarias estas prevenciones para que pueda juzgarse con acierto, al través de las indicaciones que siguen, acerca de las ideas de Luz en psicologia, las cuales son la clave y el fundamento de sus doctrinas.

---

(1) *Clasificación de las Ciencias*, por Herbert Spencer.—trad. franc. de F. Réthoré.—1872.—p. 108.

VII.—EL PSICÓLOGO.

El hombre, en concepto de Luz Caballero, no es más que un organismo sometido á la acción de las fuerzas de la naturaleza, y producido á su vez por una fuerza que lo vivifica. Manifiéstanse en él propiedades maravillosas, tales como la sensibilidad y el entendimiento. Colocado en médio del mundo, afectado incesantemente por él, necesita conocerlo y conocerse. De qué manera?—La primera noción, la noción de sí, de su individualidad, de su existencia, nace de una distinción. *Se siente* y *siente* cuanto no es él. La ciencia toda no es más que eso: *una relación*, y una comparación; «*un cotejo*»: «todo comparado: todo comparativo: anatomía comparada, fisiología comparada, historia comparada: *en el cotejo, en las relaciones de semejanza* y *desemejanza, ahí está toda la ciencia humana*» (1). La verdad no es, pues, algo que está en nosotros ó fuera de nosotros; es una resultante, una relación, entre el sujeto y el objeto y consiste en su congruencia (2). Los instrumentos de la ciencia son nuestras facultades ó propiedades sensitivas é intelectuales. Su punto de partida es la sensación. «El entendimiento del hombre antes

(1) «Rev. de Cuba,» tomo 6°, p. 427.
(2) «Diario de la Habana,» Oct. 29-1839.

de las impresiones de los sentidos está como una *una tabla rasa, in qua nihil est depictum,»* sin que esto para Luz implicára la pretensión de «privar al espíritu de su actividad natural;» quería únicamente significar que ésta se ejerce por el influjo de los sentidos. «Ideas sin sentidos—decía—*prolem sine matre creatam;* ideas sin entendimiento—*prolem sine patre creatam* (1). «Sin objeto, sin entendimiento y sin sensación—añadía—no hay *idea.*» Esta cuestión del orígen de las ideas, al cabo no tenía para él sino valor histórico. En su tiempo volvió á tenerlo bajo el aspecto científico, por haber revivido Cousin las ideas platónicas «bajo el estandarte del Eclecticismo.» El platonismo afirmando la inneidad de las ideas motivó la reacción aristotélica, como el cartesianismo por igual razón ocasionó la corrección de Locke. El ejemplo de la tabla rasa por otra parte, no es en su pensamiento más que un símil, si bien «exactísimo;» y por eso mismo sostuvo que el principio aristotélico—*Nihil est in intellectus quod prius non fuerit in sensus*—no necesitaba de la aclaración de Leibnitz—*nise intellectus ipse,* «cuando no como quiera está subentendido sino expresado en *el axioma* de Aristóteles,» por lo que «no es falso» lo que afirmó

(1) Loc. cit.

el filósofo alemán, «pero sí redundante» (1). La conciencia, que no es más que *sentimiento*, *sentir*, no se demuestra; es indemostrable. La sensación es por tal manera el *postulado* de la ciencia (2). En la experiencia está supuesta, implícita la realidad del mundo exterior, pues que es ella «un compuesto cuyos elementos son los *objetos*, los *órganos* y el *entendimiento*» de donde infiere que toda experiencia es «*interna* en principios» (3), lo que desde luego semeja un concepto kantiano, sobre todo si se recuerda que las *ideas* se constituyen, según Luz, por el consorcio de los objetos, el entendimiento y la sensación; pero esa proposición suya no parece identificar la razón con la experiencia, la inteligencia con la realidad; determina por lo contrario un procedimiento más claro, más juicioso, acaso más acertado que el que siguió la llamada filosofía de lo absoluto. Si estas indicaciones convienen al caso, vendremos á cuenta de que quizás es este el único punto por donde pudiera colegirse, como se ha pretendido, que en él influyeran determinadas doctrinas alemanas; sobre todo si los que así creen se limitan á sospecharlo de las de Kant, mas nó de las de sus sucesores; del criticismo de

(1) Loc. cit.
(2) «Revista de Cuba,» tomo 7, p. 51.
(3) Loc. cit.

aquél, no del ontologismo de éstos. El espíritu, conforme pensaba Luz, parte de lo exterior y á él vuelve. Comienza con la intuición, observa, experimenta, induce, y prueba su acierto ó corrige sus errores por la deducción ó el silogismo, pero repitiendo sus observaciones. Su punto de partida, pues, se confunde con su punto de arribada: la experiencia. Si la verdad es una, pues que siempre consiste en *la relación* de congruencia entre el sujeto y el objeto, entre la idea y «*la realidad de las cosas*» (1), uno también es el método para buscárla: *el método experimental*, cuyo procedimiento es analítico y sintético, consiste en el análisis y la síntesis. Siendo como es la naturaleza muy compleja, «es menester *rodearla* para *vencerla*: si nos empeñamos *directamente* queriendo *adivinar* en vez de *observar*, se nos escapa,... y si queremos *limitarnos* á la simple *observación* sin todos los *cotejos* y *confrontas* imaginables, nunca llegaremos á penetrar ciertas leyes que siempre se presentan complicadas con otras muchas: ella misma nos está diciendo: «*divide, et impera.*» En «la *ciencia del hombre*,» donde «las leyes que en los fenómenos aparecen».... son demasiado complicadas, «es menester buscar médios de *abstracción*, de se-

(1) Idem, t. 7, p. 38.

paración, que es *conditio sine qua non* de nuestro débil entendimiento: para *sintetizar* bien, primero *analizar*» (1). ¿Podemos, empero, analizar nuestra conciencia, nuestro espíritu? ¿Existe propiamente la observación *interna?* ¿Es por ventura la conciencia criterio de verdad? ¿Tenemos en nosotros eso que Schélling llamaba *intuición intelectual* y que es como «la revelación divina» en nuestra alma, la *intuición* simple y directa de lo absoluto, ó sea la identidad de los contrarios, trasunto del éxtasis alejandrino; eso que el *Kraussismo* denomina, por modo análogo, *intuición de la razón, como órgano de las cosas supra-sensibles*, á la manera que los sentidos son órganos de las cosas sensibles? Según sea la respuesta que se dé á estas preguntas, así se tomará uno ú otro rumbo, y así también se llegará á consecuencias que pueden ser diametralmente opuestas. La afirmativa funda en la psicología la ontología. La negativa destruye la ontología y prepara la ciencia. Lo primero es al cabo *la dialéctica*, la edificación del universo por la lógica, la construcción puramente ideal del mundo, la confusión de la ciencia y de la metafísica, y el imperio soberano y fantástico del razonamiento: era toda la Edad Média filosófica y es-

(1) Id.—t. 6° p. 429.

téril y es una herencia, el virus hereditario del pensamiento. Lo segundo es la investigación, el descubrimiento, el esfuerzo lento y sostenido que escudriña la realidad, consultándola constantemente, que desdeña las entidades por los hechos, que coordina y no inventa, que se desentiende de la ontología y va produciendo la ciencia: es por lo mismo el porvenir, y también la higiene de la inteligencia. Luz Caballero tomó por este rumbo. Forzosamente debía combatir á Victor Cousin, que enderezó sus pasos por el otro, creyendo así encontrar toda y la verdadera filosofia. Se jactaba el elocuente discípulo de los alemanes, de haber descubierto la clasificación exacta de las facultades humanas, á las que señalaba su respectivo círculo de acción, en la entidad una y trina del espíritu. La primera, y condición de las otras, es la voluntad, ó «actividad voluntaria». La segunda y esencialmente *pasiva* es la sensibilidad; la tercera—«la facultad de conocer, á que designa diversamente: «el entendimiento, la inteligencia, la razón, *el nombre importa poco*» (1). Esta facultad tiene el encargo de «*concebir* verdades de *órdenes diferentes*, y entre otras, verdades *universales* y *necesarias*» que *suponen* en la razón, adscri-

(1) *Du Vraie, du Beau & du Bien*, par Victor Cousin. —Paris—1865—p. 32,

tos (attachés) á su ejercicio, *principios enteramente distintos* de las impresiones de los sentidos y de las resoluciones de la voluntad» (1). Pero es «lo propio de estos principios el que *reflexionando* cada uno de nosotros reconoce que «*los posee* pero que *no es su autor*». «Los *concebimos* y los *aplicamos*»; mas «nó los constituimos» (2); ni *derivan* «de la sensación variable, limitada, *incapaz* de producir y autorizar nada universal y necesario» (3). La conciencia «no los crea;» «hace parecer *lo que és*;» queda por tanto obligada á ser *un testigo* (4), *una especie de espejo* para la razón, para que la razón vea en ella y por ella las verdades absolutas (5). Cousin llega á la consecuencia, que cree también necesaria, de que «la verdad está en mí y no es mía», y que «así como la sensibilidad me pone en relación con el mundo físico, así *otra facultad* me pone en comunicación con *verdades que no dependen ni del mundo ni de mí*, y esta facultad es la razón» (6). Tal clasificación de las operaciones mentales, por lo que afirma Cousin en una nota (7), donde la declara envanecido «*notre ouvrage*,» se adoptaba generalmente y constituía en aquel

(1) Loc. cit.
(2) Op. cit p. 30.
(3) Op. cit p. 30 y 31.
(4) Op. cit. p. 33.
(5) Loc cit.
(6) Op cit. ps. 31 y 32.
(7) Op. cit. p. 32.

tiempo «*le fond de la psychologie*», la que á su vez era el fundamento de la metafísica. Luz Caballero impugnó con penetración y algún detenimiento todas y cada una de las anteriores proposiciones de Cousin. A la trinidad cousiniana del espíritu, opuso su unidad: á su libertad esencial, opuso su dependencia orgánica: á la diversidad de médios de conocer el médío único de la experiencia: á la distinción facultativa de la sensación, la voluntad y la razón, la gradación de las manifestaciones diferentes de un organismo, cuya cualidad fundamental es la sensibilidad: á la autoridad de la conciencia impuesta dogmáticamente, la falibilidad y la limitación de la conciencia, probadas por los hechos. En vez de ver en la conciencia sólo un testigo, notaba que era ella conjuntamente *actor* y *parte* (1). En vez de considerar la conciencia como una *facultad* veía en ella «un fenómeno concomitante» respecto á los demás fenómenos mentales (2) y aún, que en algunos de estos dejaba de serlo, verificándose entónces actos y operaciones en su ausencia más completa. La conciencia, en el órden humano, venía á ser para él como una base, *como un antecedente preciso* para cier-

(1) Rev. de Cuba—tomo 6—p. 334.
(2) Id.—p. 522.

tas funciones; pero nó la causa del raciocinio, ni una *facultad especial para raciocinar*, sino «motivo, antecedente, *condición*» (1): «El hecho de *conciencia* analizado no es más que el hecho de sentir. Todo cuanto pueda avanzarse en la materia es afirmar que la conciencia acompaña á los demás fenómenos intelectuales» (2). Al examinar el hecho de conciencia, Cousin, imitando en cierto modo la tricotomia hegeliana, descubre en él una especie de trinidad: la sensibilidad, el entendimiento y la voluntad, que identifica con la actividad. Observa Luz á este respecto que «pone al intento sus ejemplos», y que «en todos ellos lo que se descubre es que el hecho de conciencia siempre acompaña ó sirve de base á los demás hechos intelectuales sin variar de naturaleza, ni siquiera modificarse»; pero que Cousin no *analiza*, porque no puede analizarse *el hecho de conciencia;*... lo que hace es analizar *el hecho de conocimiento*» (3). Considerado el *hecho de conciencia* psicológicamente nada hay que decir sobre él, observa Luz, «que no esté reducido á la simple enunciación de un acto, que ni aun enunciarse debe por ser un verdadero *postulado* de la ciencia» (4). Al modo como «una mis-

(1) Id.—p. 535.
(2) Id.—p 337.
(3) Id.—ps. 337 y 338.
(4) Id.—p. 422.

ma causa produce efectos variadísimos y aun contrapuestos en la apariencia, según sus grados de energía, mientras otras veces se diversifican los efectos diversificándose los instrumentos de que se vale la misma causa general, viniendo á ser estos instrumentos como causas secundarias respecto de la primaria general», así nuestras funciones físicas y psíquicas y la conciencia misma no son más que manifestaciones, los efectos por donde se revela la *causa general* á que llama Luz *la vida;* pero cada una de aquellas funciones «está desempeñada por un *órgano* que constituye á la función misma diversa y enlazada con las demás» (1). Pensaba que «todas las analogías nos llevan á suponer, á creer por una *irresistible inducción*, que funciones diferentes se verifican por médios ú órganos diferentes,» que es tan invencible «la tendencia de la ciencia á la *localización*,» cuanto que se observa que hasta el desempeño de una *sola función* se compone de los desempeños particulares de otras que le están como subordinadas, ó que son componentes de la función principal;» pero *localizada* cada función inferior, al punto que se verifica por cada parte del órgano destinado á ese efecto: «de suerte que el mismo órgano es

(1) Id.—p. 423.

menester considerarlo como un conjunto de órganos»: la función de la visión—por ejemplo —«no puede verificarse sin que vayan préviamente realizándose una série de funciones subordinadas por cada parte del complicadísimo *órgano* del ojo, de este verdadero conjunto de órganos, á cada una de cuyas partes está consignada una función peculiar»;... pero efectuado el funcionamiento todo hasta que esté ya «pintada la imagen,» «no se verifica sin embargo la *visión*, si está paralítico el *nérvio óptico*: luego (dos consecuencias forzosas)—1.ª esta gran función compuesta, ó que lleva por antecedentes tantas otras funciones menores, está rigurosamente *localizada*, reducida á ser desempeñada por este punto del organismo; —2.ª cada una de dichas funciones menores componentes está asimismo desempeñada por cada parte de órgano que le corresponde, estrictamente *localizada*» (1). Creía que «en todas estas funciones menores hay una fuerza, *supuesto que los órganos por sí solos no las verifican*; y todavía, aun los mismos fenómenos puramente *físicos* que tienen lugar hasta en un ojo muerto, no pueden efectuarse sin que medien ciertas fuerzas»; luego, llegaba á la inferencia de que se necesitan condiciones de-

(1) Id.—ps. 423 y 424.

terminadas para que las fuerzas, «aun siendo las mismas, se manifiesten produciendo determinados fenómenos, y no otros» (1). Y lo que según Luz, ocurre en el caso de la visión, también se realiza en los demás fenómenos de la vida y, por tanto, en los de orden psíquico: «diferentes funciones, de todo punto diversas, pues órganos diversos,» esta era su *inducción* (2). Por algunos aspectos podría sospecharse de las indicaciones precedentes que Luz nos hacía entrar en plena frenología; pero no es así. De la hipótesis de Gall no aceptaba sino lo qúe juzgó como «la gran *inducción* que sirve de base ó *punto de partida* á su sistema *frenológico*» (3). Para prevenir toda confusión, puso una nota en este mismo punto del fragmento que tengo á la vista, la cual es como sigue: «No se crea sin embargo que sustentamos todas las ideas de Gall en cuerpo y alma, pero *la base de su inducción nos parece inexpugnable.*» Esta afirmación tiene visos de verdadera, como, según los razonamientos que expuso, debe ser asimismo legítima la creencia que abrigaba ya que en nuestros dias se confirma más y más. Dice G. Sergi, sábio profesor de Antropología en la Universidad de Roma, que á su juicio parece ser la localiza-

(1) Id. p. 424.
(2) Loc. cit.
(3) Rev. de Cuba, t. 6°—p. 548.

ción cerebral una concepción fácil y aun natural (se entiende, por supuesto, al presente) «porque no se puede suponer que el cerebro en masa realice de una vez todas esas funciones ó que deba ser excitado por entero con motivo de una sola función» (1). ¿Pues qué otra consideración palpita en el discurso penetrante de Luz? Hoy mismo abundan las hipótesis y no falta quien piense que no se ha obtenido de los ingeniosos y pacientes trabajos de los experimentadores «ningun resultado positivo y cierto» (2); pero es innegable que la teoría de las localizaciones cerebrales gana terreno en la opinión de los sabios: todavía, á pesar de las objeciones que se han alegado, casi nádie duda de la localización del lenguaje; muy al contrario, y las observaciones de Richet, lejos de infirmarla, confirman la general acquiescencia: «creo—dice aquel insigne fisiólogo—que la localización del lenguaje en la base de la 3.ª frontal es un hecho establecido muy sólidamente y de un modo muy suficiente» (3).

Luz Caballero, que era, no «profano aficionado» como él escribía con modestia suma (4), sino muy versado lo mismo en la física que en

(1) *La Psychologie Physiologique.*—Paris.—1888.—p. 131.
(2) Id —p. 132.
(3) Id.—p. 133.
(4) Rev. de Cuba. tomo 6.°—p. 423.

la fisiología (1), afirmaba, en consecuencia, que «no puede verificarse fenómeno ninguno intelectual, ó mejor dicho, de la *vida* de *relaciones*, sin un cerebro competentemente organizado» (2). Difiriendo de los eclécticos ó espiritualistas, entendía respecto á la conciencia, el entendimiento y los demás fenómenos psíquicos, que «á esas *funciones* corresponden ciertos *órganos;*» que «todas las operaciones» del espíritu «son distintos modos de sentir, desempeñados por diversos instrumentos y siempre por el mismo agente» (3).

El fundamento y el punto de partida de su doctrina son los mismos que en la de Locke, á que él denominaba la *filosofía de la experiencia* (4). Entendía que «la escuela de Locke *cierra las puertas á toda tentativa ontológica; pero las abre de par en par á todo médio legítimo de investigación* (5). Se contaba entre «los sucesores y verdaderos *continuadores* de Locke», y en corroboración decía seguidamente: «Así es como por sus pasos contados *hemos* «venido á considerar á la *psicología*, ó *ideolo-«gía*, llámeseles segun se quiera (6), como un «capítulo de la *Antropología*, ó ciencia del

(1) Rodriguez.—op. cit.—p, 223.
(2) Rev. de Cuba.—t. 6.°—p 545.
(3) Rev. de Cuba.—t. 6.°—p. 540.
(4) Id.—t. 7.°—p. 476.
(5) Id.—t. 7.°—p. 477.
(6) Id.—t. 6 °—p. 332.

«hombre própiamente tal; pues para obtener «la síntesis á que siempre aspira el entendi- «miento humano, se hace forzoso ver los fe- «nómenos en todo el enlace y armonía que po- «damos alcanzar; lo que no se consigue sino «estudiando y profundizando las acciones que «pasan en el hombre, que es un *compuesto in- «divisible* de materia y espíritu (1); y *sólo la «fisiología* puede gloriarse de *haber contem- «plado las cosas bajo su verdadero punto de »vista* (2); así, pues, *la ciencia de la vida* inclu- «ye dentro de su jurisdicción *las importantes «apariciones que se suceden en el cerebro*, par- «te principalísima del mismo hombre: grave, «importante, dilatado es el capítulo de la cien- «cia que se ocupa en anotar las leyes del enten- «dimiento; empero, esas circunstancias no le «eximen de ser un capítulo, una parte, *una «dependencia inmediata del gran tratado de «la vida*: este estudio es el que ilustrándonos «sobre los verdaderos resortes de los fenóme- «nos, será de más directa y eficaz aplicacion *á «la moral, revelándonos así la misma natu- «raleza lo que sea dable practicar y evitar á*

---

(1) Entendia por espiritu ó alma,—los fenómenos de la vida y la fuerza que los produce. Rev de Cuba ts. 6.° y 7.° *passim*. «La causa de los efectos que llamamos *ideas* »Rev de Cuba —t. 7.°—p. 54.

(2) «La *fisiología* es el fundamento de toda psicología, y por consiguiente de toda filosofia racional y moral» R. de Cuba.—t. 6.° p. 332.—

«*las fuerzas de la humanidad*» (1); por eso «los meramente *psicólogos*» no eran—en su opinión—los verdaderos sábios, sino los *psicólogos-fisiologistas*.» El investigador de estos fenómenos para estar en lo cierto *tenia que volverse fisiólogo*. «En este terreno, pues,—afirmaba con la resolución y la clarividencia de un profeta—*está forzosamente la actualidad y el porvenir de la ciencia* (2). Pero para que la psicología, como las demas ciencias morales y así tambien las políticas, pudieran realizar los mismos adelantos que las físico-naturales, indispensable era para Luz Caballero que adoptasen el mismo método; porque, así como la verdad es una, uno solo es el método para encontrarla: «*La ciencia, como la naturaleza, «no es más que una*: dividimos para entender. «No pudiendo el hombre comprender cuando «declara la naturaleza simultáneamente mu«chas de sus leyes, es forzoso que amoldemos «*artificialmente* ciertos casos, ó aprovechemos «los que se nos presentan, en donde veamos «aislado un fenómeno, obligándola, por decirlo «así, á dar una sencilla repuesta á una sencilla «pregunta» (3). La ciencia, por consiguiente, está en razón de la experiencia: «para saber,

(1) Rev de Cuba.—t. 7°—ps. 477 y 478.
(2) Id.—p. 540.
(3) Loc. cit.

bien ó mal, es forzoso *experimentar*; se experimenta poco, se sabe poco y mal; se experimenta mucho, se sabe mucho y bien» (1).

El método que recomendaba, como el único própio de la investigación, es el *inductivo*. El saber, ó la ciencia, consiste en «ver la cosa en el todo y en las partes;» para esto es preciso descomponer y luego componer, ó emplear el análisis y la síntesis (2). Analizar es abstraer y separar: pero «esencialmente no se distinguen la observación y la *experimentación*,» pues aquella «se instaura *con objeto de hacer* «*nuevas observaciones* y obtener así las leyes «de la naturaleza que estaban como enlazadas «ó envueltas sin percibirse en la realidad de «uno ó más fenómenos, que se presentan pau- «nidos. Ahora bien: el mérito de la experi- «mentación consiste en marcar claramente sepa- «radamente la coyuntura de demostrar todas «las causas, fuerzas y circunstancias que con- «curren en el fenómeno sometido *experiencia*, «respecto á sus causas, ó leyes: es decir, ha- «ganemos los objetos bajo las influencias sen- «cillas de ciertas acciones para obtener el re- «sultado que nuestra aquella causa separada de «otra que ya hemos [illegible]

(1) [illegible]
(2) [illegible]

«tracmos el *aire*, para graduar lo que en el «retardo de la *caida* de los cuerpos influye su «resistencia, y así distinguimos por esta sepa«ración no solamente lo que se debe á la mis«ma densidad, sino á la figura del cuerpo des«cendente. En una palabra, la experimenta«ción es una especie de abstracción *realizada* «en las cosas; es *dividir* materialmente para «conocer el objeto en su *totalidad*, para saber «todo lo que hay, y cómo está en él»... «para «encontrar la verdad; porque como decia Pla«tón:—¿no es encontrar la verdad el hallar lo que á cada cosa pertenece?» (1).

Sostenia Luz que á todas las ciencias puede y debe aplicarse el mismo y único método,—el método inductivo, que consideraba tan *racional* como *experimental*, y tan *experimental* como *racional* (2). «La *razón* misma—decia—formó la *física* como forma cualquier otro sistema de conocimiento; y la *experiencia* forma el *derecho* así como crea la *química*; eso sí—añade—no todos los experimentos, ni observaciones se hacen con máquinas y cacharros; *pero es menester siempre instituir experimentos* y *observaciones*, y *estos siempre se practican con los sentidos externos é internos*» (1). Aunque algunas cien-

(1) Rev. de Cuba.—t 6.—p. 427.
(2) Id. p. 546.

cias por su objeto mismo no se prestan á la experimentación, «sino tienen que restringirse dentro de los límites de la *observación*,» aprovechan los experimentos hechos en otras ciencias,—como p. e. la astronomia respecto de la física: «lo mismo sucede en las ciencias *morales*, porque *tambien son conocimientos adquiridos por observacion*, con la particularidad que á veces se necesitan años y aun siglos para recoger las observaciones ó llegar al resultado de la experiencia: en este sentido — agrega Luz—he dicho en otra ocasión que la Legislacion es más *experimental* que la misma Física. Así acontece con las ciencias médicas y muy señaladamente con la Fisiologia, en la cual se halla el grande inconveniente de no poder entablar experimentos sin destruir el objeto material de la misma ciencia». Inferia de aquí que en algunos casos era imposible la experimentación, *al ménos por los médios conocidos*, por cuyo motivo «tenemos que esperar á que el tiempo nos vaya presentando las observaciones,» circunstancia en que veia «una de las causas de la lentitud del progreso en ciertos ramos interesantes, á pesar del ahinco de los investigadores» (2).

Por las mismas razones expuestas afirmaba

(1) Loc. cit.
(2) Rev. de Cuba t. 6 p. 428.

que «ni aun puede graduar el que introduce un nuevo instrumento, ó una nueva senda de observacion en las ciencias, hasta donde irán á parar los descubrimientos que con él se hagan.» De ahí que respecto de la Fisiologia venga á veces «muy oportunamente la *patologia* á suplir la falta en que labora aquella, con los hechos nuevos y contrapuestos que ella le ofrece;» pareciéndole que «la patologia estaba como «encargada de practicarle á su compañera la «fisiologia los *experimentos* de que tiene nece«sidad;» «ya que estudiando al hombre enfermo, «no solo le conocemos como tal, sino que le pe«netramos mejor como sano... porque las enfer«medades sustrayendo unas causas, y poniendo «ó exacerbando otras en nuestro organismo, «hacen desaparecer ciertos fenómenos y provo«can otros que dan luz sobre los que ántes, en la «salud, ó no entendíamos absolutamente, ó en«tendíamos muy mal: aquí está, pues, revelado «rigurosamente el secreto de la experimenta«ción: que nos aisla y simplifica los efectos, que «los *detiene*, por decirlo así, para que tengamos «tiempo de observarlos con aquella separacion, «y podamos de esta manera sorprender la cau«sa, que hasta entónces se escapaba por no ha«ber modo de aislar y detener los efectos» (1).

(1) Loc. cit.

Con fundamento, pues, pretendía Luz que es la ciencia del hombre *sano* la que á un tiempo se estudia á la cabecera del enfermo, como que tampoco es la psicología privativa de los sordo-mudos la que se estudia en los fenómenos especiales que presentan estos, «sino la ciencia del entendimiento de los hombres completos, ilustrada por los hechos de los hombres faltos.»

Convencido de la propiedad de estas reflexiones, proclama que vale más *un experimento* que *todos los raciocinios* (1), y ya desde el año 1839 escribía en los diarios de la Habana hasta *setenta columnas* demostrando cual es el verdadero método é inculcando con insistencia las ventajas de su aplicación. Recomendamos que se estudiàra primeramente la física, con las matemáticas, la química, y luego las ciencias naturales. Conocidos estos ramos debia emprenderse el estudio de la *Antropologia*, que «tiene por preliminar la *fisiologia*», de la cual la *psicologia* «no viene á ser própiamente más que una sección» considerándola por tal motivo como una ciencia *positiva* (2). La antropológía «es la introducción obligada de la Lógica, de la Moral, de la Legislación, de la Economía pública; en una palabra, de la Filosofia

(1) Rev. de Cuba.—t. 6.°—p. 539.
(2) Rev. de Cuba, t, 7.°—p, 51.

estrictamente dicha, ó sea, las ciencias morales» (1). A todas estas ciencias ha de aplicarse precisamente el mismo método, el método experimental—la observación y la inducción. Declaraba impotente, estéril y perjudicial el llamado psicológico: «*la conciencia*—decía—para constituir la ciencia aun de los mismos fenómenos internos... tiene que venir á dar forzosamente con la piedra de toque, con la imprescindible *experiencia exterior*, sin cuyo sólido cimiento *in vanum laboraverant qui ædificant eam*» (2). Prevenia contra el empleo del método matemático, advirtiendo cómo han sobrevenido gravísimos perjuicios por el error de aplicar «las doctrinas generales de la cantidad, de unas teorias que descansan en un supuesto, en que se prescinde de la existencia, como sucede en las matemáticas, á las existencias reales de las cosas;» por que «el matemático no tiene que demostrar qué *es*, sino qué debe *ser*:» su ciencia es de pura *demostración* y no como aquellas otras «en que se trata de demostrar existencias;» y que por esta razón no pueden limitarse al *razonamiento* y los *signos*. «Así—observaba—por este camino se han perdido los metafísicos con sus principios *á priori*,

(1) Id. t. 6.° 431.
(2) Id. p. 344.

cuando rigurosamente no lo son ni aun los mismos que emplean los matemáticos, como es facilísimo convencerse, pues como decia Aristóteles (Phys. 11-2. y Met. p. 213)—«por considerar la cantidad aparte, no pueden ellos hacer que subsista aparte, ni convertir una distinción lógica en una separación real, y su abstraccion no pasa nunca de abstracción.» Reconocia Luz que este principio echaba abajo «toda metafísica *en el sentido que se ha dado á esta palabra*, pues *entendiéndola* como *las últimas consecuencias* á que llegamos *especulando sobre las mismas observaciones á que nos provoca la naturaleza* entónces *formará una parte real y efectíva de los conocimientos humanos,—meta-física*, es decir *después de la física*, ciencia á que arribamos en virtud del estudio mismo de la grande obra del universo» (1). Mas adelante se verá con mayor precision el correcto y sorprendente concepto que tuvo de la Metafísica, y que acaso un sábio de hoy—un Littré, un Tindall, un Du-Bois-Reymond—no desdeñaria; y no debe parecer inoportuno el señalar desde luego el hecho de que es actualmente moneda corriente entre filósofos ingleses de primer órden la opinión acerca de las ideas matemáticas sustentada

(1) R. de Cuba —tomo 7.º—p. 42.

por Luz desde el año de 1840, y no tomada precisamente de Locke, sino—como se ha visto—inspirada por Aristóteles, como también que desde ántes de aquella fecha sostenía las ventajas de un órden gerárquico de las ciencias, algo análogo á la clasificación comtista, aunque probablemente fué debida al estudio de las obras de Verulamio.

Unicamente procediendo con paciencia y empleando el método experimental, se constituye la ciencia, la verdadera ciencia, la que descubre, no la que inventa. Despues de ella, por ella y fundándose en ella ha de venir la *Metafísica*; pero ¿qué entendia Luz por Metafísica? «La *Metafísica* propiamente (decia) se reduce «á aquellas consideraciones especulativas, ó «parte trascendental á que nos conduce el mis«mo estudio del universo. *Si cambian nues«tras ideas acerca del mundo y sus fenóme«nos*, por virtud de los nuevos descubrimien«tos, *cambian igualmente nuestras ideas «acerca de la causa primera y de todas las «cuestiones ontológicas.*» «Este modo de ver, «apunta Luz, no se escapó al grande Aristóte«les, quien á cada paso hace entrar á la física «en la judisdiccion de la metafísica, y al con«trario:—son estos ramos tan relacionados y «dependientes, que pueden y deben conside-

«rarse como una sola y misma ciencia, siendo «la primera quien presenta los *hechos*, y la se«gunda *la teoria de esos mismos hechos*» (1). Es evidente, segun se vé, que consideraba la metafísica como una teoria general del universo, como la filosofía de las ciencias, á que designaba tambien por «la filosofia de la experiencia», ó «*la física del universo*» (2). Para alcanzarla, puesto que es en sí misma un resultado y una conclusión suprema, es necesario ir despacio, y resignarse á un como *agnosticismo*, á confesar á veces la propia ignorancia, á decir ánte ciertas cosas: «yo de eso no sé nada», para evitar el error, la contradicción y la paradoja» (3).

Su concepto de la psicologia y su própio método le llevaron como por la mano á negar lo *absoluto* como entidad y existencia, y la Ontologia como ciencia. El hombre no puede conocer las *esencias*: y la Ontologia, ó trata del *ente* en general, ó «del *Ente* por excelencia»: si de lo primero, queda reducida á la proposición siguiente ú otra que equivalga: «todo ente existe, ó todas las cosas se parecen en una cosa, en la existencia, dado que el único punto de clasificación para *todos* los seres es la existen-

(1) Rev. de Cuba.—t. 7.° p. 336.
(2) Id —p. 344.
(3) Id. ps 340 y 341.

cia». Y, entonces, se pregunta Luz: ¿se le ocurrirá á nádie que esté en su razón, *rationis compos*, formar una ciencia del ser, ó de los seres, como *ser?;* nó—responde;—«por que ese punto de clasificación nada enseña», ni nada dice tampoco. «Si para conocer, pues, *los se-*
«*res*—continúa—tengo que entrar en el estu-
«dio de cada uno, y de cada aspecto bajo el cual
«pueda ser mirado el mismo ente, ó la clase á
«que pertenezca, claro está que el *conocimien-*
«*to* de los *seres* será el objeto de otras tantas
«ciencias especiales, de todas las ciencias hu-
«manas; en una palabra, Dios, el mundo y el
«hombre. Luego por este lado no puede cons-
«tituirse la Ontología. Veamos ahora si pue-
«de fabricarse por otro, que es el segundo
«miembro de la alternativa propuesta. Si la
«Ontología versa acerca del *Ente* por ex-
«celencia, entónces, abandonando sus pre-
«tensiones al ente en común, se convierte
«en la *Teologia natural*, ó ciencia de Dios,
«hasta donde alcancen las luces de la razón;
«pero aún viniéndose á refugiar en este asilo
«la mal parada Ontologia, no puede hallar ri-
«gurosamente cabida; porque, en primer lugar,
«á Dios no le podemos concebir sin atributos ó
«propiedades, como no puede menos de succe-
«der al entendimiento humano respecto de

«cuanto existe; de suerte que la ciencia que «tengamos de Dios, cualquiera que sea, más ó «menos limitada, forzosamente ha de recaer «sobre sus atributos, y entonces ni áun la cien-«cia de Dios lo es en cuanto ente ó ser mera-«mente tal; luego no es en rigor ciencia ontoló-«gica. Tal es, en efecto, la propensión, la ley «del alma humana, que todo hombre se figura «ó concibe al Ser Supremo, según los datos ó «modelos que le ofrece la misma naturaleza á «su propio entendimiento, fingiéndoselo muy «corporal el hombre salvaje, y muy espiritual «el civilizado, *cada cual á imagen y semejan-«za de sus concepciones*» (1). En otro lugar afirma que «conforme son nuestros conocimientos de la naturaleza, así es nuestra idea de Dios, sujeta siempre á la naturaleza» (2). Pensaba que Dios no se conoce por *intuición* (3), sino que es una *inducción* del espíritu del hombre; que la experiencia es «el único médio de llegar á Dios»; que su idea por tanto no es *innata*, sino adventicia; porque «*no hay rigurosamente absoluto para la concepción humana*» (4); por lo contrario, declaraba. de conformidad con Hamilton, que,

---

(1) Rev. de Cuba.—tomo 7.°—ps. 336 y 337.
(2) Id tomo. 6.°—p. 331
(3) Diario de la Habana, 29 Oct. 1839.
(4) Rev. de Cuba. tomo 6.°—p 331.

al igual de lo infinito, lo absoluto es *inconcebible*, ó «cuando más, es el *término de las relaciones* (1).

Sustancia, accidente, tiempo, espacio, materia, son, en concepto de Luz, ideas «forzosamente ligadas á la relación». Las ideas que parecen menos relativas, son en realidad las menos absolutas, á su juicio; porque «semejantes ideas son creaciones de nuestro entendimiento inspiradas por las impresiones y aplicadas á todos los casos de semejanza que le ocurren» (2).

Creía que en el intelecto no hay más que «*sensaciones ó signos que las representan* y *las suplen*» y que la ciencia humana *no puede ofrecer más* (3); cuyas proposiciones son el substratum del libro de Taine sobre la *Inteligencia*, y de la escuela idealista inglesa. Por lo mismo aseguraba con profundidad y acierto, que «siempre venimos á parar á este resultado» y que ante él se invalida «todo otro sistema que no sea el *sensualismo*», respecto del cual concluía, lógicamente, que «no es ya un sistema, sino *la historia fiel y ordenada de los hechos*» (4).

---

(1) Diario de la Habana, 29 Oct. 1839.
(2) Idem idem idem.
(3) Idem idem idem.
(4) Idem idem idem.

De ahí que sostuviera «que hasta *la idea* de Dios es para nosotros *relativa*», pues que «aun «cuando Dios sea un ente absoluto, esto es, independiente de los demás seres, su *idea* no es para nuestro entendimiento *más que una pura relación*; por ser esta «la condición *sine qua non* de todo cuanto entra en el espíritu del hombre» (1).

La inteligencia por idéntica razón, tampoco concibe la nada ni la ilimitación: «la nada sólo significa algo como un signo negativo» de cuanto se quiere *excluir*. El espacio es análogo al tiempo y al número. Este es la repetición de la unidad, y aquél «es propiamente *el número de* la extensión, ó el resultado de la multiplicación de la extensión por sí misma; por lo que hay espacio limitado é ilimitado: *limitado*, que *veo* y *toco*; *ilimitado*, que *concibo*, por el que he visto y tocado». El tiempo es «*un orden de sucesiones*»; como el espacio es «*un orden de coexistencia*» (2). Como «en la naturaleza «de las cosas no está meramente la *ocasión*, «sino hasta el *molde* ó tipo de nuestras concep- «ciones.... si el hombre no hubiera visto por «lo menos *dos* cuerpos separados, no habría «llegado á la consideración de *espacio*, esto es, «*extensión sin materia resistente*: á no habér-

(1) Loc. cit.
(2) Id.

«sele presentado cuerpos *mayores* y *menores* «que el suyo, no tendría en el catálogo de su «lengua, las voces *grande* y *pequeño*: á no si- «tuarse él entre varios objetos, no existirían pa- «ra su concepción ni el *medio*, ni los *lados*, ni «los *extremos*: así también la idea de *tiempo* «sugerida por los objetos, *en que se incluyen* «*nuestros pensamientos*, lleva el sello de la del «*movimiento*; pues no es un concepto formado «por el espíritu *á priori*, ó aparecido en él de «repente, sino resultado *de los movimientos* «*que dentro* y *fuera han pasado para nos-* «*otros*» (1). Explicó con claridad suma el valor *relativo* de los conceptos de *necesidad* y de *contingencia* (2). De igual modo, sostuvo, rebatiendo la concepción leibnitziana de las *mónadas*, que no hay nada que en sí mismo sea *simple*, ni nada que sea *compuesto*, esto es, *sustancias* simples ó compuestas; porque «la «idea de *sustancia* metafísicamente no es más «que una, aplicable á cuantos casos se pre- «senten, como que consiste en *una abstrac- «ción formada por nuestro entendimiento*»: «*sustancia* es una relación con *accidentes;* en «cualquier objeto donde notamos que desapa- «recen unos fenómenos permaneciendo otros,

(1) Rev. Cuba.—tomo 7.°—p. 467.
(2) Id. p. 464.

«encontramos la *sustancia;* por eso damos «este nombre á todos los cuerpos, considerán- «dolos como unas unidades ó conjuntos, que se «se distinguen unos de otros: de la misma ma- «nera no hay mas que un *tiempo*, cuya abstrac- «ción, como la formamos en todos los fenóme- «nos, no hacemos mas que repetirla en los «diversos casos, sin variar en lo más leve la «naturaleza del concepto: así, es la misma idea «de tiempo la que formo viendo andar el reloj, «ó sintiendo por mi memoria el espacio entre «mis pensamientos, ó cualquiera otro suceso «de la especie que fuere, ni más ni menos, «como es el mismo *número* cuando calculo so- «bre 100 hombres, ó sobre 100 libros; pues no «recae el cálculo sino sobre los *cientos* ó enti- «dad de razón que constituye el *número* ó «*cuanto* de las cosas» (1). Para que las pala- bras *correlativas-simple* y *compuesto*, tengan sentido, ó «signifiquen una realidad, es forzoso «se tomen en *concreto*. Así, cuando en químí- «ca, v. g., decimos que hay sustancias simples «y compuestas, todo el mundo sabe lo que ha «de entender; llamando los químicos al *oro* «simple, respecto al *aire*, por ejemplo, á causa «de no haberse podido aún resolver aquella «sustancia en otros elementos, y ésta sí; no

(1) Rev. de Cuba, tomo 7, pag. 466

«obstante ser la primera mucho más *compues-*
«*ta* que la segunda bajo el respecto de la *masa*.
«Del mismo modo, en aritmética denominare-
«mos al *ocho* número compuesto relativamente
«á la *unidad*, que en tal caso será *simple*, y
«comparada después con sus *partes*, resultará
«*compuesta*: luego todo es simple y todo es
«compuesto, ó lo que es lo mismo, nada hay
«simple, ni compuesto, por sí ó absolutamente;
«sino que la simplicidad y la composición cons-
«tituyen la misma idea correlativa que aplica-
«mos á diferentes objetos, según la urgencia
«de nuestras pensamientos. Así trasportamos
«la relación que por primera vez sugirió cierto
«objeto al entendimiento (porque éste siempre
«trabaja sobre los materiales que le ofrecen las
«impresiones internas ó externas) á objetos de
«la más diversa naturaleza, porque los halla-
«mos colocados bajo la misma ó análoga rela-
«ción, y aun nos valemos hasta del mismo
«signo» (1).

Insiste en el exámen de las abstracciones porque «gran número de los errores de los hombres, y señaladamente de los metafísicos, consiste en la aplicación de ideas de un orden á objetos de otro» (2), y porque aqueja á los *idealistas* una como «manía de personificar los

(1) Loc. cit.
(2) Rev. de Cuba, tomo 7°, pág. 43.

fenómenos *convirtiendo las abstracciones en realidades*, ó sea dando una realidad *entitiva* á lo que sólo tiene una realidad *fenomenal*»; así—añade—existo *yo;* pero nó como *causa*, sino como *efecto*, y «tan cierto es que el *yó* no pasa de la esfera de mero fenómeno, cuanto que aparece y desaparece en infinitos casos» (1) —como en la embriaguez, en el sueño, en el sonambulismo y por consecuencia de algunas enfermedades; por otra parte ocurren multitud de «fenómenos internos, no corporales, sino muy del órden mental, como son muchos de la memoria, sin que la conciencia pueda certificar acerca de ellos, y que sin embargo se nos dán á conocer por sus efectos, ó como quien dice, sin saber de qué manera» (2); «otras veces por fuerza del *hábito*, que tiene la virtud de encubrir las operaciones, se escapan á la conciencia *innumerables antecedentes*, que están influyendo cada uno por su parte en la elaboración del pensamiento» (3); es decir, grupos de fenómenos denominados hoy *genéricamente pre-conciencia* é *inconciencia;* por donde infiere Luz «que la *conciencia* para constituir la ciencia aun de los mismos fenómenos internos ó sea

---

(1) «Ser. de Cuba», tomo 7, pág. [illegible]
(2) «Ser. de Cuba», » » » »
(3) «Ser. de Cuba», » » » »

la psicología propiamente dicha», tiene que acudir por fuerza á la experiencia *externa* (1).

Concluía de sus razonamientos á «la imposibilidad de construir una ciencia *ontológica* aparte y propiamente tal, pues no hay ciencia ninguna en lo humano, *sin exceptuar á las matemáticas*, que no descanse primitivamente en los fenómenos, y por consecuencia en la sensación, sin que sea dado al hombre *penetrar jamás las esencias ó causas primeras*» (2). El humano espíritu no puede penetrar *los arcanos*, que su existencia misma y «la naturaleza divina» son para él *inaccesibles*, reduciéndose la ciencia toda, «*cuando llega á tanto*, al conocimiento de las *causas segundas*, ó para hablar con más exactitud, al reconocimiento de que hay tales ó cuales causas segundas, sin penetrar todavía su naturaleza, ó siendo propiamente para nosotros *su naturaleza* lo que de ellas conocemos». «¿Pero quién osará avanzar que tal es *toda la naturaleza*, y la *íntima* naturaleza de las cosas?» (3). Aun suponiendo que con el andar del tiempo pudiera el hombre «*calar el misterio que envuelve al mundo y á su hacedor*»—¿podríamos llegar á ese resultado—pregunta Luz—por los medios que propo-

(1) «Revista de Cuba», tomo 7°, pág. 344.
(2) «Revista de Cuba», tomo 7°, p. 336.
(3) «Revista de Cuba», tomo 7°, pág. 342.

nen los metafísicos, *por virtud de observaciones psicológicas?* Mas bien—dice- llegaríamos á alzar un canto de ese denso é inmenso velo, por el camino de la *geología*, de la *fisiología*, y de todas las ciencias de observación estrechamente coligadas al intento»;.... «pero—añade interrumpiéndose—¿quién no vé que estamos suponiendo lo que jamás existirá?»... (1).

Estaba convencido, sin embargo, de que á Dios sólo se le podía encontrar en el mundo. El empeño,—en su sentir,—erróneo de Cousin y del psicologismo idealista cifrábase en derivar de la *razón* la idea de Dios; «porque *no estando en la conciencia*», y ofreciendo ésta, según el escritor francés, el reflejo exacto de los fenómenos, clara está la necesidad de apelar á otra fuente para encontrarla, y esa fuente no puede ser más que la razón en tal caso;.... pero no advierten los que así piensan, decía Luz, que de esta manera «*destruyen la idea de Dios*, que *no puede aparecer en el alma humana sino en el intermedio del mundo exterior*: de forma que ese Dios *derivado puramente de la razón* es un ser absolutamente *hipotético*» (2).

Si como aseveraba también Luz (3) «el *cono-*

(1) Loc cit.
(2) «Revista de Cuba», tomo 7°, pág. 336.
(3) «Revista de Cuba», tomo 7°, pág. 37.

cimiento verdaderamente ha de ser un *reflejo*, una *representación* de la *realidad*», en el conocimiento, es decir, en la razón ó intelecto, en la conciencia, deberíamos sentir reflejado ó representado á Dios, como está en la realidad, ó—según él dice— el *mundo exterior*, y esto precisamente no sucede así. «El que niegue la *aparición* de la idea de Dios en el exámen del universo», sostiene él que «niega la existencia del Ente Supremo», pues que «en los fenómenos están *las únicas* pruebas *racionales* que de tan importante *verdad* pueden suministrarse» (1). Un filósofo ha dicho que éste de la existencia de Dios «es el problema supremo de la filosofía». Con efecto, en vano se han aducido numerosos *argumentos* para demostrar lo que parece indemostrable. Cousin pretendía que «Dios no es absolutamente incomprensible», y aun—del mismo modo que Luz—imaginábaselo *reflejado* en el universo «como la causa en el efecto». Luz por su lado condensó su creencia en dos proposiciones: que «las ciencias son rios que nos llevan al mar insondable de la Divinidad», y que «al siglo presente no se le puede llevar al santuario de la religión sino por el vestíbulo de la ciencia» (2).

---

(1) «Revista de Cuba», tomo 7°, pág. 336.
(2) Id. id. id. 7°, id. 345.

Cousin por el suyo repetía también con el Psalmista, que los cielos narran la gloria de Dios, y afirmaba que «*en la naturaleza* y en el alma era donde debe buscársele y donde se le puede encontrar» (1). Y sin embargo, Luz quiere fundar la teodicea en la *física*, mientras el otro, que piensa á la postre lo mismo que él, se imagina que es la *psicología* su base más firme (2). Porque ambos seguían el impulso de creencias confundidas con su propio ser, obedecían á sus antecedentes y á su idiosincracia, y creyendo pensar sentían, supliendo el vacío de la observación con los errores ó las ilusiones del espíritu, por donde vinieron á armonizarse al cabo por el sentimiento y la imaginación, los que eran adversarios en el punto de partida. Adoptaba Luz la refutación kantiana de la llamada *prueba ontológica*, ó *á priori*, de la existencia de Dios, y siguiendo también al filósofo de Kœnisberg creía en el valor y en la eficacia de la prueba por las *causas finales*, á que se ha llamado *prueba físico-teológica* (3). Comprendía que á la observación cousiniana ó espiritualista de que Dios se revela en la conciencia, podía replicar el descreído que «en la suya no se ha revelado»; pero juz-

(1) Cousin.—Op, cit.
(2) «Revista de Cuba», tomo 7°, págs. 440 y 460.
(3) Id. id. id. 7°, pág. 456.

gaba irrecusable é irrefragable la invocación «del orden, concierto y armonía del universo y de todos los seres que lo pueblan», y que ellos muestran «*el plan* y *providencia* de esta *máquina admirable*» (1). Juzgaba armonizable la ciencia con la religión. Imaginábase que por la ciencia se va á la religión. Tenía por tan cierto que «la *teología natural* no forma «un ramo aparte de los conocimientos huma«nos, cuanto todo el que se proponga dar una «demostración *filosófica* de la existencia y atri«butos divinos tiene que entrar forzosamente «en el campo de las ciencias naturales». ¿Qué «otra cosa es—continúa—la renombrada *Teo«logía Natural* del Dr. Paley, sino una serie no «interrumpida de demostracciones tomadas de «la física, química, fisiología é historia natural? «¿Qué otra cosa son todos esos famosos tratados «conocidos en Inglaterra bajo el nombre de «*Bridgewater*, destinados á excitar los senti«mientos religiosos en los pechos del pueblo «entero?» Declara que «tan luego como se sale «de *este terreno*, no se hace más que *forjar «novelas físicas* ó *metafísicas* sobre la natura«leza de Dios, *cuya esencia no es dado al hom«bre comprender*» (2). Empero, dar una de-

(1) «Revista de Cuba», tomo 7°, pág. 468.
(2) Id. id. id. 7°, pág. 344.

mostración filosófica de la existencia de Dios y de sus *atributos*, siquiera sea por medio de las ciencias naturales ¿no es forjar una novela *física* ó *naturalista?* Si—como él sostuvo—sólo por la *experiencia* se conocen las *existencias* ¿no es evidente que en el universo jamás se han mostrado otras *existencias* al humano espíritu, que las del órden vegetal y el animal? Y en definitiva, cuando inferimos del órden, concierto y armonía universales la existencia de un Ser Supremo ¿no reducimos la demostración física á una mera demostración ontológica? ¿no queda siempre referido el problema, á lo que Luz de acuerdo con Kant aceptaba como *posibilidad lógica* de donde no se debe concluir á la *posibilidad real?* (1). Él creía, por otra parte, que todos los hombres «por grandes que sean», son *deudores* á su siglo y á sus circunstancias; pero que están distintamente dotados, reconociendo en ellos hasta lo que llama *especialidades*, por lo que negaba—contra Helvecio—«la omnipotencia de la *educación*», la cual «pende de un principio, la *organización* ó constitución individual, que á veces no puede aquella vencer, y á veces desgraciadamente ni aun modificar» (2). Lógi-

(1) «Revista de Cuba», tomo 7°. págs. 348 y 349.
(2) Id. id id. 7°, pág. 40.

camente, pues, reconoció que no todos los hombres llegan *aislada* ó individualmente hasta el concepto de Dios; aunque estaba seguro de que «como ocurra á uno siquiera más capaz que los otros, ya *se difunde* y *vincula* aquélla en la comunidad» (1), de donde pudiera colegirse que la religiosidad es en su sentir un producto social y que la idea de un Ser Supremo, un como resultado de la elaboración mental, el fruto del desenvolvimiento del espíritu, ó como decía Hegel—«el movimiento por el cual el espíritu se eleva del mundo á Dios».

La religiosidad era el sentimiento más profundo de su alma, y un sentimiento exuberante. El objeto más sencillo ponía en conmoción aquel organismo tan sensible, tan presto á responder á su propia sugestión, creyendo responder á la sugestión del mundo. «El estudio «contemplativo de la naturaleza—en su con«cepto—es un gérmen contínuo de la más su«blime y edificante religión: un planeta, un «meteoro, *un objeto terrestre*, una flor, son á «la vez *templo* é *imágen* que provocan al culto «más puro y acendrado;..... admirando y «*adorando al Eterno* que.... derramó tanta «belleza y donosura, *por grados sublimándose* «*la contemplación*, he venido por grados á

(1) «Revista de Cuba», tomo 7°, pág. 41.

«*inundarme en los más religiosos sentimien-*
«*tos que pueden agitar á un pecho humano*:
«la veneración, la gratitud, el amor,—el amor
«infinito: aquí está toda la religión. En efecto
«he dicho para mí: el que creó tantas maravi-
«llas, ha querido no sólo que yo disfrute de
«ellas y las admire, sino que me eleve hasta él,
«puesto que me hace sentir tan vivamente su
«poder, su sabiduría, su misericordia, y *me*
«*aniega en un torrente de afectos*, que no pu-
«diendo contenerse dentro del pecho, han de
«ir forzosamente á derramarse sobre aquellos
«de mis hermanos *que no hayan experimen-*
«*tado en tal grado esta necesidad de adorar.*
«Así *una flor es mi altar*, y ese altar *me ins-*
«*pira himnos que no está en el poder de mi*
«*voluntad no entonar.* Aquí es donde más
«*entrevéo* la profundidad de este plan de *la*
«*Causa* de las causas. ¿Por que, para qué me
«has inspirado tales y tan ardientes sentimien-
«tos? ¿No te has propuesto un fin *insondable*,
«cuando á cada paso, en cada objeto, me le-
«vantas á mí, humilde gusano, hasta la altura
«de *tu trono?*» (1).

Afirmaba que «no tenemos una *idea*, una *imágen* real y efectiva de la Divinidad, como

(1) «Revista de Cuba», tomo 7, págs. 44 y 45.

la tenemos de una *planta* ó de un *hombre*» (1); «que *sentimos* á Dios en todas partes; le vemos, le tocamos, le admiramos en los fenómenos del mundo exterior; le sentimos, *le experimentamos*, le adoramos *en el fondo de nuestros pechos; pero nuestro entendimiento no puede alcanzar á percibirle y penetrar su naturaleza*»; que era *perder* «un tiempo precioso en hablar *de lo que no entendemos*» (2); combatía á los que «*construían* á Dios á imágen y semejanza suya» (3); y sin embargo, se ha visto la frecuencia y la plenitud con que estaba en él el sentimiento de Dios; cómo la religiosidad era una de las manifestaciones características y principales de su personalidad, una *forma* de su espíritu, modelado desde la más tierna infancia por la piedad y ascetismo domésticos en concordancia con el seminario sacerdotal; y cómo, en fin, una especie de antropomorfismo ideal interrumpe la serena claridad de su pensamiento, poniéndole delante á su Dios, que le aparece humano y magnífico, como en una página de la Biblia. Había vivido muchos años viendo á su madre siempre dulcemente sometida á sus devotas prácticas y en una perpetua contemplación de Dios. La

(1) «Revista de Cuba». tomo 7°, pág. 335.
(2) Id. id. id. 7°, pág. 345.
(3) Id. id. id. 7°, págs. 341 y 347.

iglesia lo infiltraba conjuntamente en su espíritu, y lo prodigaba sin cesar ante sus ojos. Desde el alba hasta la noche estaba allí, afectando sus sentidos, envuelto en luces eternas y en eterno incienso, perfumado y halagado, en el vaho de la mirra, de las preces contínuas, y las notas resonantes y gemidoras del órgano; pintado en el cielo raso, esculpido en el nicho, adorado en el altar, majestuoso siempre, en mármol, en madera, en bronce, y relumbrante por el oro y la plata de sus vestidos de finísima lama. Dios fué así para él una visión permanente. Su ánima flotaba incesantemente en una como atmósfera de misticismo. Pronto veremos cómo aquella fuerza se desenvuelve, se exterioriza más. Cuando sea solamente un enfermo, ya apenas si se muestra en él el filósofo. Será entonces lo que fué al principio, lo que era virtualmente aún durante su profesorado, un ser religioso, un cristiano, un hombre modelado según el Evangelio.

Uno de los mejores trozos de la Impugnación es toda la nota 33; pero especialmente los párrafos 5° y 6° en que amplía sus ideas sobre el carácter y el procedimiento de las matemáticas, y sobre la abstracción y el lenguaje (1), donde sostiene que el *juicio* es una operación

(1) «Revista de Cuba», págs. 346 y 353.

mental que «descansa regularmente en una *síntesis*, en que se ve el espíritu obligado á comparar una sensación con otra sensación, ó en su lugar una sensación con un *recuerdo*, por el ministerio de la memoria, suplente de las impresiones» (1), pensamiento que bajo otra forma desde 1835 aparece en la proposición siguiente de uno de sus elencos: — «el juicio es anterior en todo rigor á la idea y como la base de todas las operaciodes mentales», y que Varona con grande enaltecimiento equipara á otro de G. Wundt, que considera como la base de lo que en Alemania y ya en todas partes designan por *psicología-fisiológica* (2).

Combatió la metafísica, aun mejor, la ontología, lo mismo en Platón, que en Leibnitz, lo mismo en Cousín y Maine de Biran que en Kant; aun cuando reconocía á la vez que nada es más lícito ni está más en el orden que «buscar la causa y el origen de los fenómenos»; si bien entonces «toda ciencia rigurosamente tal tiene su parte de ontología, porque siendo el saber—como decía el Estagirita, *conocer por las causas*,—toda ciencia apenas toma cuenta de ciertos efectos, cuando ya está empeñada en la indagación de las causas»; pero advierte

(1) «Revista de Cuba», pág. 352.
(2) Varona—op. cit., pág. 21.

que «no está ahí la fuente del mal, pues que existe una diferencia característica entre los metafísicos ontólogos y los verdaderos investigadores:—los primeros dando por sentada la posibilidad del conocimiento íntimo de las causas, ó sea de las llamadas *esencias* de las cosas, se entran por el campo de la hipótesis, *suponiendo* en vez de *demostrar;*... mientras que los segundos aun en sus conjeturas, persuadidos de que la ciencia humana á lo sumo llega á comprobar la *existencia*, no la *naturaleza* de una causa, jamás abandonan el firme terreno de la observación» (1).

Después, y en otro de sus mejores párrafos (2), hace observaciones para mostrar las ventajas de la experimentación y de la observación paciente, las cuales vienen á ser verdaderas prescripciones de higiene intelectual; pues quería impedir que se *adivinara* gratuítamente y que se corriera al acaso, ó bajo la inspiración de ciego dogmatismo; por cuya razón recomendaba que se *conjeturase*, cuando no fuera posible *demostrar;* pero á condición de señalar «en uno y otro caso los datos que han servido de escalones para remontarse el entendimiento», «quedando así satisfecho éste por

(1) «Revista de Cuba», tomo 7°, pág. 346.
(2) Id. id. id. 7°, pág. 347.

desaparecer de esta manera *hasta la sombra del milagro ó del misterio*, ó convenciéndonos íntimamente de que para nuestra débil inteligencia *todo es milagro y misterio* en la creación del Universo» (1).

Me he empeñado, como ha podido notarse, por ofrecer más ó menos ordenadamente las ideas capitales del razonamiento filosófico de Luz Caballero y los aspectos mentales que en ellas pudieran traducirse, procurando, por regla general, que fuese él mismo quien hablára. Leyendo sus escritos adquiérese la persuación de que desde muy temprano se habituó al trato y comercio con los grandes filósofos, y muy principalmente con los que determinaron y constituyeron el gran movimiento científico moderno, iniciado en Bácon, impulsado por Descartes, por Néwton, por Galileo, y que en su época había alcanzado notable desarrollo; por lo que se explican, si bien fué de todos modos caso extraordinario, las grandes iluminaciones que aparecen en su discurso, tales como el método inductivo, los fundamentos de la psicología-fisiológica, la aplicación de la patología á los estudios psíquicos y su oposición convencida y enérgica á las pretensiones de la ontología, como obstáculos al progreso de la verda-

(1) Loc. cit.

dera ciencia. Partiendo de la misma base que Locke evitó, sin embargo, el mayor peligro de su escuela, condenada por su error de confinarse dentro de los límites de la psicología á la esterilidad y á la impotencia; y será siempre en el sabio cubano mérito insigne, el haber abandonado tan estrecha vía para entrar resueltamente por el amplio sendero que señalaron Bacon y Descartes, predicando las ventajas de la recta aplicación de la inteligencia al empleo del método experimental, en todos los órdenes de la investigación, cuando apenas si por aquella época llegaba á su país la noticia siquiera de que asi se enseñase en parte alguna de Europa; sino que mas bien todavía resonaba la palabra de Aristóteles y de Santo Tomás, ó algún acento casi imperceptible de Verulamio, entre el lejano rumor de los alemanes y el canto de sirena del ecléctico Cousin.

La tradición refiere que, posteriormente á la polémica, mostró vivísimas aficiones por la filosofía alemana, y uno de sus discípulos—Antonio Angulo y Heredia—declaró en público, que «profesaba especial predilección por ese sistema de la divina consoladora armonía creada por el inmortal espíritu de Krause» (1). En parte alguna he podido ver confirmado ese

(1) En el Ateneo de Madrid.

aserto, pues si no es dudoso que siguiera á Kant en algunos puntos de vista, le combatió en otros; y si pudo simpatizar con Shelling (1), á quien mucho leía, terminantemente declaró que no iba con él (2); siendo imposible el aceptar que una inteligencia tan clara como la de Luz, pudiese sentir algo más que repugnancia por una doctrina verbosa y esencialmente lógica y discursiva como la de Krause, empañada y obscurecida además en él y singularmente en sus discípulos españoles, por un vocabulario bárbaro é ininteligible.

En una nota de Luz, de 1864, se lée esta frase, que confirma mi presunción, refiriéndose nada menos que al más claro, importante é influyente de los sectarios de Krause. «Qué *enredado* y *enredante* está Ahrens en toda la lección 7ª sobre *fisionomía* y *frenología*. Asi no es extraño que la juventud y áun los hombres faltos de criterio y de hondos conocimientos, *no sepan á qué carta quedarse*» (3).

Lo que sí es muy cierto es que José de la Luz y Caballero era apasionado por las cosas y la lengua de Alemania; pero, al menos, por la

---

(1) Rodríguez.—Op. cit., pág 231.

(2) *Ocioso es recordar que no pertenezco á la escuela de Shelling:* «Diario de la Habana», Octubre 29 de 1839.

(3) Esa lección 7ª es del «Curso de Psicología» y trata «De las facultades del espíritu y de su acción».

época de la polémica con los Valle, fué de opinión que no debían introducirse en Cuba los sistemas alemanes (1): dando sin embargo de barato que tuviera alguna predilección por cualquiera de ellos, entonces tan en boga, coincide precisamente ese aspecto de su inteligencia, que sería en orden descendente respecto á su anterior y vigorosa expresión, con el quebranto de su salud, con el empobrecimiento de su naturaleza física; pues sólo así podría explicarse que el enérgico impugnador de la ontología, cuando gozaba de robustez corporal, llegase á sentirse atraído por la metafísica alemana, es decir, por las construcciones, si realmente soberbias y atrevidas, más falsas y delirantes que puede levantar el pensamiento humano cuando se desentiende de la observación y de la experiencia. Suponiendo cierta aquella etapa, ya veremos entonces, dando un paso más, cómo su espíritu habrá recorrido la curva ideal de su evolución.

En opinión del erudito Bachiller y Morales, «Luz fué un filósofo ecléctico» (2). El distinguido profesor Dr. José Manuel Mestre «para caracterizar su doctrina, si no temiera incurrir en el defecto de exclusivismo que tan á menudo

(1) Rodríguez.—Op. cit., pág. 104.
(2) Rodríguez.—op. cit., pág. 228.

traen las clasificaciones, diría que *su fondo* y *su esencia* pueden expresarse con esta palabra: *armonía*» (1). Rodríguez afirma que «la filosofía del Sr. Luz era eminentemente cristiana y práctica» (2). Pero de todo su libro se deduce que José de la Luz Caballero era *católico* (3). Luz era eléctico, sí, pero como él decía, á la manera de Bacon, y «en el sentido de *escogedor*» (4). Si así no fuera y, si como Leroux creía, todo pensador ha tenido un sistema y sólo Potamon de Alejandría y Justo Lipsio han sido eclécticos sistemáticos (5)—¿cuál es, entonces, según sus amigos y sus discípulos la *filosofía* de Luz? Decir que era «la armonía», no fija, ni explica mucho: casi todos los sistemas buscan la armonía y todas las síntesis la implican. Afirmar que era *ecléctico* no es tampoco aclarar el punto: todo sistema tiene mucho ó poco de los sistemas anteriores, por ley de herencia y de continuidad. Pero es arbitrario declarar «católico» á Luz é inexacto que se confesase al morir (6). Que fuera cristiano no puede ponerse en duda. La sociedad moderna es esencialmente cristiana; aunque sería

(1) Rodríguez.—Op. cit., pág 221.
(2) Id., pág. 230.
(3) Id., págs. 245 y 246.
(4) «Diario de la Habana», Oct. 1839.
(5) Refutation, págs. 12 y 50.
(6) Rodríguez.—Op. cit., pág. 246.

muy difícil fijar en qué consiste el cristianismo de cada cual.

Luz era, en resumen, durante la plenitud de su edad madura, un gran pensador y, al mismo tiempo, un sér profunda y esencialmente afectivo. Más tarde no fué más que un enfermo. Hombre impresionable, recorrió su camino no siempre en línea recta, sino curva: católico en su juventud, ascendió á la más científica reflexión filosófica, fué un filósofo correcto de la observación y de la experiencia, y en ese momento de su trayectoria mental aparece sensualista crítico. En cuanto cambió de medio, abandonó sus guías eclesiásticos. Cuando tuvo salud, en lo más maduro de su existencia, fué adherente convencido de la gran escuela que reconoce por fundador á Locke. Más tarde, decaen sus fuerzas físicas, y entonces cabe que admirára y aún que siguiéra—lo que no me consta—la metafísica alemana. Enfermará más aún, se abatirá más, irá consumiéndose y, en tal doloroso momento físico, asomará un estado moral correspondiente y aparecerá el místico.

VIII.—MR. DAVID TURNBULL.

Un grave conflicto ocurrido en 1842 entre la Sociedad Económica y el Capitán General, agravando los males que ya le aquejaban desde

1836, decidieron á Luz Caballero á buscar en Europa la salud. Mr. David Turnbull, miembro de la Sociedad, y enemigo intransigente de la trata de esclavos, había sido borrado de la lista de los socios, por sorpresa y en ausencia de Luz, que era Presidente de aquel Cuerpo y se encontraba enfermo á la sazón.

Mr. Turnbull ejercía en la Habana los cargos de Cónsul de S. M. B. y Superintendente de africanos libertos, este último creado á virtud de los tratados que celebraron los gobiernos de España é Inglaterra, en los años de 1817 y 1835 con la mira de abolir efectiva y realmente el tráfico de esclavos africanos. El agente inglés cumplía su encargo con tesón, estaba siempre alerta y asediaba con sus reclamaciones al Capitán General, que lo era entonces D. Jerónimo Valdés. Las intrigas de los armadores de expediciones piráticas y gran número de hacendados que protegían la trata de negros, todos los cuales veían con despecho y saña la vigilancia y firmeza de Turnbull, y las maquinaciones de los americanos, cuyo gobierno mantenía al representante del de Madrid en Washington, en constante alarma respecto á la política de la Gran Bretaña, que suponían interesada en arruinar la agricultura de Cuba, aun cuando tuviera que valerse del horrible re-

curso de agitar la población esclava de los campos hasta lanzarla á una conflagración universal, llegaron á crear espesa atmósfera de inquietud que la imaginación extraviada de unos y la habilidosa codicia de otros forjaban preñada de calamidades tan espantosas como las que ocurrieron anteriormente en el Guarico y anunciaron al mundo la catástrofe de Santo Domingo.

El Cónsul inglés era un estorbo demasiado grande para tantos hombres interesados en que continuase el tráfico de esclavos y fuesen letra muerta los tratados con Inglaterra; por eso se comprende que terminara el general Valdés el despacho en que participaba al gobierno de la Metrópoli la insubordinación, por otra parte reprimida con facilidad, de unos cuantos negros trabajadores, empleados en construir en la capital el palacio de Aldama, y por más que estaba persuadido «de que este hecho era enteramente aislado», expresando «la urgente necesidad» de lanzar de la isla al Cónsul británico (1). Turnbull era, pues, objeto del odio en aquella infeliz sociedad, y pesadilla del general Valdés, á extremo de exclamar un dia de 1842 la primera autoridad de la isla, en presencia de

(1) *Memoria histórico-política de la isla de Cuba*, redactada de órden del señor Ministro de Ultramar, por José Ahumada y Centurión.—Habana, 1874, pág. 217.

algunas personas de su corte: «¡Quien me quitára de encima á este hombre!» El deseo de agradar al sátrapa fué el origen de la pretensión de excluirle inmediatamente que fué relevado, de la Sociedad Económica, que le contaba desde 1838 en el número de sus socios corresponsales (1). Comunmente componían las sesiones habituales de la Sociedad Económica muy corto número de asistentes; á veces no pasaban de ocho; pero la ordinaria de 28 de Mayo de 1842 fué bastante concurrida, pues que contó bajo la presidencia del Censor don Manuel Martínez Serrano hasta veintidos socios. Después de enterarse aquella reunión de varios asuntos de su incumbencia y de resolver sobre otros, vió á uno de los concurrentes formular inopinadamente la proposición de que «se recogiese el título de socio corresponsal que concedió la Sociedad á Mr. David Turnbull *por haberse hecho indigno* de pertenecer á la Corporación *por las perversas doctrinas que defiende* en una obra en que dijo se apoyaba algunas veces en las doctrinas de la Real Sociedad». Otro socio sustentó «con un dete-

(1) En Junta General de 18 Diciembre, 1838, fueron nombrados: sócios de mérito: D. Felipe Poey, y D. Gonzalo Alfonso;
» numerarios: D. Pedro A. Auber, y «D. Santiago Capetillo y Nocedai, del Consejo de S. M.»;
» corresponsales: D. Domingo Stauch y Jordán, de Barcelona, y «*Mr. Turnbull, ilustrado viajero inglés*».

nido discurso la moción, fundándose, según dijo, *en razones políticas, y que S. S. estimaba de conveniencia pública*»; cuatro señores más usaron de la palabra. «Se opusieron á la moción», el señor Censor Presidente, los *amigos* Cardeña, Dr. Miranda, Poey (D. Felipe) y el Secretario, D. Antonio Bachiller y Morales. «Díjose por el Sr. Poey que para la separación de un socio debía proponerse por la junta preparatoria, á que agregaron el señor Censor y el Secretario que debían ser citados los señores que admitieron á Mr. Turnbull para que constasen en las actas los motivos de la variación». A pesar de estas justas indicaciones reglamentarias hubo quien considerase «urgente y extraordinario el caso y que no debía aplazarse, sino en el acto procederse á la separación», pidiendo que así se declarase. Se puso entonces á votación la proposición siguiente que otro individuo formuló: «Si la Sociedad puede retirar el título de socio á cualquiera de los individuos que lo tuviesen, sin necesidad de observar los trámites que previene el Reglamento para derogar ó alterar los acuerdos de las juntas ordinarias». Al oirla se ausentaron cuatro de los concurrentes. Protestó el Secretario contra la votación, y quisieron los señores Cardeña, Poey y Valdés Miranda que

constase su oposición. Pero en escrutinio secreto fué aprobada por mayoría. Entonces el mismo socio que iniciára el debate pidió que se votase la siguiente proposición: «Se separa al Sr. Turnbull de la Sociedad y se le recoge el título de Corresponsal». A pesar de nuevas protestas del Censor, de Poey, Cardeña, Valdés Miranda y Bachiller, «se verificó no obstante, *resultando viciado el escrutinio por un voto más del número de los asistentes*, y aunque era insignificante la minoría á favor del señor Turnbull, se procedió á nuevo escrutinio, *resultando separado dicho señor por los mismos trece votos*, contra *cinco* que le fueron favorables».

En la misma acta de la Sociedad Económica que he extractado hay una nota en que se dice que habiéndose leído ésta en la junta de 22 de Junio, el mismo señor que propuso la separación del Cónsul, pidió que á las razones que diera para fundar aquel deseo se agregase: «*y que era un contrasentido que se contase en el número de amigos del país uno que era su enemigo*». Se había alegado por única razón para expulsar á Turnbull, que éste *se había hecho indigno.... por las perversas doctrinas que defiende* en una obra en que, según se le atribuye, dijo que se apoyaba en las que la misma

Sociedad sustentaba. El libro de referencia es el que publicara dos años antes (1840) en Londres, con el título: *Travels in the West.— Cuba; with notices of Porto-Rico and the Slave Trade*, y en que no solamente se muestra tal como era él,—abolicionista convencido y ardoroso,—sino que declara estar persuadido de que los mejores entre los propietarios cubanos deseaban con la misma devoción de un Clarkson ó un Willberforce «la inmediata, total, é inmutable abolición del tráfico de esclavos» (1). De ellos por lo visto sólo hubo *cinco* en la sesión del 28 de Mayo; pero en la de 22 de Junio ya se congregaron *veintisiete* que, si no eran abolicionistas ó adversarios de la trata, mantuvieron al menos los fueros de la justicia. Si el libro tenía ya dos años de publicado ¿por qué durante todo ese tiempo no ocurrió la idea de castigar al autor por las *doctrinas* que allí defendía y se esperó á que creyese el Capitán General de *urgente necesidad*, y en consecuencia se efectuase, la salida de Cuba de aquél distinguido abolicionista?

Al punto mismo que se enteró del caso Luz Caballero, escribió rápidamente y remitió á la Junta preparatoria de la Sociedad Económica, una protesta contra lo actuado, vibrante y

(1) Pág. 170.

magnífica de entereza y de indignación. Por acuerdo de aquélla fué presentada en la sesión de 22 de Junio, y leída por el Secretario. Cómo es un documento poco conocido, que se refiere á un incidente ruidoso de nuestra historia y que tanto honra á su generoso autor, he creído deber insertarlo íntegro á continuación:—

«Alejado de la ciudad en fuerza de mis males, «ha venido á sorprenderme en mi retiro la no-«ticia de un hecho que ha sacudido mi espíritu «en términos de hacerme quebrantar el pro-«pósito que había formado de aislarme comple-«tamente de todo bullicio, y esquivar toda «emoción, porque sólo así conservo alguna «esperanza de fortificar los restos de mi que-«brantada salud. He sabido que en la última «sesión del Cuerpo Económico, uno de sus indi-«viduos propuso recoger el título de Socio Co-«rresponsal al Sr. Turnbull, á la sazón Cónsul «saliente de S. M. B. en esa ciudad, y que así «quedó acordado, contra la oposición de algu-«nos otros señores concurrentes que consigna-«ron expresamente en el acta su negativa. No «sé cuál haya sido mayor, si la sorpresa ó la «pena que me ha causado semejante suceso; y «aun cuando tuviese que agotar la poca forta-«leza que me queda, creeria yo faltar á un «deber sagrado, si no procurase atajar el mal,

«dirigiéndome á la Sociedad con un sentimien-
«to que puedo llamar paternal, pues solo esa
«palabra explica el cariño que toda mi vida he
«manifestado á esa Corporación, porque he
«visto siempre identificado con su esplendor,
«el esplendor y la prosperidad de mi patria.
«No se piense que voy á hablar en pró ni en
«contra de las opiniones del Sr. Turnbull: no
«quiero tampoco ocuparme de su persona, ni
«recordar su calidad de extranjero, que en un
«pueblo ilustrado debiera darle derecho á más
«generosa cortesanía: yo sólo veo un hombre
«á quien acaba de hacérsele una injusticia, y á
«quien defendería aun cuando fuera mi mayor
«enemigo; para lo cual me basta considerar
«el hecho con relación al Reglamento que tan
«á la mano debiera haberse tenido. Conforme
«al artículo 72 del que nos rige, únicamente la
«Junta preparatoria tiene la facultad de propo-
«poner la exclusión del socio que por sus malas
«costumbres deshonre el Cuerpo: no ha suce-
«dido así en el caso presente, cuyos promove-
«dores pueden aspirar á la triste distinción de
«ser los primeros, á lo menos que yo sepa, que
«hayan propuesto el bochorno de uno de sus
«compañeros, á quien ellos propios habían lla
«mado á su seno, hollando para conseguirlo el
«Estatuto de la misma Corporacion que preten

«den conservar inmaculada. Y no parece sino «que alguna funesta prevención los ofuscaba, «pues no contentos con arrogarse las prerroga- «tivas de la Junta preparatoria, se decidió el «lanzamiento que se proponía, á pesar de la «disención de varios socios, siendo así que para «poder acordarlo era indispensable lo dispuesto «en el artículo 68. Yo no creo que haya quien «sostenga ese acuerdo, diciendo que antes de «celebrarlo se anuló el artículo que lo impedía, «porque ¿quién se atreverá á pretender que en «una junta ordinaria compuesta de un corto «número de individuos, reside la facultad de «invalidar el Reglamento discutido por toda la «Corporación, y sancionado por el Supremo «Gobierno?—La pretensión sería demasiado «peregrina; y así es que ni siquiera he querido «llamar la atención hacia la ilegalidad cometi- «da, para que tampoco pueda ninguno imagi- «narse que me valgo de otras armas que las «del convencimiento y la justicia. Lo dicho «bastaría para decidir que ha sido de ningún «valor el acuerdo de la junta anterior, aun «cuando para colmo de su nulidad no hubiese «otras razones de tal peso, que sobran ellas «solas para avergonzarnos, si por desgracia se «llevase á cabo lo que se ha intentado.—En «primer lugar ¿cuál sería el fruto de esa medi-

«da?—Mengua para la Sociedad, que ha espe-
«rado á tomarla á que el individuo en quien
«recae, dejase de ocupar un destino influyente,
«lo que arguye cobardía indisculpable; porque
«siendo la Sociedad Económica la Corporación
«que menos hostil debiera mostrarse, como
«que su misión es puramente pacífica, será sin
«embargo la única de las nuestras que arroja
«una piedra al que ha considerado enemigo
«caído, y eso, no toda la Sociedad, sino una
«mezquina fracción de sus indivíduos, aunque
«el deshonor refluirá sobre todos. Además
«¿se ha creído por ventura que su exclusión
«hará alguna mella en el ánimo de Mr. Turn-
«bull?—¿Se persuadirá él de que ese acuerdo
«es la expresión, de la voluntad de todo el Cuer-
«po Patriótico, cuando sepa el escaso número
«de los que lo han excluído, y recuerde la opi-
«nión que no hace mucho emitió el mismo
«Cuerpo con el informe que dió al Gobierno
«acerca de los convenios celebrados con Ingla-
«terra? ¿Se avergonzará acaso de haber reci-
«bido ese desaire por abrigar ideas que su
«nación sostiene á la faz del mundo entero?
«Nó, por cierto: y aun comprendiendo al señor
«Turnbull más inteligente que la que con él se
«ha tenido, de tiempo que no se comporta con
«verdadero enemigo del país, el resultado será

«el descrédito de la Sociedad Económica que á «su pesar escuchará el himno de befa que sin «remedio entonarán los periódicos europeos. «Otra consideración, quizás más poderosa que «todas, debiera haber arredrado á los promo- «tores de tan aciaga ocurrencia. Desde que «se fundó la Real Sociedad Económica hasta «el día, han sido varias las oscilaciones políti- «cas, en que necesariamente han tomado parte «algunos de sus miembros. Por todas ellas «hemos pasado sin embargo incólumes, sin «que ni una sola voz se haya alzado contra «nadie, porque allí no hemos ido á formar «banderías, sino una hermandad, sin otro ob- «jeto que la prosperidad del país. ¿Y serémos «nosotros los que empecemos la obra de pros- «cripción? ¿Se dará principio en nuestros días «á convertir el tranquilo recinto de la Sociedad «de *amigos*, en convencíón inquisitorial, donde «ninguno esté seguro de no padecer semejan- «tes vejaciones, precursoras tal vez de otras «más funestas? ¿Cómo, si es amigo de su país, «no le tembló el corazón, ni se le heló la pala- «bra en los labios, al que eso propuso, al ver «en profecía el acompañamiento de males futu- «ros, que sobre el baldón de ahora, había de «traernos su malhadado pensamiento?—La in- «quietud que me causa el imaginar que pudiera

«caer sobre la Sociedad tan feo borrón, me «hace lamentar doblemente mis males, que no «me permiten asistir en persona á disputar «con razones palmo á palmo el terreno á los «que sostengan la medida propuesta; aunque «me consuela la idea de que pocos habían de «ser mis contrarios, porque no puedo persua-«dirme á que sea crecido el número de los que «deseen el deshonor de la Sociedad. Confío «por lo menos en que mis razones serán bas-«tantes para hacer ver á los que no hayan «meditado con la debida detención, que lo que «se ha pretendido es injusto, ilegal y atentato-«rio á la dignidad del Cuerpo Patriótico, que se «apresurará sin duda á remediar el daño; pero «si contra mis esperanzas se llevase á cabo, «sírvase V. S. hacer constar á la Corporación «que protesto solemnemente contra tamaña «injusticia, pues cuando aun todos sin excep-«ción quisiesen mancharse con ella, y para «salvarme yo sólo fuera menester extrañarme «de su seno, lo haría sin titubear, aunque mu-«cho padeciese mi corazón, por no contribuir «ni en lo más remoto, á lo que tánto reprueba «mi conciencia».

Seguidamente «dijo el Secretario que la Jun-ta preparatoria proponía en consecuencia que se destruyese el anterior acuerdo por las ra-

zones expuestas». El adversario de Turnbull preguntó «si la junta aprobaba la totalidad del proyecto». Contestóle el Secretario «que la junta estimaba como reglamentaria la cuestión, y no descendería á otro terreno por más esfuerzos que se hiciesen por desviarla de su propósito», y fué sometida á la concurrencia la proposición siguiente: «La Junta preparatoria propone la nulidad del acuerdo contra el señor Turnbull por no haberse cumplido los artículos 68 y 72 del Estatuto». «Declarada ésta suficientemente discutida» protestó uno de los socios de la camarilla formada contra el ex-cónsul, y su jefe declaró que «votaba que no debía votar»; no obstante tomóse en consideración lo propuesto por la preparatoria, instando cinco indivíduos, siendo de advertir que cuando preguntó el señor Presidente si se consideraba lo propuesto por aquella Junta, hubo quien entre aquellos cinco socios se opusiera «manifestando que la Sociedad no tenía facultades para declarar nulo ninguno de sus actos; que el acuerdo de la junta anterior se hallaba sancionado en el orden que previenen los Estatutos, y que si algún indivíduo se considerase agraviado, ó con derecho á reclamar, *debería ocurrir á la autoridad superior del Excmo. señor Presidente, en quien únicamente residían*

aquellas facultades, que si se diera el pésimo ejemplo de que un Cuerpo Económico cual es la Sociedad de Amigos del País, anulase sus mismos actos, nada de cuanto se hiciera tendría subsistencia, porque un partido invalidaría hoy bajo cualquier pretexto, lo que otro hubiera acordado ayer, cuya alternativa, si en efecto se dejara á merced de los partidos, destruiría sus respectivos acuerdos mútuamente, sería monstruosa y origen de graves males; que por eso se oponía á toda discusión sobre la materia, y exigía que el señor Presidente prohibiera se le diese entrada, haciendo así uso de una de sus principales atribuciones; y por último que si á pesar de *tan poderosas razones* se sometiese el punto á votación, protestaba la nulidad de cuanto se hiciera *con propósito firme de ocurrir á la autoridad competente en busca de la enmienda*». Preciso era que la conciencia de los cubanos estuviese embotada al extremo de tomar en serio pretensas razones poderosas para defender el sofisma y viles intereses, y que sustancialmente eran las mismas aducidas por Luz Caballero en pró de la ley del Cuerpo y de su honra; pero así fué: hubo argumentos de una y otra parte, girando la discusión sobre el Reglamento, en unos con razón, en otros con malicia; y rehuyendo todos el

examen del mayor de los sofismas—las ideas del Cónsul inglés. Nadie preguntó ¿por qué era éste, *enemigo del país* como se pretendía?; nadie se atrevió á mirar de frente el asunto, y se dió así el escándalo de que los servidores del gobierno y de los que pisoteaban las leyes y comprometían por el suyo personal los verdaderos, los más altos intereses de la sociedad cubana, hicieran gala de rectitud y de patriotismo cuando solo patentizaron su cinismo y mala fé.

El Secretario «manifestó que la preparatoria no pedía la nulidad como podía hacerlo en un asunto contencioso; que se usaba de la palabra nulidad en su acepción gramatical, y que era indudable que el acuerdo anterior era nulo como atentatorio al Reglamento; que la Sociedad podía destruirlo, pues estaba en el uso de sus facultades no sólo alterar éstos con los requisitos del artículo 68, que se habían guardado, sino que aun podía alterar su ley orgánica reformando y corrigiendo los artículos del Estatuto, que es una ley sancionada por el Soberano; que para evitar esta reclamación se habían citado con expresión particular á los señores que concurrieron al anterior acuerdo, siendo de extrañar que tan celosos se mostrasen de fórmulas aquellos mismos que habían pisotea-

do la ley vigente, según se demostraba por el Sr. Luz; que las reflexiones que se hacían sobre la instabilidad de los acuerdos no perjudicaban al acuerdo que se celebrase, y sí eran de mucha fuerza respecto de la intentada separación, como que demostraban los inconvenientes de olvidar la ley».

«Diéronse otras muchas razones bajo diversos aspectos, principalmente por los señores Martínez Serrano, Castro y Poey, habiendo el último amigo insistido en que se declarase que se votara la proposición tal como se había escrito, y demostrado que cuantas razones se aducían por los contrarios se reducían á sostener un hecho no mas que por que había existido, y que no podían negar que infringieron el Estatuto; que esto era para él disculparse con una culpable acción siempre fea, y más en individuos tan respetables como eran hombres que desempeñaban cargos públicos y debían dar el ejemplo de su respeto á las leyes!» Mediaron aún otras observaciones, y ya el adversario de Turnbull, reducido á su última trinchera «manifestó que la declaratoria de nulidad no podía hacerse por la junta, *sino en todo caso por el Excmo. Señor Presidente Gobernador y Capitán General*, á quien debería ocurrir el que se creyese agraviado con aquel

acuerdo. Pidió por consiguiente que el señor Presidente declarase no haber lugar á votación en el particular, protestando de lo contrario hacer reclamaciones donde y como creyese oportuno, para que só pretexto de declarar una nulidad que no existía no se incidiese en otra que sería en todos sentidos vergonzosa. Añadió que la separación de Mr. Turnbull era un hecho consumado, que la llamada nulidad sería nuevamente una admisión como socio, admisión que no podía hacerse ahora, porque los Estatutos señalan la época y medios de nombrar los socios, y que, aun cuando se creyese violado el artículo 72 con la separación indicada, mayor violación se haría con la nulidad que se intenta al artículo 68 que exige la concurrencia de todos los que asistieron al acuerdo que se quiera alterar; y por último que *sería tan escandaloso como indebido que al que ha predicado una especie de cruzada contra esta isla* y ha dado pasos que indican *desconfianza* y enemistad se le inscribiese en la lista de amigos del país».—Contra quien, con el hecho mismo de sus contínuas reclamaciones, había Mr. Turnbull mostrado *desconfianza*, muy fundada por cierto, de que cerraba los ojos y hacía de este modo posible y efectiva la violación de los tratados internacionales concertados

para reprimir de veras la trata, no era el país, sino el Gobernador y Capitán General. Semejante aseveración constituía, pues, al adversario del Cónsul en defensor del individuo que tan mal ejemplo ofrecía á aquella sociedad, permitiendo que á mansalva se burlase la ley, y que tanto daño infería al interés supremo de la isla, cifrado entonces en que se redujese, en beneficio del porvenir, su creciente población esclava y en que se evitase por la buena fé y la lealtad todo motivo de reclamaciones y de agravios que podían fácilmente comprometer la integridad territorial y la honra de la nación que representaba en América aquella superior autoridad de Cuba.

¿Cómo no hubo allí, entre tantos patricios ilustrados, quien hiciera la observación de que el Capitán General no merecía la defensa que acababa de oirse, cuando había consentido la *enemistad* de Turnbull al país y tolerado cerca de dos años la *especie de cruzada* que había emprendido; y que él mismo, el *amigo* del país, probaba con su trasnochada solicitud patriótica, ó que no la sentía realmente, ya que para expresarla esperó el relevo del Cónsul, es decir, cuando ya no podía hacer daño ni aun predicar su *especie de cruzada*, ó que en verdad ni era Turnbull enemigo de la isla de Cuba,

ni predicó cruzada de ninguna especie, sino que fué un honrado, enérgico y resuelto empleado de su Gobierno, que tenía conciencia de sus deberes y voluntad para cumplirlos entre tanta gente codiciosa, desleal é inhumana?

Y tan cierto es que, antes que culpable, fué Mr. Turnbull un funcionario digno, correcto en su conducta y muy valeroso, que estas mismas cualidades suyas le pusieron pronto á merced de sus enemigos, y sin embargo salió de sus garras ileso. Créese que el general Valdés perseguía la trata y que en este concepto mereció la estimación de los mismos ingleses; pero en ese supuesto, mortificado por las reclamaciones del Cónsul, asediado por las intrigas de los negreros, inquieto ante los constantes y pavorosos anuncios de siniestras conspiraciones que se preparaban en la sombra, llegó á sospechar de las intenciones de Turnbull. Un inmenso partido estaba interesado en anular la vigilante constancia y la firmeza del único hombre que se oponía á sus designios. Forjaron y echaron á volar la especie de que Turnbull maquinaba sublevar los negros y convertir en cenizas la isla. De ahí que Valdés pidiera su remoción. Casualmente y como para justificar los temores cada vez más graves, ocurrió la insubordinación de las dotaciones de dos in-

genios situados en los partidos de Macurijes y Lagunillas, casi al tiempo mismo que Mr. Turnbull desembarcaba en Gibara, procedente de Nassau y provisto del pasaporte que le despachara el Vicecónsul español de las Bahamas. En la alarma consiguiente fué preso apenas pisó la tierra. Tan grande era la inquietud del país en aquellas circunstancias, y tan cínica ó tan torpe la malicia, que se intentó atribuir á causas políticas un temblor de tierra acaecido por el mes de Mayo en Santiago de Cuba. Turnbull había venido desde Nassau con el único objeto de rastrear á unos negros ingleses que los contrabandistas habían asaltado, reducido á esclavitud é internado en aquella parte de la isla de Cuba. Circuló, sin embargo, el rumor de que le impulsaban miras terribles, el eterno propósito de sublevar los negros. La ocasión no podía ser mejor. Si el ex-Cónsul había sido en realidad un enemigo público de la tranquilidad del país, y si ahora volvía ostensiblemente á ella para turbarla y destruirlo todo, ¿para qué se habían escrito las leyes españolas, para qué existían tribunales, consejos de guerra expeditivos, ni para qué se pagaba y guardaba cuidadosamente en la Habana á un robusto verdugo? Ello es que «ya en la capital, *no se encontraron medios para castigarle*,

y sólo fué expulsado de allí y de la isla, sin más represión que estar unas horas detenido en el cuartel de la Fuerza, *con gran* sentimiento *del General Valdés*, que *dispuesto estaba á hacer* en aquel *abolicionista* un *ejemplar* castigo». Se alega que no pudo adoptar tan *sana medida* por presentarse el animoso britano «escudado con el pasaporte que de la poca cordura del Vicecónsul de España en Nassau había obtenido». El pasaporte otorgado por el funcionario español, declaraba que Turnbull era «ciudadano inglés con la comisión de proteger los africanos liberados, *que habían sido llevados de Nassau al puerto de Gibara*». Esta cláusula parece afirmar un hecho; parece asentir que se había cometido un crimen contra el derecho civil de personas libres y contra la ley inglesa. Mr. Turnbull, en virtud de su encargo, perseguía los saltos de piratas impenitentes; el Capitán General y las autorídades españolas, faltando á sus deberes y á las leyes vigentes, los amparaban. El gobierno de Madrid reprendió duramente al Vicecónsul, y como si Turnbull hubiera sido un malhechor, «preguntó algunos meses después al Capitán General, qué funcionarios merecían recompensa por hrberse distinguido en la prisión de Mr. Turnbull», el cual vino á la isla solo, en

un balandro tripulado por tres ó cuatro negros! Al mismo tiempo el General Valdés que no pudo castigar ejemplarmente á Turnbull, y tuvo que dejarle en libertad, «recibió plácemes del gobierno progresista, por tan *acertado* proceder» (1).

La sesión de la Sociedad Económica se celebraba antes de todos estos sucesos. Ni ahora ni entónces resultaba contra Mr. Turnbull ningún motivo de legítima acusación. Los que pretendían su extrañamiento de la Sociedad favorecían, pues, las pasiones del Capitán General y la conveniencia de los explotadores del país; sus opositores, con la circunspecta pero hábil y decorosa actitud que asumieron y supieron mantener, representaban la honra del Cuerpo á que pertenecían, la justícia y la conveniencia del país. Prolongóse la discusión en que tales y tan opuestos sentimientos ó intereses vinieron á chocar embozadamente, y en definitiva púsose á nominal votación «la propuesta de la preparatoria». Verificado el escrutinio, proclamó el Secretario su resultado, quedando «aprobada la propuesta de la preparatoria por *veintiseis* votos contra *doce*, é insubsistente el anterior acuerdo». El socio

(1) *Las Insurrecciones en Cuba*, por D. Justo Zaragoza. Tomo I., págs. 516 y 777.

que capitaneara la exigua sección que acusaba á Turnbull, «reiteró su protesta pidiendo constancia del acta y copia de la exposición del señor Luz, para los efectos que pudieran convenirle». Así se acordó, y así terminó por entónces aquel ruidoso é interesante incidente. Poco después, siendo O'Donnell Capitán General de Cuba, removiéronse las cenizas calientes todavía, y brotó la llama. Algunos socios fueron encausados por las opiniones que habían emitido evacuando consulta del mismo Gobierno, como miembros de la Sociedad Económica. José de la Luz, por su noble conducta en aquel episodio, fué sometido á juicio. Con un gesto del dépota quedó Turnbull excluído del número de los socios. En una sesión que celebraban en Palacio y presidía O'Donnell, preguntó éste al respetable Dr. Tomás Romay, suegro de Luz:— «¿Es Mr. Turnbull todavía socio corresponsal?» Romay explicó las circunstancias de aquel caso y al pretender O'Donnell su separación le manifestó que no podía procederse sino por los trámites señalados. «Pues hágalo Vd. en el acto—repuso O'Donnell—ó mando pegarle cuatro tiros».

Felipe Poey, glorioso testigo de aquellos sucesos, que por fortuna vive todavía, comparaba silenciosamente el cambio brusco que sufría

el país al pasar del mando de Valdés al de aquel soldado violento, duro y soberbio. Durante la discusión sustentada el año 1842 en el seno de la Sociedad Económica para expulsar á Turnbull ó mantenerle su carácter de socio corresponsal, hubo Poey de decir que la isla de Cuba no sería feliz hasta que en ella no fuesen libres todos los hombres. En la sesión anterior había manifestado que aunque no conocía personalmente á Turnbull, simpatizaba con sus ideas abolicionistas. Oyó que una voz á su espalda le decía: «Eso puede costarle á Vd. caro». Recapacitando luego Poey, y en el temor natural de que pudiesen llegar torcidamente sus declaraciones á oído del General Valdés, solicitó de éste una entrevista por mediación de uno de sus ayudantes, enlazado con nuestro naturalista por sus aficiones de coleccionador. Entrado Poey en la estancia del General, éste hizo que se sentara, mientras por su parte permanecía de pié. «Seguramente—dijo—le trae á Vd. aquí un asunto de carácter político; pues si fuesen á juzgar á los hombres por sus ideas políticas, á mí me hubieran ahorcado tres veces». Poey, tranquilo ya, creyó sin embargo deber balbucear alguna explicación..... pero Valdés le cortó rápidamente la palabra, preguntándole: «¿por qué no abre Vd. al fin el

Museo?»—«Porque falta dinero, General»—fué la respuesta—Y ¿cuánto?—Trescientos pesos—«Pues, vaya Vd. cuando guste—le dijo Valdés—á ver á D. Joaquín Gómez, á quién enseguida daré la orden de que ponga á disposición de Vd. mil pesos».

Con O'Donnell la isla de Cuba entraba en un período de sombrío despotismo. Luz estaba ya fuera del país, atendiendo en un retiro de Francia á su salud quebrantada; los sucesos relativos á Mr. Turnbull le hicieron aparecer como abolicionista sincero y acrecieron su fama de varón íntegro y justo; pero estas mismas circunstancias habrían de comprometerle muy pronto. Las maquinaciones de esclavistas y negreros, juntamente con las intrigas americanas estaban á punto de dar su más amargo fruto. Tanto se había hablado de conspiraciones y levantamientos de esclavos, que la visión al fin se realizó. El pueblo alucinado creyó un instante, y en el universal deslumbramiento de aquella quimera ensangrentada, la ambición y la codicia pretendieron explotar el terror de los unos y la imbecilidad de los otros.

IX.—MISTICISMO

Corrió por la isla el pavoroso anuncio de la

proximidad del desastre: se había descubierto en Matanzas una vasta conspiración de negros. Su plan era aniquilar en sangre á los blancos y apoderarse de la tierra cubierta de escombros y cadáveres. Se decía también que los blancos ayudaban, alentaban y dirigían la obra inconcebible de su ruina y exterminio. Creyóse, sin embargo, el absurdo. En medio del pánico había desaparecido la razón. Se prendía al blanco lo mismo que al negro, al menestral y al hacendado, al pobre y al rico, y todos temblaban, mientras muchos se ocultaban ó huían despavoridos.

Los fiscales fueron lanzados como hambrienta jauría en todas direcciones. Alguien—(quién?—apenas se sabe)—había revelado que los negros tramaban en la tiniebla de sus tugurios un alzamiento. Debía ser terrible. Nada más se sabía; pero era bastante. Existía la conspiración, preciso era encontrar los delincuentes. ¿Dónde estaban, quiénes eran? Los ministros de la ley entraron en las haciendas, pusieron boca-abajo á los negros desnudos y arremetieron contra ellos á latigazos. Querían que confesasen; si había entre todos ellos una trama, todos lo sabían; preciso era, pues, que declararan, y declararon con efecto lo que se les sugirió y lo que se quiso. Los que no fa-

llecían de dolor, mentían extenuados ó agonizantes. Muchos blancos fueron de esta manera complicados precisamente en la que llamaba la Comisión Militar: *causa de conspiración de la gente de color contra los blancos*. Husmeáronse antecedentes, hozóse entre los papeles archivados en la Secretaría del Gobierno: cuantos hubieron de señalarse en algún sentido, fueron emplazados ó presos. El infortunado Plácido, en vísperas de morir, recordaba que eran *públicos* los *principios de igualdad* de Luz Caballero, «y tanto más *peligrosos*» cuanto que eran *sostenidos* por «un hombre que á su talento excepcional reune un fondo de conocimientos extraordinario». Un negro llamado Miguel Flores le acusó más terminantemente; pero andando el tiempo negó haber prestado todas las declaraciones que se le imputaban, recayendo la sospecha de falsificación en el perverso fiscal D. Pedro Salazar, condenado al fin á presidio. Mientras tanto, Luz Caballero fué citado y emplazado. El edicto llegó á París para advertirle los peligros que podía correr. En el acto tomó su resolución. Ni súplicas, ni exhortaciones, ni ninguna prudente observación de sus amigos, ni las cartas de su familia tuvieron eficacia para contenerle ó aplazar su viaje á la isla. El terror domina-

ba en Cuba, la arbitrariedad y la violencia se habían enseñoreado del país sobrecogido y espantado. Sonaba la hora fatídica en que debía expiarse el crimen de ser abolicionista en medio de los traficantes de esclavos. Luz, sin embargo, no vaciló, y espontánea é inmediatamente se personó en la Habana. Su escudo era su inocencia. Si el negro conspiraba contra el blanco, ningún blanco debía consentir la imputación de complicidad. Si se quería arrasar la isla y ahuyentar de ella la civilización, ningún cubano debía sufrir que se sospechase siquiera de su patriotismo y de su humanidad. Y si en el fondo de tantas iniquidades no existía más que un espantoso error ó una horrible patraña, todos debían comparecer para que pudiera desvanecerse el uno ó desenmascararse la otra. Estos, seguramente, fueron los móviles que decidieron la conducta de Luz Caballero.

Llegó enfermo á la Habana en Agosto de 1844. Estaba en cama cuando se le notificó el día 24 la orden del Capitán General de ser trasladado preso al castillo de la Cabaña, que por lo mismo fué imposible cumplir y se dispuso un reconocimiento facultativo, nombrándose al efecto á los doctores D. Francisco Alonso y Fernández, D. José Lletor Castro-Verde y

D. Agustín Encinoso de Abreu; pero como en su informe del 28 no dieron opinión acerca de si podía trasladarse á una prisión á Luz Caballero, fueron requeridos para que «terminantemente» lo hicieran y en tal virtud declararon con fecha 31 de aquel mes de Agosto, que la traslación á una fortaleza podía resultar funesta á Luz Caballero. En tal concepto, y por fianza que prestó D. Pedro Romay, quedó preso en su propia casa. Allí se presentaron muy pronto el Fiscal D. Pedro Salazar y el Secretario D. José Fernández Cotá, para tomarle su *instructiva* (1). Hasta un año después, próximamente, (10 Junio 1845), no se le tomó lo que llamaban entonces «confesión con cargos» (2). En 18 de Setiembre los Fiscales D. Antonio Lara y D. Antonio Llorens, evacuando el trámite de su conclusión, declararon *infundadas* las imputaciones que se le hicieron á Luz. Celebróse al cabo el Consejo de guerra; pero Luz no se defendió. Había nombrado defensor á D. Andrés María Foxá, teniente de la segunda compañía de voluntarios de Mérito, y éste, en cumplimiento de su encargo, presentó al Consejo en 15 de Octubre, siguiendo instrucciones de su representado, un escrito con las palabras

(1) Véase en el Apéndice.
(2) Véase en el Apéndice.

siguientes: «D. José de la Luz Caballero libra su defensa en el mérito de los autos, y en la justificación del Tribunal» (1). Como tenía que suceder, fué absuelto por sentencia de 8 de Noviembre, que aprobó en 19 del mismo mes el Capitán General, D. Leopoldo O'Donnell. Allí terminó tras dos años de inquietudes é iniquidades lo que sólo era,—como decía Luz de los cargos que se le hicieron—una «barahunda de sugestiones, imposturas y contradicciones».

La decisión y firmeza que había desplegado en ocasión tan crítica, fueron un ejemplo saludable y reanimador para los encausados injustamente y para el país en general. Subió de punto su prestigio, pero amenguó su salud vacilante: quedó tan quebrantado que ya no recobrará el vigor su periclitante organismo: irá —por el contrario—decayendo cada vez más, y al frisar en los cincuenta años, del hombre robusto no quedará apenas nada: su aspecto será el del viejo ermitaño de Ribera: flaco, demacrado, débil; pero en su rostro austero y dulce á un tiempo, reverberará la frente espaciosa con el resplandor de su excitado pensamiento, y dos ojos de espléndida hermosura velarán con la dulzura del amor la intensidad de la mirada.

(1) Véase en el Apéndice.

Desde París su excitación nerviosa era grande, su debilidad excesiva. Todo le hacía daño: las láminas de un libro le imposibilitaban, al desagradarle, para leerlo en ningún tiempo (1). Tenía repugnancia, sin explicárselo, de hacer ciertas cosas, como, por ejemplo, «atravesar de un lado á otro la plaza de Vendóme» (2). La dispepsia era el mal que lo iba consumiendo. «Estaba siempre atormentado por una grande susceptibilidad nerviosa». Dormia poco, á veces dos horas, cuando más, cuatro. Apenas leía ni libros, ni periódicos. Los médicos que le examinaron con motivo de su prisión, informaron que estaba hipocondriaco y que tenia debilidad cerebral. Un cuerpo enfermo, consunto casi, y un cerebro sobrexcitado y empobrecido constituyen precisamente las condiciones propias de los místicos. Cualquier golpe rudo, arrancándole la última fuerza, convirtiéndole la vida en un destierro, hará reaparecer el ardoroso creyente y lo pondrá en comunicación directa con Dios. Ese golpe, por desgracia, no tardará en caer sobre él con el estrago de un rayo.

Al cabo de cuatro años de inútil reposo, quiso trabajar de nuevo por su país, y el 27 de Mar-

(1) Rodríguez, Op. cit., pág. 137.
(2) » » » pág. 136.

zo de 1848 vió fundarse el colegio de «El Salvador». Allí estuvo dos años largos, partiendo el tiempo entre su deber más grato y sus afecciones más puras, es decir, entre su colegio y su familia. Pero en 1850 el cólera cerró el colegio y desoló su casa. Su hija fué una de las víctimas, y ya el noble y amoroso anciano quedará por siempre doblado. Será una tumba abierta esperando la hora de cerrarse eternamente. Buscará en lo adelante aturdirse en su deber, y no tendrá más hijos que sus alumnos, ni más esperanza que la misericordia divina.

He podido leer un fragmento de un cuaderno suyo que cuenta sesenta y ocho páginas manuscritas (1). Es una especie de Diario que empieza el dia 9 de Agosto de 1850 y sólo llega al 29 de Setiembre del mismo año, con el expresivo título de *Lágrimas*. En efecto, son gritos, lamentos y sollozos arrancados por la muerte de su hija, niña de 16 años, dotada de grandes cualidades de corazón y de inteligencia (2).

Háse dicho con razón que «el estilo es el hombre»; y ninguna prueba mejor que aquellas páginas, pues en ellas con ser pocas y ha-

(1) Las trazó con lápiz.
(2) Falleció el 20 de Julio de 1850.

ber sido borrajeadas de prisa, con el úni co objeto de vaciar el dolor, de descargar el espíritu del peso de su absorvente desventura, está todo el gran cubano: escasa imaginación, fluencia de palabras, preocupación de ser exacto, manera escolástica, mucho latín, exuberancia de ternura, pesar desbordante, reminiscencias de iglesia, y sobre todo el padre anonadado y el místico. «Dudas y dudas por do quiera. ¿Dónde están esas evidencias?» es el grito que brota de su lacerado pecho.

Corazón sensible y agradecido, consigna los nombres de los que van á verle, de los que comparten su pena, de los que lloran con él. Alma austera, no falta en tanto á sus deberes, y áun apunta que para él «primero es la obligación que la devoción». Está abrumado: escribe á todas horas, en todo momento en que pude consignar algo en el Diario, que es una conversación de ultra-tumba con su hija muerta y una invocación incesante á Dios. Todo lo vé oscuro y triste: «El día es una mancha negra sin fin para mi alma; la noche, lo mismo que el día. Dios mío! Dios mío! ayúdame á llevar la cruz que descargaste sobre el más flaco de los mortales». «Deusin adjutorium meum intende».—«Domine ad adjuvandum me festina».

Y, sin embargo, no hace más que pedir que sean para él sólo todos los sufrimientos. «Siempre pido á Dios descargue todos los males sobre mí, *sobre mí no más*».

En ese estado de debilidad física y de abatimiento moral surge el hombre primitivo: «Dios oyó mis *preces*, y mejor las tuyas, hija de mis entrañas, pues tú no cesarás de hacerlas por quien más las necesita, y á quien más querías, por tu madre asolada y amantísima». «Yo no hago más que acudir con mis balidos á las llamadas del Pastor, de aquel Pastor que dá la vida por sus ovejas».....

El misticismo llega á ser en esa situación moral, la única verdad, la mejor filosofía: «Cada vez más firme en MI ANTIGUO TEMA, que los místicos han sido *los únicos* que se formaron *ideas exactas* de la humanidad. In hac lacrymarum valle»—«gementes et flentes», *probación*, *tránsito* para mejor vida, *no hay filosofía más profunda*: es la expresión de la Divinidad sobre la humanidad».

El tráfago de la vida práctica, las necesidades de su profesión, el amor á sus alumnos, los sucesos públicos, el tiempo, sobre todo, apaciguarán poco á poco su dolor; pero el místico más ó ménos templado, vivirá en él hasta el último día. El mundo, á sus ojos siempre hú-

medos, no tendrá más que dos polos de atracción; en el cielo, Dios; en la tierra, el deber. Su vida, en lo adelante, será amarga, y puede compendiarse en dos palabras: austeridad y religión.

VII.—EL COLEGIO DE «EL SALVADOR»

El Colegio venciendo grandes obstáculos reanudó sus tareas, y allí vivió él casi siempre. Recuerdo como si fuera ayer, que yó, de diez años de edad, solía ir, á eso de las cuatro de la mañana, en busca de algún diccionario de biblioteca. Empezaba á despertar apenas el establecimiento, y sólo una parte iluminaban los mecheros de gas; miéntras yacia la otra en la penumbra indecisa de la madrugada. Por las galerías desiertas, más de una ocasión la moribunda luna, al derramar su luz argentada y fantástica al través del platanal y las blancas columnas, me permitió ver á lo lejos al noble anciano, descubierta la cabeza, paseando lentamente á la vista del claro cielo, y de vez en cuando mientras me acercaba á él llegaron á mi oído frases de los salmos del Profeta, escapados de sus labios que murmuraban oraciones. Una hora después, todos los alumnos, de pié en la espaciosa sala, seguían en alta voz al

dulce maestro que entonaba el hermoso rezo de cada mañana, para dar gracias á Dios por la tranquilidad de su sueño y pedirle que los lavara más y más para que fueran «más blancos que la nieve».

Durante algún tiempo los sábados de cada semana fueron días consagrados á *las pláticas*. Todos los bancos de las clases y cuantos asientos podían haberse, se colocaban con orden y simetría al rededor de una silla de madera pintada de negro, que quedaba en el centro. A la una de la tarde, alumnos y profesores, y á menudo personas extrañas al establecimiento, ocupaban aquel lugar con ansiedad y contento. Poco después, y en medio del más completo silencio, el maestro se acercaba despacio, recogido en grave meditación y trayendo en la mano algún volumen: comunmente, uno en cuarto mayor, de pasta holandesa oscura, muy sobrecargado de marcas: eran las epístolas de su amigo, el grande y admirable San Pablo. Sentábase apenas al borde de la silla, así leía un trozo del libro y comenzaba su plática, que era siempre un comentario lleno de unción de las palabras del texto. Muy pequeño era yo cuando, confundido entre mis compañeros, asistía también á aquellas conferencias que seguramente no podía entender;

pero de las que he conservado la impresión general, la imagen palpitante, el cuadro vivo y animado: un hermoso grupo apostólico, multitud de niños y de hombres, de pié unos, sentados muchos, fija la mirada, absortos, silenciosos, y en medio de todos, el anciano como un padre entre sus hijos, como el patriarca entre la tríbu, con ademán inspirado, brillantísimos los negros ojos, y su palabra robusta extendiéndose vibrante por las desiertas galerías.

Algunas veces hablaba en aquellas pláticas de algún discípulo arrebatado por la muerte: otras del profesor, «del malogrado Fúnes»—por ejemplo. San Mateo reemplazaba á ocasiones á San Pablo.—Pero también solía serle imposible á José de la Luz Caballero aquel noble ejercicio. Sólo veinte y seis días después de perder á su hija pudo recomenzarlo. En el intermedio, lo más que se sintió capaz de hacer fué entregar á José María Zayas, para que los leyera á su nombre, los cuatro renglones siguientes: «La religión es lo más que enternece mi pecho, y así no puedo dirigiros la palabra estando todavía la herida tan reciente, hijos míos. ¡Qué nombre para un padre que lo fué!» Y, sin embargo, «siendo un árbol viejo, pero no carcomido», se sentía—á pesar de sus en-

fermedades y pesares—«mientras más viejo, más espartano».

Hablaba también y entónces á numeroso público, la última noche de los exámenes generales del Colegio, en el mes de Diciembre de cada año; pero siempre sobre algún asunto de educación, y—por desgracia—muy amenudo. su acento era triste, por más que dijera: «no vengo á quejarme de los males con que lucha aquí la educación, pues suelen convertirse las quejas en vanas declamaciones». Esa costumbre no duró mucho. Desde que una enfermedad en la lengua le impidió cumplir lo que él llamaba su «deuda de palabra» con el público, quedó establecida la práctica de que en su nombre lo hicieran sus discípulos. El primero que llamó para sustituirle fué Antonio Angulo y Heredia: al año siguiente, fueron Jesús B. Gálvez y Enrique Piñeyro (1). No olvidaré jamás la última de esas noches por siempre memorables, en que á pesar de haber leído dos discursos notables los discípulos «escogidos», [illegible]

(1) Después de su muerte [illegible] «El [illegible]» [illegible] El [illegible] [illegible] discípulos [illegible] [illegible]

impaciente el público por oirle, le condujo á la sala una comisión de amigos, cuando casi no podía sostenerse. No sé realmente lo que entonces dijo, ni creo que lo haya sabido nunca; más estoy oyendo todavía—como quien dice—las salvas estrepitosas de aplausos, la conmoción del concurso, el júbilo de todas las fisonomías: le veo á él también, de pié, vacilante, pero luminoso de inspiración, echada hacia atrás la cabeza, levantadas entrambas manos á lo alto, en la majestuosa actitud de un profeta bíblico; y ahora mismo resuena en mi oído y vivirá por siempre en mi corazón, la soberbia frase final, que es un Evangelio entero, que era sin duda la condenación más terminante de la afrentosa realidad, de aquel modo de ser, —de la colonia y de la esclavitud: «*Antes quisiera, no digo yó que se desplomaran las instituciones de los hombres—reyes y emperadores,—los astros mismos del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral*».—El siglo actual, seguramente, no ha oído palabras mejores, ni más hermosas, ni más elocuentes; palabras que parecen sonar como campanas echadas á vuelo, anunciando fragorosas un nuevo Apocalipsis; y si desde entonces no se han desmoronado las viejas murallas de la ciu-

dad maldita, es porque sus cimientos enterrados en la podredumbre están demasiado hondos; acaso porque muchos para no oir el estrépito de aquella trompeta se cubrieron la cabeza con el manto; quizás también, porque así estaba escrito!

Basta imaginarse aquella predicación anual, elocuente y dignificadora, que recogía conmovida la sociedad culta; aquellas fulgurantes pláticas; la propaganda convencida y ardiente de principios morales, puros, grandes, evangelizadores, y será fácil comprender la influencia sorda, casi sin ruido, pero profunda, de aquel hombre superior, la majestad permanente y sencilla de su actitud, y el culto sincero y merecido que se le tributaba. El país entero supo, al fin, que había en él un hombre realmente grande, que era á un tiempo realmente íntegro, y enorgullecido no hubo quien no aspirase al honor de que sus hijos pudieran llamarse discípulos de aquel maestro. El colegio prosperó, de ese modo, y allí estuvo su centro de acción más duradero, más considerable y más fecundo. De aquel colegio no podría yo hablar sin apasionamiento:—*alma mater* de mi espíritu, fué también mi casa y mi familia. Mas, si bien es cierto que tan excelente institución era lo más completo de ese género que

ha habido nunca en la isla de Cuba y que allí se estudiaba y se aprendía mucho, así como se templaba realmente el carácter—lo que me figuro que es hacer de ella el elogio supremo,—no puedo, sin embargo, dejar de reconocer que tenía influencia en el desenvolvimiento intelectual, á pesar de su plan de enseñanza, y que, en el desenvolvimiento moral, no siempre, en todas las esferas, obedecía á las tendencias de su fundador. Intervenía en ello un factor muy poderoso, que era el espíritu del país. Él interpretaba las máximas y aforismos, las palabras y los discursos, y así lógicamente los enderezaba por un rumbo diferente. Los niños y los jóvenes de toda la isla—de Camagüey, de las Villas, de Oriente, de Güines, de Matanzas,—venían á educarse allí y allí vivían: traían sin saberlo, de los cuatro puntos del horizonte, aspiraciones generosas y enérgicas, y animados de ese espíritu deducían las consecuencias análogas que en sí misma contenía en potencia, la enseñanza moral, viril y elevada, de José de la Luz Caballero.

Una comunicación franca y constante entre alumnos y profesores y cierto sentimiento de amorosa fraternidad que los ligaba á todos, bajo la mirada santificadora del maestro, hacían del Colegio una como atmósfera libre, donde se

cambiaban todas las ideas; una inmensa colmena en que el trabajo era insensible, provechoso y saludable. Esta era por tal manera una agitación suave y permanente que por fuerza tenía que ser fecunda. Pero José de la Luz Caballero sólo desempeñó clases los primeros años de su dirección. Después las inspeccionaba todas, pero no dió personalmente ninguna, áun antes de trasladarse el colegio en 1859 al barrio del Cerro; así es que, bajo el punto de vista científico, apenas si tuvo él alguna influencia en los últimos años de su vida. Sometido el colegio, por otra parte, al plan de estudios que lo hacía depender primero de la Universidad, y luego del Instituto oficial de Segunda Enseñanza, no inculcaba ninguna doctrina, ni en ciencias, ni en filosofía. Al contrario, era de lamentarse el error funesto de la falta de unidad, de la existencia de contradicciones esenciales. En el fondo, en la base, el Padre Ripalda y el Abad Fleury ponían la primera piedra. En la cúspide, repartíanse la labor, en proporciones desiguales, Kant, Tiberghien, Bálmes y, alguna vez, el P. Perrone, el alma del Concilio Vaticano. Si alguna doctrina se infiltraba en los ánimos, era el espiritualismo francés, por medio del tomo escrito en colaboración por Amadeo Jacques, Emilio Saisset y Julio Simón. El espíritu lite-

rario, que el fundador tan justamente había combatido, predominaba, sin embargo, sobre el espíritu científico. La química, al cabo, estaba reducida á un conocimiento descriptivo de manual; la Historia Natural al árido cuaderno de Delafosse y al indigesto compendio de Galdo. No así la física, que enseñó corto tiempo el Dr. Francisco Zayas, que luego hicieron estudiar, en épocas distintas, bajo su aspecto matemático, Cárlos Sánchez Benítez y Joaquín García Lebredo. La astronomía se cursaba por el texto de Smith, ó por las nociones de Verdejo ó de Palacios. Las clases de matemáticas eran numerosas y parecían las preferidas, como hace años sucedía en los *Gimnasios* de Alemania. Lebredo desempeñaba con extraordinario éxito las superiores, y á ese respecto me es grato añadir que oyéndole un día una de sus explicaciones de Geometría Analítica no pude ménos de confesarle que por primera vez había comprendido por qué se decía que las matemáticas eran sublimes. Mientras el ilustrado Vice-Director enseñaba á descifrar del griego el celebrado discurso *pro-corona* de Demóstenes y á desentrañar las burlas de Luciano en los Diálogos de los Muertos, en clases que antes había regenteado con singular competencia Cláudio Vermay;—ó daba á conocer

el sentido profundo de la «Crítica de la Razón pura»;—ó lograba que los niños hiciesen con la pasmosa rapidéz de Mangiamele ó de Solá difíciles cálculos mentales;—Jesús Benigno Gálvez explicaba las reglas y los órdenes de arquitectura; Joaquín Barnet la geografía política ó nociones de anatomía y fisiología; José Manuel Ponce daba clases en que la lengua de todos era el inglés, que enseñaban Ambrosio Aparicio, ó J. C. Zenea, ó Carlos Plisset; mientras Adolfo G. Duplessis enseñaba el francés; otros profesores el latín y la instrucción elemental, como Honorato del Castillo, Gabriel Pichardo, Antenor Lescano; y un polaco de tenaz misticismo y estupenda memoria—José Podbielski—mezclaba sus devaneos sobre Dios y sus reminiscencias del filósofo Trentowsky con la expresión más exacta de la estadística geográfica de toda la tierra. Las clases de historia universal y de literatura—en los mismos lugares en que las había explicado Luís Felipe Mantilla y en que explicó después otras asignaturas el ilustre Luís Ayestarán,—eran las delicias de los alumnos porque las desempeñaba Enrique Piñeyro, favorecido por la naturaleza con el privilegio del gusto y la gracia seductora de la dicción.

No obstante, si es verdad que había un espí-

ritu, particular y propio del colegio, algo como el alma vaga y flotante de la colectividad, no puede del mismo modo afirmarse que hubiese un sistema general, ni pudiese haberlo; por lo que no es sorprendente que, con tan magníficos elementos, se enseñasen cosas absurdas, se mantuviesen cosas viejas y ya olvidadas, y se descuidasen las novedades fecundas. De este modo se explica también que con un profesor tan competente en historia que sabía escribir para una Revista estudio profundo sobre Roma en que seguía la crítica de Niebhur y de Mommsem, nunca hubiésemos dudado los alumnos de las relaciones de Tito-Livio sobre los orígenes del Pueblo-Rey. En estética, verbi-gratia, la clase, por exigencias de la Universidad, seguía «á Gioberti, que es un pobre filósofo», mientras el profesor se inclinaba entonces «á Hegel, que es un profeta» (1). Tengo muy presente que en 1868, ya pasado mi bachillerato, fué cuando, por primera vez, oí mentar á Darwin en una conversación particular con el hombre ilustrado que era entonces Director del colegio; y eso que iban corridos nueve años desde que empezó á conmover el mundo

(1) Palabras de Piñeyro, en una famosa polémica sobre las artes con el Dr. D. Ramón Zambrana, en 1865 ó 1866.

científico la obra capital del naturalista inglés sobre «El Origen de las Especies».

Aunque, bien pensado, es preciso convenir en que no podía ser otra cosa. El colegio no era independiente, y pesaba más sobre él que sobre cualquiera otra institución local, vigilante prevención y sañuda suspicacia. Lo que él inspiraba, sobre todo, era amor á la ciencia, al saber (1); mientras sembraba en los ánimos gérmenes sanos de moralidad y de nobleza viril (2); lo cual era, en verdad, alcanzar demasiado y alcanzar lo mejor.

El colegio era también, en más reducida esfera, una especie de centro de caridad para los indigentes. Desde 1865, poco más ó menos, y durante algún tiempo, su Director D. José M. Zayas, estableció una escuela dominical, con sus mismos profesores, para enseñar á los niños y á los jóvenes pobres del barrio. Él mismo, por esa época, dió un curso, también dominical, de filosofía, explicándola históricamente, y en él puso á contribución los trabajos

(1) «En el colegio no podreis hacer estudios fundamentales. .» Discurso de E. Piñeyro. 1865.

(2) «Tratamos, pues, de que comprendan nuestros alumnos que cada hombre lleva consigo cuanto necesita para recorrer el espacio de su vida...»

«Más á la severidad con sus propias acciones, debe agregarse el espíritu de amor y de moderación para con sus semejantes».—De un Discurso de J. M. Zayas,—1865.

más recientes y las últimas noticias de las revistas extranjeras.

En realidad, el espíritu del colegio había sido y siguió siendo el espíritu mismo del país; y por eso, cuando en medio del aparente y universal reposo se sintió temblar el suelo, al sonar angustiosamente una hora solemne de prueba, aquella santa casa se quedó vacía. El frío y el silencio se hospedaron en las tétricas naves, y al fin, ausente el sacerdote, rotas las aras y apagados los cirios, quedó por siempre abandonado.

Hoy—velando su interior á la mirada del caminante,—es el refugio que la piedad de algunos vecinos ha conservado para algunas niñas pobres, como si quisiese advertirse por tal manera que aquella casa solo puede destinarse ya á objetos nobles y santos. Porque—en efecto,—allí hirvió todo un mundo, grande de luz y de belleza; allí se realizó una hermandad sincera y fecunda; allí hubo religión, ideal y pátria; en medio al mercantilismo de nuestro siglo, á la materialidad de la vida colonial, parecía haberse trasladado allí un pedazo de la risueña Galilea del siglo primero; allí el entusiasmo encendió corazones para el bien y para el sacrificio; allí la fé reclutó soldados para la lucha y mártires para el cadalso: allí se encerraba, como en preciosa redoma, el per-

fume de virtud y de purísimos anhelos que pudieron desprenderse de una sociedad gangrenada. En el seno de la colectividad, minada por el vicio, irritada por la injusticia, enconada por el ódio, aquella casa era un oásis apacible de esperanza, de fé y de ventura moral. Pero era más todavía: era un templo consagrado á cuanto digno, noble y elevado se ofrece al respeto y al amor de la humanidad.

Y aquel hombre grande que lo fundara, logró sin proponérselo como un fin calculado, formar en torno suyo un ambiente tibio de paz, de confianza y de pureza que penetraba y dominaba las almas con la fuerza mansa de una religión espiritual. Su secreto consistió en hacerse amar, y ese precisamente fué también el grande, el único secreto de Cristo.

La última vez que le vieron sus alumnos, iba á acabar. Decía, de sus heridas: «Como [illegible] hay muchas en el cementerio». En una campanilla que estaba junto á él: «Esta es mi lengua». Quiso prolongar la vida y pedirla entrevista en que se [illegible] llorosos, porque [illegible] discípulos. Sus ojos, [illegible] «mi alma [illegible] mi corazón». El [illegible] 1872 [illegible]

tud y el amor que se habían asociado en el espíritu de un hombre superior, todo eso tan sublime y tan vano, estuvo extendido hasta el siguiente día, sobre un catre revestido de paños negros, en la rígida y repelente consagración de la muerte. En la tarde del 23, hubo una muestra espontánea é imponente de duelo público. El dolor del país fué unánime, y era ciertamente muy legítimo. El cubano más grande de su tiempo, y el mejor que haya nacido, fué llevado en universal consternación á un nicho del camposanto. Los que conducían en hombros su cadáver, escoltaban la escoria sagrada de un milagro: un hombre íntegro, justo, santo,—todo amor, caridad y ciencia,—que había brotado y vivido, como la flor divina de un estercolero, en la podredumbre de una factoría de esclavos!

Próximo el momento supremo de lo que *él* llamaba un *tránsito*, algunos hombres sencillos que le atendían en su triste enfermedad, comisionaron á uno de sus deudos (1) para proponerle la confesión religiosa. Tímidamente se acercó al agonizante anciano, y le comunicó el piadoso voto. Sonrióse con infinita compasión el angélico moribundo, y bañando á su interlocutor confuso en la lumbre de ine-

(1) D. José María Romay.

fable mirada, exclamó conmovido y humilde: «Siempre, durante toda mi vida, —hijo mio, —he estado bien con Dios». ¡Estas palabras, sencillas y admirables, son el resúmen exacto y cabal de toda su existencia! Mas pudiera añadirse que del mismo modo estuvo siempre bien con los hombres. Fué santo; pero fué también patriota. Pensó mucho, intensamente, en Dios, y se le acercó cuanto fué dable al barro divinizarse. Amó así mismo á los hombres; amó, sobre todo, á su pátria, que solo pudo ofrecerle campos de fatiga y afanes y horas mortales de incertidumbre, de congoja y de vergüenza. Ella, precisamente por eso, le necesitaba más que Dios. Próximo á consagrarse á la vida eclesiástica, descendió del altar, para ocupar la cátedra, para enseñar, para bregar por sus hermanos. Quiso ilustrar su mente, santificar su espíritu, dignificar su vida. En la mísera abyección del colonato se atrevió á aspirar, para sus conterráneos, á una pátria engrandecida y á un porvenir más digno y más feliz. Abrió el sendero de la verdad científica y despertó el entusiasmo por ella. Su sabiduría, sus doctrinas, su enseñanza, fueron una novedad en su tiempo; por ellas es en Cuba, en el órden intelectual, un renovador, algo —por ejemplo—como fué Descartes para la Fran-

cia. Identificó la filosofía con la pátria, la verdad con la justicia; combatido por ellas, vió confundido su nombre con cuanto significaba el bien y progreso de la comunidad. Sus paisanos le llamaron «el filósofo» para decir también con una sola palabra «el patriota»; esto es, lo más grande y mejor; y eso explica cómo un hombre humilde y pacífico pudo ser y fué, al cabo, la personificación de los sentimientos más vários, y que por tal razón lo juzgase suyo lo mismo el patriota moderado que el revolucionario. Êl no fué, empero, y en la acepción común del término, hombre de acción. Su tiempo no consentía tampoco mucho más de lo que se hizo, que fué por otra parte pobre y estéril en definitiva. La esclavitud había envenenado el país y los cubanos mejores desconfiaban de sus fuerzas, veían su población escasa envuelta por una piara de esclavos y doblada hasta el suelo por la mano de hierro de sus señores. No disputó por eso quizás, el dominio de la tierra al César; pero se empeñó en arrebatarle el dominio de las almas. Y mientras el uno inconscientemente enflaquecía ó nublaba las conciencias, el otro las iluminaba y enaltecía.

Esa fué su excelsa misión, y en ella al ménos pretendió ser un verdadero artista. Afanóse por crear hombres vivos, como otros crean

hombres de mármol inerte; por crear hombres y ciudadanos, allí donde la naturaleza, la historia y la política parecían confabularse siniestramente para que no hubiera más que siervos y tiranos. Enfermo desde temprano, luchó sin embargo cuanto pudo, y al fin se rindió extenuado. Dejó á su patria el ejemplo de su vida, una vida sin mancilla, el prodigio de haber vivido siempre entre tentaciones, entre bajezas y miserias, sin contaminarse nunca.—En su modesta esfera y desde el rincón de su colegio realizó un tipo admirable de hombre. Existió perpétuamente inmaculado, y soñó constantemente con la felicidad y la gloria de su patria. Él la buscó por senderos apacibles. Otros después la buscaron también, pero entre abismos y tempestades. La patria fué para todos, para él y para ellos, algo semejante á esas ciudades maravillosas que el mirage ofrece como una realidad consoladora al sediento peregrino, el cual las sigue, encantado, jadeante, creyendo cada momento alcanzarlas en su constante y siempre burlado afán, hasta que cae al fin, cansado, exhausto, no desengañado todavía, viéndolas sin cesar en su fantasía calenturienta, en tanto que á sus piés arde y se extiende como océano sin riberas, el yermo desierto de arena!

APÉNDICES.

I

CARTA DE JOSÉ ZACARIAS GONZALEZ DEL VALLE

Á

ANSELMO SUAREZ Y ROMERO.

Setiembre 15 de 1838.

Suarez querido:

Dias hace que no sé si vives ó si mueres. ¿Qué diantres te ha sucedido? ¿Ya acabaste de leer á Balzac?

Ayer asistí á la apertura de la clase de Filosofía que en el convento de Sàn Francisco da el por tantos títulos apreciado D. José de la Luz. Pronunció un discurso largo como de hora i media para descubrir su plan de estudio, hoi que tan reñidas disputas trabajan á los partidarios de las diversas escuelas filosóficas. Fué

su blanco esclusivo la de Cousin que él reputa como un *espiritualismo* embozado. Hazte cuenta que habrá unos quince dias nos encontramos el Sr. Luz i yo en la Universidad i estuvimos hablando largamente, cada uno en defensa de sus opiniones filosóficas sin convenir en muchos puntos; i que al oir yo repetirle desde lo alto de su cátedra i en medio de su concurrencia numerosa los mismos argumentos reforzados por algunos mas, ó mas bien, desenvueltos lójicamente; por débil i mezquino que al lado de una reputación como la suya me considerase, no podia contener mi deseo de vindicar á Cousin, tanto mas cuanto que de todos los asistentes estoi seguro que yo solo era el cousinista. Así fué que cometí la importunidad de acercármele cuando bajó de la cátedra, i de decirle sin reparar en lo cansado que estaba que habia sido en alguna parte injusto con Cousin, que este tachaba con razon al Conde de Verulamio de sensualista, porque dice que cuando la intelijencia humana obra sobre la materia hace cosa de provecho, i cuando sobre sí misma i sus misterios, *teje como la araña* mui sutiles telas, pero mui inútiles i frívolas. —*Sicut aranea texens telaru* dice Bacon. A lo cual me contestó el señor de Luz en estos términos: *pues bien*, Valle, *quite V. eso de la*

araña i vea V. si lo demás de Bacon no es escelente. Díje entónces que Bacon quiso en Filosofía una reforma *ab imis fundamentis* i que eso era despreciar la historia. En fin, mediaron algunas cortas esplicaciones i viéndolo cansado por estremo i que los demás lo llamaban, yo también lo invité á retirarse i cedí. Nada más hubo; sin embargo varios me atribuyeron siniestras intenciones, otros importunidad, i yo quiero que tu sepas el cuento por si acaso te hallas por ahí con quien lo haya sabido mal i rectifiques, si se ofrece i nada mas, la opinion.

Por la tarde estuve en el Real Colejio Cubano para oir el discurso de apertura de su clase de Filosofía que pronunció Manuel. Asistió D. José de la Luz, i no bien me discirnió al concluir, vino á donde yo estaba i me abrazó con cariño diciendo jocosamente: «á este es á quien yo quiero convertir»; con cuyo motivo se renovó la disputa i quedamos conformes, reconociendo él los estravios de Bacon que yo le apuntaba, i venerando yo por mi parte el jenio de Bacon i sus eminentes servicios por las luminosas observaciones que me hizo el señor de Luz con aquella profundidad i tino de convencimiento que lo distinguen.

—

Por el Diario sabrás ya de esa nueva publi-

cación titulada «El Plantel,» que dirijen Echevarría i Palma. Mui pronto debe repartirse el primer número, en el cual sale mi última novelita titulada *Carmen i Adela* que apenas cuenta de vida una semana.

Nada me has dicho de nuevo sobre mis observaciones acerca de la novela *Petrona i Rosalia.* Yo la juzgo descarnada, desprovista de arreos novelescos, de tiempo, de accion, de buen artíficio en suma; pero interesante, fiel, trascendente i necesaria para morijear i rectificar nuestras costumbres.

Tuyo afmo.,

JOSÉ Z. G. DEL VALLE.

II

«INSTRUCTIVA DEL ABOGADO

DON JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO».

Preguntado, si sabe ó presume cuál sea la causa de hallarse guardando arresto en la actualidad:

«Contestó, que por habérsele intimado la orden de prisión del Excmo. Sr. Capitán General, por conducto del Sr. Sargento Mayor de la Plaza, por complicidad que le resultaba en la causa de conspiración de negros en esta Isla.»

Preguntado si en esta capital ú otro punto había conocido y tratado á Mr. David Turnbull, cónsul que fué de S. M. B. en esta isla, espresando en tal caso qué relaciones tuvo con él y cuando fué la última ocasión que le vió;

«Contestó, que habrá cosa de cinco años le fué presentado en calidad de viagero instruído en una corta mansión que hizo en esta isla, antes de ser Cónsul y aun de haber publicado su obra sobre este país; habiendo tenido con él todas las atenciones que se tienen con un extranjero en tales casos. Volvió después Turnbull á la isla en calidad de cónsul, y entonces fué éste á visitar al declarante, quien le pagó la visita, y aquí concluyó todo: que las ocupaciones por un lado y los males que bien pronto empezaron á abrumarle por otro (hace cerca de cuatro años) le hicieron desaparecer completamente de la escena del mundo.»

Preguntado si podía determinar cuántas ocasiones y en qué fechas visitó à Turnbull después que tomó posesión de su consulado:

«Contestó, que sólo la vez á que se ha contraído en su anterior respuesta, fué cuando únicamente estuvo en su casa, no teniendo presente la fecha, aunque es fácil averiguarla porque fué recién llegado aquel funcionario á esta capital en calidad de cónsul.»

Preguntado en qué sociedad y por quién fué presentado la primera ocasión á Turnbull:

«Contestó, que en casa del Dr. Madden, médico de profesión é individuo de la Comisión Mixta, amigo suyo.»

Preguntado si recordaba los motivos sobre que giró la conversación:

«Contestó, que la conversación fué miscelánea, como suele ser en toda mesa, recordando que se habló mucho, entre otras cosas científicas, de Meteorología, señalando las diferencias entre los fenómenos tropicales y los de los climas europeos, habiendo hablado todos indistintamente sobre la materia.»

Preguntado quiénes eran las demás personas presentes:

«Contestó, que formaban parte de la sociedad la familia del citado Madden y otros extranjeros del comercio, cuyos nombres no recuerda, hallándose también varias señoras extranjeras, entre ellas la esposa del referido Madden.»

Preguntado dónde vivía entonces Mr. Turnbull:

«Contestó, que en la Calzada de San Luis Gonzaga, donde es público y notorio que vivió dicho sujeto.»

Preguntado si fué sólo á aquella visita:

«Contestó, que fué sólo y le encontró acompañado de su esposa, la cual le hizo el cumplido, por hallarse él á la sazón en las piezas interiores y sin que durante aquel acto compareciese otra persona.»

Preguntado sobre los particulares de la conversación:

«Contestó, que la visita fué breve y versó la conversación sobre particulares indiferentes y usuales en semejantes casos.»

Preguntado si tuvo relaciones de amistad con el Secretario de Turnbull:

«Contestó, que jamás.»

Preguntado «si por casualidad» habló alguna ocasión con Mr. Turnbull respecto al proyecto de emancipación absoluta de la esclavitud en esta Isla:

«Contestó, que nunca».

Preguntado si sabe ó ha llegado á presumir que Turnbull hubiese tratado de promover especies que tuviesen por objeto excitar la esclavitud para que obtuviese su absoluta emancipación:

«Contestó, que ha oído decir lo que generalmente se ha contado sobre el porticular».

Preguntado si recuerda haber visitado ó frecuentado alguna Sociedad cerca del Convento de Paula, á la que concurriese una que otra vez Mr. Turnbull:

«Contestó, que es la primera noticia que tiene de semejante Sociedad.»

Preguntado si no tiene presente haber concurrido nuevamente á la casa de Mr. Turn-

bull en la época del gobierno del Excelentísimo Sr. D. Jerónimo Valdés, y en tal concepto si lo verificó acompañado de un jóven inglés, expresando asímismo el objeto:

«Contestó, que nunca, ni solo, ni acompañado durante el tiempo á que se contrae la pregunta.»

Preguntado si tampoco tiene presente haber hecho alguna entrega de dinero á Mr. Turnbull y con qué objeto:

«Contestó, que jamás en su vida ni á mister Turnbull ni á nadie de este mundo ha entregado cantidades de dinero.»

Preguntado si tiene presente haber conferenciado con alguna persona acerca de la posisión ventajosa en que se halla el castillo *Número 4*:

«Contestó, que jamás ha hablado de castillos.»

Preguntado si ha conocido en esta capital al pardo extranjero llamado Luis Gigaut:

«Contestó, que en estos días, á su regreso de Francia, es la primera vez que lo ha oído nombrar.»

Preguntado si durante el gobierno del Excelentísimo Sr. D. Jerónimo Valdés ha llevado relaciones íntimas de amistad con el Doctor D. Santiago Bombalier, Ldo. D. Manuel Mar-

tínez Serrano, D. Domingo del Monte, D. Juan de Dios Corona y demás individuos que se nombran en esta actuación, que para la debida inteligencia del declarante se le indican por el Fiscal:

«Contestó, que conoce al Dr. Bombalier, que por muchos años ha llevado relaciones de amistad con los Ldos. Manuel Martínez Serrano y D. Domingo del Monte, y que respecto á las demás personas indicadas, unas conoce y otras nó, sin contraerse á épocas determinadas; pero de seguro no ha estado en contacto con ellas durante el gobierno del Sr. Valdés.»

Preguntado si con anterioridad habló el declarante con el Ldo. D. Domingo Delmonte y demás individuos que se le han indicado, sobre particulares relativos al proyecto de emancipación absoluta de la esclavitud en esta Isla:

«Contestó, que nunca.»

Preguntado si ha llegado á su conocimiento que algunas personas notables del país hayan influído de acuerdo con Mr. David Turnbull para que se llevase á efecto el referido plan de emancipación, y en qué términos:

«Contestó, que jamás.»

Preguntado si ha llegado á su noticia que ciertas personas mezcladas en el indicado pro-

yecto hayan influído fuera del país para su realización:

«Contestó, que jamás.»

Preguntado si tampoco haya podido comprender el objeto y fin que hayan tenido ciertos movimientos que se advirtieron en las fincas del campo á fines del año próximo anterior y principios del aetual:

«Contestó, que hallándose en Europa á la sazón no puede determinar el objeto y fin de tales movimientos: allí llegaron las primeras noticias como alzamientos parciales de algunas fincas, y por consiguiente de todos fueron calicados como las demás sublevaciones negreras que de cuando en cuando han estallado en la Isla; después fué cuando los periódicos comenzaron á hablar de una conspiración más general con ramificaciones en varios puntos de la Isla, que se decía descubierta por el Gobierno.»

Preguntado si no tiene algún dato para presumir que en esos movimientos hayan influído poderosamente ciertas personas interesadas por sus fines y principios, ansiosas acaso de obtener por semejantes medios, innovaciones respecto al sistema de gobierno que rige en esta Isla:

«Contestó, que ni tiene, ni cree que puedan existir semejantes datos.»

Preguntado en qué fecha se ausentó el declarante de esta capital y á qué punto se dirigió, es decir, la última vez que lo verificó:

«Contestó, que el veinte y nueve de Mayo de mil ochocientos cuarenta y tres partió de la Habana para New-York, donde se embarcó al cabo de quince días para Havre de Gracia, á cuyo punto llegó el veinte de Julio y por fin á París el veinte y cuatro del mismo; habiendo residido constantemente en esa Capital hasta su regreso en quince de Agosto próximo pasado».

Preguntado si puede manifestar el objeto de ese viage:

«Contestó, que su objeto es de pública notoriedad y aconsejado además por facultativos de nota: el restablecimiento de su salud, como consta al mismo gobierno de la Isla».

Preguntado con qué personas de está Capital ó de otros puntos de la Isla ha llevado correspondencia durante su ausencia:

«Contestó, que con ninguna, por su casi imposibilidad de escribir sin grave detrimento de su salud, como consta á la Isla entera; no habiendo escrito más que algunas esquelas á su consorte, que más bien pueden llamarse partes de salud; lo qne pueden certificar igualmente cuantos le vieron en París y sobre todo los primeros médicos de dicha capital».

Preguntado si durante su asiento en París tuvo alguna entrevista con el Ldo. D. Domingo Delmonte:

«Contestó, que lo veía familiar y frecuentemente (pues no ha tenido motivos para lo contrario) como sucede entre amigos y paisanos».

Preguntado si en alguna de sus conversaciones el Ldo. D. Domingo Delmonte le habló sobre Mr. David Turnbull y de los proyectos que este tenía entre manos para que se llevase á efecto la emancipación de la esclavitud en esta Isla:

«Contestó, que nunca».

Preguntado si absolutamente recuerda haber tratado de esos particulares con ninguna persona:

«Contestó, que con nadie».

Preguntado si no tiene presente haber oído decir que tanto D. Domingo Delmonte como otras personas hayan trabajado eficazmente de acuerdo con Mr. Turnbull para que se llevase á cabo la expresada emancipación:

«Contestó, que ha oído hablar generalmente y hasta con indignación sobre el particular como una imputación que se le hacía en esta causa; teniéndola todos por una solemne impostura».

Preguntado si el declarante juzga libre de

responsabilidad al Sr. Delmonte en la presente causa y qué fundamento tiene para ello:

«Contestó, que la pregunta no está bien hilada y por tanto se abstiene de contestarla».

El Fiscal manifestó al declarante que su objeto al hacerle la anterior pregunta se contraía á que consignase su opinión respecto á los sentimientos del Sr. Delmonte en la cuestión de emancipación y que al mismo tiempo expresase si le consideraba capaz de haber influído en los acontecimientos que á fines del año anterior se advirtieron en la jurisdicción de Matanzas y Cárdenas; pues habiendo llevado estrechas relaciones con dicho sujeto muy bien pudiera emitir su opinión sobre el particular:

«Contestó, que en primer lugar que la prueba de que la anterior pregunta no estaba bien concebida, y que ni aún expresaba bien la idea del Sr. Fiscal, es la explanación que acaba de dar, como será fácil demostrarlo en otra oportunidad, no haciéndolo ahora por evitar prolijidad: y contrayéndose á la pregunta, responde, que siempre le ha oído hablar en sentido contrario á la emancipación; considerándole incapaz no ya de influir, pero ni aun de concebir la idea de semejantes acontecimientos, pues en todas sus relaciones con el Ldo. D. Domingo Delmonte le ha encontrado siempre amante de-

cidido del país, y como tal se honra con su amistad el exponente.»

Preguntado si ha llegado á concebir la idea de que el Cónsul que fué de S. M. B. en esta Isla, Mr. David Turnbull, haya maquinado para la alteración del órden en la misma, propendiendo con entusiasmo al alzamiento de la esclavitud; expresando á la vez el fundamento que haya tenido para ello.

«Contestó, que así lo oyó decir cuando le pusieron preso, hallándose á la sazón enfermo el declarante fuera de la ciudad.»

Preguntado si llegó á su conocimiento que durante la época del Excmo. Sr. D. Gerónimo Valdés, varios miembros de la Sociedad Económica del país, escandalizados de la conducta observada por Mr. Turnbull hubiesen hecho una moción pidiendo que su nombre se borrase de aquella Corporación respetable, considerando que era una anomalía que entre los Amigos del País fuese contado como sócio corresponsal el que bajo todos aspectos procuraba destruirlo:

«Contestó, que es menester distinguir épocas, pues la moción se hizo mucho tiempo antes de haber sido preso Turnbull y cuando estaba poco ántes en el pleno ejercicio de sus funciones consulares, y como tal en correspon-

dencia y demás relaciones con el Gobierno de la Isla: y contrayéndose á la cuestión misma en el seno de la Sociedad, se refiere el declarante en todas sus partes al oficio que como director de dicha Corporación pasó en aquellas circunstancias.»

Preguntado si dicha moción se hizo antes ó después de haber sido preso Mr. Turnbull:

«Contestó, que queda contestado en su anterior respuesta.»

Preguntado si era director de la Sociedad Económica cuando aconteció la prisión de Mr. Turnbull y qué temperamento tomó aquel cuerpo respetable en vista de dicha circuntancia:

«Contestó, que cree era director en aquella época, pues lo fué desde fines de mil ochocientos cuarenta y dos; y que ignora que la Sociedad tomase medida alguna con motivo de la referida circunstancia.»

Preguntado de qué sentido fué el declarante con respecto á la moción á que aluden las anteriores contestaciones:

«Respondió, que su referido oficio no deja que desear en la materia.»

Preguntado si real y efectivamente el declarante ignoraba en la época de la moción, que Mr. Turnbull se hacía remarcable por su

exaltación en orden á la cuestión de emancipación:

«Contestó, que había oído hablar mucho de sus reclamaciones reiteradas como órgano del Gobierno Británico para la cesación de la trata, y de algunos pasos que daba en desempeño de su ministerio en calidad de Super-Intendente de los emancipados (pues reunía ámbos cargos) admitido como tal por el Gobierno Supremo y por el de esta Isla.»

Preguntado si llegó á comprender el objeto que tuvo Mr. David Turnbull para desembarcar furtivamente en las playas de esta Isla, y por cuya razón se le redujo á prisión:

«Contestó, que ignora el motivo porque lo hiciera furtivamente.»

Preguntado si tampoco pudo comprender el fin político que se propusiese Mr. Turnbull para introducirse de aquella suerte en esta Isla:

«Contestó, que nada le consta en cuanto al fin político; y que lo único que oyó decir generalmente en aquella época fué que había venido á reclamar cierto número de negros de no sabe qué colonia extrangera que se hallaban como esclavos en uno ó varios ingenios de la Vuelta-Arriba, en desempeño de sus funciones de Super-Intendente de emancipados africanos.»

Preguntado si le consta ó ha oído decir que durante el tiempo en que ejerció Mr. Turnbull el destino de Cónsul, se hubiesen introducido en esta Isla por su disposición, armas y otros pertrechos de guerra, y con qué fin:

«Contestó, que es la primera noticia que tiene sobre el particular.»

Preguntado si ha oído decir que algunas personas hayan contribuído con dinero ó de otra suerte para que se proporcionasen dichas armas.

«Contestó, que tampoco le consta, y ni aun lo creería, si se le contara, de hijos del país.»

Preguntado si no infiere que en este país existe un partido que bajo todos aspectos ha tratado, de acuerdo con Mr. David Turnbull, de levantar la esclavitud para obtener, á la sombra de las dificultades que necesariamente habría de encontrar el Gobierno, innovaciones en política:

«Contestó, que cree que ni existe, ni puede existir, comprometiéndose á llevar la evidencia sobre la materia hasta los ánimos más prevenidos.»

Preguntado si con el actual Cónsul de S. M. B. ha llevado relaciones íntimas de amistad el declarante, ó de otra suerte:

«Contestó, que ni de vista le conoce.»

Preguntado si ha oído decir ó le consta que este funcionario esté identificado con las ideas de Mr. Turnbull tocante al proyecto de emancipación.

«Contestó, que nada sabe sobre el particular.»

Preguntado si ha conocido en esta capital á D. Francisco Senmanat, y qué clases de relaciones ha llevado con él:

«Contestó, que le ha conocido de vista, y hace tantos años, que ni recuerda á punto fijo la última vez que lo vió.»

Preguntado si ha oído decir el objeto que tuvo este individuo para venir á este país á fines del año próximo anterior:

«Contestó, que ni lo sabe, ni puede graduarlo, porque se hallaba á la sazón á dos mil leguas de distancia.»

Preguntado si el declarante ha tenido parte en algún proyecto de conspiración que haya tenido por objeto la emancipación absoluta de la esclavitud en esta Isla, expresando en tal caso el fin político que le animaba al efecto:

«Contestó, que el declarante en lo que ha tomado y tomará siempre parte es y será en restañar y cicatrizar las heridas que otras manos han inferido á su pátria, por cuya ventura derramará hasta su última gota de sangre.»

Preguntado quiénes son en su concepto los que han inferido esas heridas á su patria y de qué medios se han valido:

«Contestó, que no es esta la oportunidad de manifestarlo, por ser necesario entrar en un análisis circunstanciado que corresponde á otro lugar.»

Preguntado si sospecha que algunas personas llevadas de espíritu de animadversión hácia el declarante, le hayán perjudicado en la presente causa directa ó indirectamente:

«Contestó, que así debe creerlo al ver lo que se practica con la inocencia.»

Preguntado si el declarante ha llevado relaciones de amistad con algunos jefes de la República de Méjico y Costa-firme que hayan estado en esta capital:

«Contestó, que jamás.»

Pregnntado si ha llevado relaciones de amistad con D. Félix María Tanco, y en tal caso si se ha reunido con él, ú otra persona del mismo apellido, en alguna Sociedad, en esta capital, ó fuera de ella:

«Contestó, que han sido pocas sus relaciones con D. Félix Tanco; pues este señor casi siempre ha residido en Matanzas donde era Administrador de Correos, conociéndonos ambos de nombre, y habiendo hecho una visita al decla-

rante en esta ciudad cuando se hallaba enfermo á su regreso de los Estados Unidos.»

Preguntado si el declarante conoció al pardo Gabriel de la Concepción Valdés (a) Plácido, é igualmente por algún motivo al moreno Miguel Flores:

«Contestó, que á ninguno de los dos ha conocido nunca.»

Preguntado si ha oído decir que los antedichos Plácido y Flores hayan sido emisarios de Mr. Turnbull y de ciertas Sociedades establecidas en esta Capital para que se llevase á efecto el plán de emancipación:

«Contestó, que lo primero lo ignora, y lo segundo lo ignora y lo duda sobremanera.»

Preguntado si tampoco ha oído decir que una de esas Sociedades tuviese asiento en casa de D. José Ayala, la cual era compuesta de personas blancas y de color:

«Contestó, que mal puede saber las circunstancias el que ignora la existencia.»

«En este estado dispuso el señor Fiscal la suspensión del acto para continuarlo cuando fuere necesario en el curso del procedimiento; se le leyó al abogado declarante, expresó estar conforme, advirtiendo únicamente que en vista del tenor de ciertas preguntas que se le hacen en el presente interrogatorio, se vé forzado á

establecer como establece la más solemne protesta para que obre sus efectos cuanto ha lugar en derecho, llegado el caso de manifestar las irregularidades á que se contrae; y para la debida constancia lo firmó con dicho señor, de que certifico»..... Firman este interrogatorio (de 26 Setiembre de 1844) efectuado en la casa-habitación de Luz Caballero, el procesado, el Fiscal «Pedro Salazar», y el Secretario «José Fernández Cotá.»

III

"CONFESION DE D. JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO"

«Preguntado, habiéndole leído la declaración instructiva que tiene ministrada en esta causa y obra á fojas mil trescientos veinte, si es la misma que prestó; si se afirma ó ratifica en su contenido, si tiene algo que añadir ó quitar, si la firma y rúbrica con que está autorizada es de su puño y letra, y quiere se le tenga en parte de esta su confesión;—*Dijo*, que cuanto se le ha leído es lo mismo que tiene declarado, que se afirma y ratifica nuevamente en su contenido, sin tener que añadir, ni quitar, reconociendo por suya la firma que la valoriza; y por lo tanto quiere se le tenga por parte de esta su confesión, y responde.»

«*Se le hace cargo* de la complicidad que apa-

rece de autos contra el confesante en el proyecto fraguado por Mr. David Turnbull, ex-Cónsul de S. M. B. en esta isla, por el que trató de llevar á cabo la emancipación de la esclavitud;—*Dijo*, que á toda esa barahunda de sugestiones, imposturas y contradicciones que se vierte en la declaración del moreno Miguel Flores (que acaba de leérsele al confesante) dá por único descargo, se le responda: *cuándo?*, y responde.»

«Preguntado, si con el descargo que ha dado se considera negar el que se le ha hecho,—*Dijo*, que sí, y responde.»

«*Reconvenido*, cómo niega el cargo que se le hace, cuando ha visto sus acusaciones por la lectura que se le ha dado de ellas, de la declaración de Miguel Flores, á fojas doscientas setenta y ocho, y lo expuesto por el pardo Gabriel de la Concepción Valdés, á fojas ochocientas catorce; hechos que mirados con su instructiva á la vista (que se le ha leído) tienen alguna concordancia, pues tiene dicho visitaba en París á D. Domingo Delmonte, cuyas opiniones están patentes, pues por ellas fué expatriado ó expulsado de la isla; y en esta capital á mister Turnbull, y aunque esto no sea suficiente, dá la casualidad que este señor, tanto en la época de su Consulado, cuanto ántes y después, ha

demostrado claramente y á la faz de todos sus ideas de emancipación, llamando la atención en estas circunstancias el oficio que certificado obra á fojas seiscientas sesenta y siete, el cual es producción del confesante; reprochando ó rebatiendo la idea de algunos sócios, en la de Amigos del País; que viendo y considerando no era compatible estuviese Turnbull asociado con ellos, cuando maquinaba contra él, pidieron su expulsión: en cuya virtud se le amonesta sea franco y explícito manifestando cuanto sepa sobre el particular;—*Dijo*, que en el mismo cargo va casi envuelto su descargo; y, contrayéndose á los particulares que abraza, responde: 1.°, que una cosa es visitar á un amigo y compatriota, y otra conspirar contra el país: 2.°, que en lo que han estado patentes para el confesante las opiniones de D. Domingo Delmonte, es en su oposición á la trata de negros, mas nunca á la emancipación de la esclavitud: 3.°, respecto á las visitas del confesante á Mister Turnbull, se refiere á lo que tiene declarado: 4.°, en el oficio se trataba de hacer cumplir el reglamento de la Sociedad; y en todo caso la admisión ó expulsión de Mr. Turnbull, era materia opinable, y por ningún motivo decidida en pró ó en contra puede constituir un cargo: 5.° *y último*, respecto á la mención

(por cierto honorífica) que del confesante hace Plácido en la exposición que se le ha leído, nada tiene que decir sino que jamás ha estado en semejante finca; no contestando á la calificación que se hace de sus pobres conocimientos, porque ni le pertenece, ni es cargo, y responde.»

«Preguntado, si está convencido que el conspirar es delito, y que la ley le castiga á esta clase de delincuente con todo rigor; —Dijo, que lo está; que no tiene más que decir; que lo espuesto es la verdad á cargo de su juramento, en que se afirmó y ratificó, leída que le fué esta su confesión, firmando con los señores Fiscales, de que doy fé.»

Este acto se efectuó el 10 de Junio de 1845; y los firmantes, á más de Luz, fueron los fiscales D. Antonio Lara y D. Antonio Llorens, y el secretario D. José Fernández Cotá.

IV.

«DEFENSA DE DON JOSE DE LA LUZ:»

«Señores Presidente y Vocales:»

«Don Andrés María de Foxá, Teniente de la 2.ª compañía de Voluntarios de Mérito, y defensor nombrado por el Ldo. D. José de la Luz Caballero, cumpliendo su encargo, tiene el honor de exponer á VSS. que:

«Don José de la Luz y Caballero libra su defensa en el mérito de los autos, y en la justificación del Tribunal.»—Habana 15 de Octubre de 1845.—*Andrés María de Foxá.*»

V.

LOS LIBROS Y PAPELES DE LUZ CABALLERO.

José de la Luz Caballero dejó al morir una biblioteca que se componía, á ojo de buen cubero, de unos 4.500 á 5.000 volúmenes. Por la cláusula 11ª de su testamento la donaba «á la Biblioteca pública establecida en la Real Sociedad Económica de la Habana;» pero otorgando al colegio de *El Salvador* el derecho de separar «un estante de las obras que escogiere.» Ya en el año 1865 la biblioteca que, en el mismo gabinete de siempre, existía en el colegio, apenas si contaba dos mil volúmenes, incluyendo en ella un estante de cerca de un metro de ancho, por dos aproximadamente de largo, que contenía los libros de Juan Clemente Zenea. Esa reducción de los que quedaron en el estableci-

miento al morir su dueño, debióse sin duda, á que hubiera ya tomado la Real Sociedad los que le fueron legados. Ignoro el destino ulterior de los volúmenes que había en el colegio cuando éste fué cerrado en 1869 ó 1870.

En aquel mismo departamento, ó gabinete-librería, donde espiró Luz Caballero, ví por el año 1866, colocada en el suelo, á la izquierda, junto al estante que allí había (la mitad ó un tercio del cual estaba ocupado por los libros de texto para las clases del instituto), una caja de madera toscamente labrada, y por esta circunstancia, su color y dimensiones, muy semejante á una caja de azúccar, (y por tal la tenía yo). Era corriente en el colegio la creencia de que encerraba—como allí decíamos: «los papeles de D. Pepe.» Aquel mismo año, ó el siguiente, tuve en mis manos, estando en la biblioteca, un cuaderno que revisé, y—notando que era de Luz Caballero—leí todo (en la parte legible). No sé cómo andaba por ahí, ni cómo llegó á ponerse según lo ví con profunda pena. Era un manuscrito, grueso, ancho, en octavo mayor, destruída, en diagonal, su mitad inferior derecha, por la humedad y la polilla. Parecióme una cartera de viajes, donde se anotaron con tinta, por el mismo Luz, las impresiones y los recuerdos de su primer viaje á

Europa. Tengo muy presente—como si hubiera sido ayer mismo—que allí había una página donde refería su encuentro, me parece que en Berlín, y pudiera añadir—aunque sin afirmarlo—que en el Museo, con el Barón de Humboldt; y otra en que hablando del sermón de un orador sagrado que acababa de oir, manifestaba que solo en los lábios de las mugeres le había sonado con tanta gracia la lengua alemana como en los de aquel elocuente sacerdote.

Durante la última quincena del mes de Diciembre de 1868 empezó D. José María Zayas á copiar en limpio, papeles de Luz Caballero; pero no adelantó mucho su buen deseo; al menos solo sé que llenaría algunas páginas de un cuaderno en octavo, con pensamientos, aforismos, notas que había puesto Luz al márgen de algún libro, al ir leyéndolo,—como *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, por D. Jaime Bálmes,—y acaso el fragmentario é íntimo Diario que escribió cuando la muerte de su hija, y que suspendió muy pronto, á lo que entiendo. Un día de aquella misma quincena pregunté al Sr. Zayas, platicando ámbos sobre los papeles de Luz, si publicados éstos le darían al querido autor la misma consideración como filósofo de que, por ejemplo, disfru-

taba el norte-americano Emerson. No puedo explicar hoy por qué se me ocurrió entónces aquella comparación; pero sí recuerdo distintamente que completé mi pregunta poniendo á Emerson por término de aquélla, y que el señor Zayas, al punto de separarnos, me contestó risueñamente: «*quizás, por ahí, por ahí.*»

Encargados por Luz, en la cláusula 16ª de su testamento, para que recogieran «todos sus papeles, manuscritos é impresos,» con el objeto de publicar los que consideraran que pudiesen ser útiles, y haciéndoles la indicación de «servirse para este encargo de las noticias que poseen D. José Bruzon (hijo) y D. Jesús Benigno Galvez,» fueron los Sres. D. José María Zayas y D. Antonio Bachiller y Morales. Estos dos cubanos prominentes desgraciadamente fallecieron sin realizar los votos del testador, pero acaso uno de los herederos de don José María Zayas, su hijo D. Alfredo, letrado jóven y ya distinguido, así como aficionado á las curiosidades de nuestra historia y nuestra literatura, y quien hace poco más ó ménos dos meses utilizó en un artículo interesante documentos inéditos relativos á Luz, querrá cumplirlos, llevando á buen término la tarea encomendada á su padre. Pueda él hacerlo con eficacia y, según es de esperarse, con luci-

miento. Para auxiliarle viven todavía, por fortuna, los Sres. Bruzon y Galvez, los cuales seguramente estarán siempre dispuestos á contribuir con sus luces, en obsequio á la recomendación que indirectamente les hiciera aquel compatriota insigne que tanto cariño á ámbos profesára, y cuya memoria interesa á todos conservar con lustre que jamás pueda empañarse.

FÉ DE ERRATAS

LAS MAS IMPORTANTES SON LAS QUE SIGUEN

Pág.	LINEA	Donde dice	Léase
4	7ª	conocerlo.....	conocerle
8	12	epiteto	epíteto
12	20	el modelo mása cabado	el modelo más acabado
16	18	las conciencias prepa-rándolas	las conciencias, prepa-rándolas
22	17	cáracter.....	carácter
27	19	su expresión clara, ...	su expresión, clara,
27	20	su metodo...	su método
33	Nota 2ª	proveer de máquin s..	proveer de máquinas
38	lin. 10	de la falta de precaución	de la falta de preparación
38	23	al púclico	al público
39	17	y fórmulas conocidas.	y fábulas conocidas
42	25	palabra de Dios	palabra Dios.
47	13	à lo ménos si bien....	à lo ménos, si bien
47	14	de origen.....	de orígen
48	15	nueva sobre todo.....	nueva, sobre todo
48	17	brillante forma como fué	brillante forma, como fué
48	20	las escuelas analítica.	las escuelas analíticas
60	8ª	desaparece	desparecen
64	Nota 1ª	firmado *Julio*..	firmado *Tulio*
64	» 2ª	Artículo de *Julio*	Artículo de *Tulio*
79	lin. 8ª	en se que requiere....	en que se requiere
93	12	causa primera ó de Dios	causa primera ó Dios
100	14	analilíco..	analítico
110	24	llámeseles...	llámesele
117	15 y 16	Recomendamos.	Recomendaba
146	7ª	eléctico.	ecléctico
182	11	diccionario de biblio-teca	diccionario de su biblio-teca
184	23	es lo mas que enternece	es lo que más enternece
184	28	se sentia—apesar de..	se sentia—à despecho de

ÍNDICE.

Prólogo 3
José de la Luz y Caballero 7
Apéndices 201
Carta de José Zacarías Gonzalez del Valle á Anselmo Suarez y Romero 203
Instructiva del abogado D. José de la Luz y Caballero 207
Confesión de D. José de la Luz y Caballero 225
Defensa de D. José de la Luz..... 229
Los libros y papeles de Luz Caballero... 231
Fé de erratas..... 237

3 2044 050 531 797

This book should be return
the Library on or before the las
stamped below.
A fine of five cents a day is inc
by retaining it beyond the spe
time.
Please return promptly.